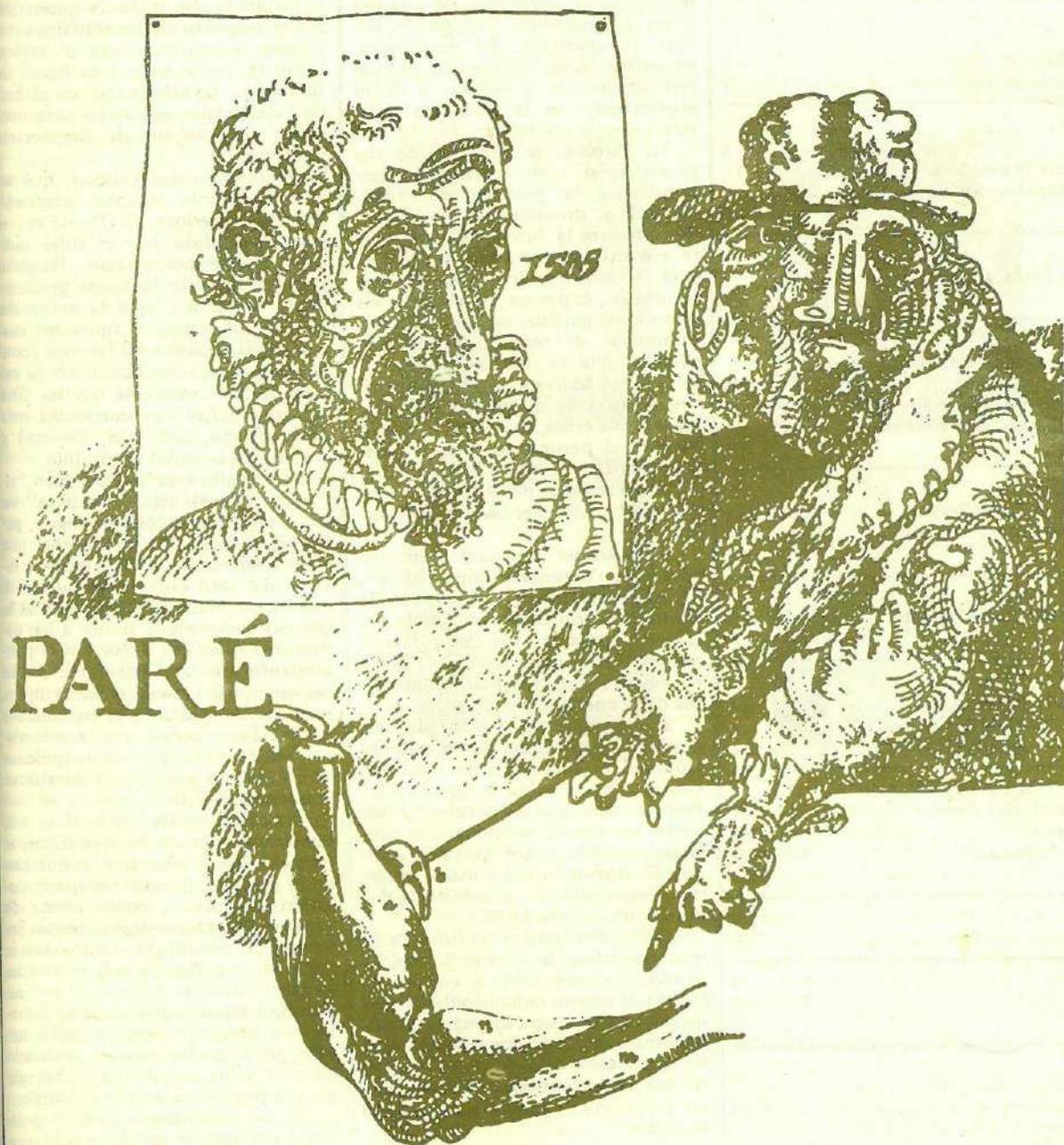


Controversia

PARA EL EXAMEN DE LA REALIDAD ARGENTINA



La loción de Ambroise Paré...

Aspa

*FF.AA.: diálogo y
sucesión de Videla*

La crisis financiera
Carlos Ábalo

América latina
Fernando H. Cardoso

*Movimiento
peronista*
Luis Bruschtein, Jorge
Bernetti, Nicolás Casullo

Exilio y regreso
Osvaldo Bayer, Fernando
Savater

*De socialismos,
marxismos y
naciones*
Oscar Terán

*Izquierda
eurocomunista*
Buci-Glucksmann

*Estrategia
cerealera*
Claudio Cesaretti, Cesare
Donhauser

*Entrevista a López
Acotto*
Mempo Giardinelli

Mujer y partido
María Caldelari, Marie
Claire Delgueil, Miriam
Morales

Certificados de licitud de contenido en trámite ante la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Registro en trámite ante la Dirección General del Derecho de Autor.

Director: Jorge Tula.

Editor responsable: Hugo Vargas C.

Consejo de redacción: Carlos Abalo, José Aricó, Sergio Bufano, Rubén Sergio Caletti, Nicolás Casullo, Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler, Oscar Terán.

Diagramación: María Oscos y Hugo Vargas C.

Dibujos: Carlos Zolla.

Índice

COYUNTURA

Crisis del diálogo y disputa por la herencia 2

La crisis financiera, por Carlos Abalo 4

EL EXILIO Y LOS RETORNOS

Textos para una polémica 6

El hijo pródigo; entrevista a Fernando Savater 6

Una propuesta para el regreso, por Osvaldo Bayer 7

PERONISMO

E' pur si muove, por Jorge Bernetti 8

Derrota y pensamiento nacional, por Luis Bruschtein 10

El pueblo produce las formas y los contenidos políticos, por Nicolás Casullo 12

DESAPARECIDOS

El inaceptable blanqueo que propone la junta, por Osvaldo Pedrozo 14

ENTREVISTA

López Acotto: Los riesgos de una seudodemocracia, por Mempo Giardinelli 16

Las sorpresas del desarrollo en América Latina, por Fernando Henrique Cardoso 18

LAS ENCRUCIJADAS DEL SOCIALISMO

De socialismos, marxismos y naciones, por Oscar Terán 20

La nueva izquierda eurocomunista: entrevista a Christine Buci-Glucksmann 22

FEMINISMO

Mujer y partido, por María Caldelari, Marie Claire Delgueil y Miriam Morales 25

BLOQUES Y ESTRATEGIAS

Entre los cereales y la política, por Ricardo Nudelman 26

La estrategia mundial de la tensión, por Claudio M. Cesaretti, Cesare Donhauser 26

LIBROS, REVISTAS, INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Acerca de *La revolución en bicicleta*, por Miguel Espejo 28

La pasión de los orígenes, por Miguel Espejo 28

A la sombra de los bárbaros, por José L. Najenson 29

Información bibliográfica 30

Mesa Peronista 31

Confederación socialista argentina 31

COYUNTURA

Documento peronista del 18 de junio de 1980 32

Suscripción

Envío a ustedes la cantidad de
 Importe de mi suscripción a *Controversia* por seis o doce números, a partir del número
 Pago mediante cheque bancario o giro postal a la orden de Hugo Vargas C.
 Suscripción México por seis-doce número \$ 250 o \$ 500
 Suscripción Europa por seis-doce números US\$ 20 o US\$ 40
 Suscripción Sudamérica por seis-doce números US\$ 16 o US\$ 32
 Suscripción América Central y Norteamérica US\$ 15 o US\$ 30

Nombre
 Dirección

Dirigir toda la correspondencia a: Jorge Tula, Apdo. postal 20-619, México 20, D. F.

Crisis del diálogo y disputa por la herencia

Un documento

El documento peronista del 18 de junio pasado se convirtió, por diversas razones, en un hecho político importante de la etapa de diálogo, que se inició formalmente con el lanzamiento a fines del año 1979 de las Bases para la Reconstrucción por parte de la dictadura militar.

En circunstancias de un notorio empantanamiento del mencionado diálogo, y luego de una serie de expresiones militares que reiteraron la necesidad de una extensa permanencia del poder militar, la aparición del documento peronista busca reformular el cuadro de inercia y colocar a dicho movimiento en la iniciativa política.

La dureza de muchos de sus párrafos, si bien indica que responden a la política de marginalidad y división del peronismo que procura la Junta, por otra parte esa misma severidad de juicios, y el conjunto de los firmantes que los avalan, expresan no sólo que las diferencias partidarias tratan dificultosamente de ser superadas sino, además, que la parálisis actual resulta sobre todo de las contradicciones internas de las fuerzas armadas. Presumible crisis, esta última, que le permite al peronismo avanzar posiciones críticas.

El documento peronista contiene cinco elementos necesarios de destacar:

1] Describe el actual momento como de "desenlace imprevisible", haciendo referencia a lo falso de la claridad de objetivos que suele ser la publicitada imagen del gobierno militar. No habría acuerdo militar ni siquiera para los pasos inmediatos de la apertura política.

2] Por primera vez se plantea, desde el peronismo, la interpretación del último gobierno constitucional y de su caída, acusando a las fuerzas armadas de alentar y ser parte del estado sedicioso que concluye en 1976 con el golpe de estado. El documento hermana al actual elenco militar con la historia del militarismo desde 1955.

3] El peronismo se deslinda de lo que considera la otra sedición, la subversión guerrillera, como respuesta al eterno caballito de batalla de la dictadura para impugnar al peronismo. Según el documento, tanto la sedición militar como la guerrillera tuvieron como primer blanco y víctima al propio movimiento político.

4] Junto con otras menciones rescata explícitamente, como posición aliada al peronismo, un reciente documento radical, agregando sobre este último partido que sus posturas "hoy como ayer, en 1971, nos son comunes". El peronismo anuncia la posibilidad de un frente civil antidictatorial, aproximando la iniciativa de una segunda Hora del Pueblo.

5] Propone una reunión de fuerzas políticas con el elenco militar, en lo inmediato, para elaborar un Plan de Emergencia que encare las crisis económicas, sociales y políticas como único camino hacia

una democratización real.

Un diálogo desflecado

El documento peronista toma estado público en el marco de una cada vez mayor desorientación política por parte de las fuerzas armadas respecto de qué diálogo proponer y cómo llevarlo a cabo sin que afecte, de aquí en más, el control militar del proceso.

Se suma a esta incertidumbre, que ya ni la prensa adicta al gobierno puede disimular, el hecho de que la distancia que la Junta quiere imponer respecto de las actuales autoridades peronistas lleva al radicalismo (y sobre todo a la figura de Balbín) a transformarse en el único interlocutor supuesto para concretar un camino de democracia limitada.

Frente a esta realidad, que en parte recuerda algunas características del periodo 1971-1972, el papel cumplido por el líder radical —conversación con Harguindeguy— ha sido bastante precario. Hasta tal punto que la actuación de Balbín dentro y fuera del despacho del ministro del Interior (conferencia de prensa) acentuó la extensa crisis existente en las filas radicales entre sus corrientes más duras (León, Alfonsín, Perette) y el elenco que rodea al caudillo.

Para Balbín existieron sólo "algunas circunstancias negativas" en la entrevista con Harguindeguy, palabras dichas en momentos que arreciaban distintos discursos militares de neto corte continuista. A esta apreciación, la figura radical la coronó expresando frente a los periodistas que "las Bases son el pensamiento de la democracia". Con respecto a la actuación de la figura máxima del partido, el ex senador radical León opinó que la entrevista "ata al radicalismo a un proceso ya desgastado y le impide encabezar la oposición civil".

Indudablemente las críticas a la postura balbinista trascendieron al propio radicalismo, por lo que luego el partido necesitó recuperar posiciones, también como forma de superar un nuevo desencuentro interno. Un documento radical con la firma de sus figuras más conocidas exigió "iniciar el camino de reconstrucción republicana sin más demora, sin proscripciones, condicionamientos ni gradualismos", acusando además a los sectores militares que buscan perpetuarse en el gobierno.

El tan manoseado diálogo político tuvo hasta el presente ese único y agudo momento culminante, con Balbín como protagonista. Antes, el invitado había sido el oficialista Américo Ghioldi (socialismo democrático), quien como forma de otorgarle credibilidad a los difusos propósitos militares, entre otras cosas manifestó que "en 1984, posiblemente el presidente sea un civil". En esos días, un documento del Partido Popular Cristiano solicitó elecciones generales para 1972.

El desencuentro militar

De enero a julio la estrategia política de la Junta fue sufriendo un

progresivo deterioro. Si bien en términos legales la ley sindical, el regresismo universitario y el futuro estatuto de los partidos políticos (a tratar en el segundo semestre de este año) parecen indicar coherencia entre pasos proyectados y pasos cumplidos para el reordenamiento, es evidente a esta altura que lo sustancial —la salida política— juega a manera de inoculable grieta en el seno de cada una de las armas, y en el conjunto del poder castrense.

Lo que en un tiempo fue comentado como posible táctica dilatoria, hoy se aprecia como claras discrepancias entre aquellos sectores militares que tratan de efectivizar una determinada apertura política, y las tendencias que consideran que esa apertura política descontrolará los futuros pasos de retirada, lo que reeditará, se quiera o no, un nuevo lanussismo.

Lo que en un tiempo se creyó solucionado con el alejamiento de Díaz Bessone, Menéndez y Massera —distintas formas de disidencia— hoy se comprueba que sigue anidando en el elenco mayor de las fuerzas armadas. El estado militar no puede hacer "su" política, cuando pretende incorporarse al escenario político nacional, y conservar al mismo tiempo el monolitismo antisubversivo de antaño.

Por otra parte, y esto como crisis notoria, la confrontación se expresa en la sucesión de Videla (marzo de 1981). Herencia que debe dirimirse entre los últimos días de septiembre y los primeros de octubre, y que significa desde hace tiempo resolver quién se queda con la mayor cuota de decisión para darle un sentido a la apertura política y a su desemboque en determinada fecha.

En los últimos dos meses se sucedieron discursos militares significativos. El comandante en jefe del ejército, general Gualtieri, afirmó que "las urnas seguirán guardadas por mucho tiempo". Luego dijo que "no deben esperarse cambios en la orientación". Entiéndase: ni acortes de tiempos, ni "diálogos" distintos a los pensados hasta hoy.

También el general Sigwald, gobernador de Córdoba, ratificó que "los dos próximos presidentes (1981 y 1984) serán militares". Y el jefe de la policía federal, general Juan Sesiain, calculó que el proceso militar será largo y sin plazos. La embestida de esta orientación continuista, en una supuesta etapa de diálogo, expone una incoherencia política, pero además revela que existen importantes sectores castrenses que no están de acuerdo con ningún tipo de diálogo con las fuerzas políticas.

La pretensión del sector militar dialoguista (Videla) procura una figura en el peronismo como carta de triunfo para el debate interno, y la posibilidad de que el radicalismo sea el acompañante sereno y comprensible de una democracia recortada. El tiempo corre en contra de este sector, en tanto los resultados no se vayan obteniendo. A su vez, el diálogo como primera etapa de la apertura política, y aun en su inoperancia actual, ya no permite retrocesos políticos, y sólo podría ser interrumpido —de tensarse la situación militar a extremos— a través de un golpe intestino.

El documento del contralmirante retirado Emilio Massera, acusando al gobierno de "alejarse de sus objetivos" y perder entonces "la legitimidad del poder", motivó que Videla, en una clara prueba de cómo crece la exasperación, saliera al

paso y solicitara, sin eco entre sus pares, que se sancionase al marino. Más prudentes, pero no menos curiosos, fueron las palabras del general Bignone a un periodista, en cuya oportunidad "lamentaba las opiniones de Massera", un hombre de otra arma, pero además candidato de los navales para suceder a Videla.

La herencia

El futuro presidente, más allá de lo que pueda dejar ajustado Videla, tendrá en sus manos corroborar la razón de ser del golpe de 1976. En lo económico, en lo social, en lo político. Tres dimensiones que la mentalidad castrense gusta siempre en divorciar, y tres dimensiones que hoy le critican al gobierno el conjunto de las fuerzas políticas nacionales, y también sectores militares.

En la sucesión de Videla se juegan, por lo tanto, correlaciones de fuerzas, de desgaste, de avance, de desequilibrio o empate. En síntesis: una democracia aparente y militarizada o una democracia institucional clásica, un marginamiento o un nuevo protagonismo de la fuerza peronista derribada en 1976 y, fun-



damentalmente, la continuidad de una programática económica sostenida contra viento y marea durante cuatro años más, o su desarticulación progresiva o abrupta.

Si bien hasta hace un tiempo el general Roberto Viola era el sucesor natural de Videla, en los últimos meses se verificó que el problema de la herencia para 1981 no iba a ser una cuestión neutra, de acatamiento a las jerarquías militares, sino esencialmente un enfrentamiento de perspectivas económico-políticas para el país.

El aperturista Viola, con buena relación con los partidos políticos y una fracción sindical (la CNT), pretende sentarse en el sillón de Rivadavia con una perspectiva de mayor aceleración del juego político y una nueva propuesta económica. La continuidad en el plano económico —que, anuncia Martínez de Hoz, se mantendrá aun desaparecido Videla— peligró ostensiblemente entonces, y a partir de este hecho se puede interpretar el largo viaje del *canciller economista* por los principales países capitalistas, asegurando dicha continuidad como sinónimo del apoyo hasta ahora logrado.

En el ejército existen sin embargo otros postulantes. Rumoreados:

Albano Harguindeguy, que prepararía su plataforma desde su actual práctica del diálogo, Diego Urricariet, Leandro Anaya y Carlos Delía Larroca, estos tres últimos casi sin chance. El probable rival de Viola, en estas "primarias" del ejército, es el actual comandante en jefe, Gualtieri, menos crítico del ministro de economía de Videla, hombre con pocas inclinaciones al diálogo político público, y que viene siendo promocionado por varios medios como capaz de encarar otras cosas, además de su profesión específica.

La aeronáutica propone al brigadier Osvaldo Cacciatori (actual intendente de Buenos Aires) y a otro bastante conocido: el brigadier Orlando Agosti. La marina postula al ya lanzado políticamente Massera, y muy en segundo plano al vicealmirante Fracassi.

Algo que las fuerzas armadas trataron de evitar, y no lo consiguieron, fue que esta disputa llegase a ser reconocida como hecho político central de la etapa, y mucho menos dejando entrever indecorosas asperezas. En una entrevista que le hicieron recientemente en Brasil, Videla debió esquivar la pregunta sobre su



sucesor, expresando lacónicamente que "Viola puede o no puede ser candidato". Las fuertes contradicciones, en este sentido, le impiden al gobierno salir al cruce de rumores y comentarios desgastantes y mostrar una concepción integrada para los próximos cuatro años. El problema, sin duda, será de intrincada negociación.

Interrogantes

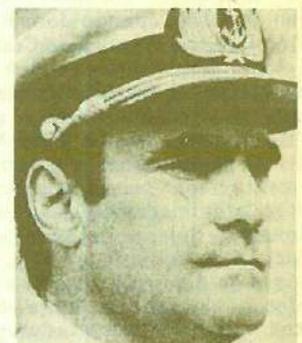
Varios interrogantes surgen en cuanto al futuro inmediato del proceso nacional y a la incierta apertura política. En tanto la relación estado militar-fuerzas políticas pareciera deteriorarse, en ambos campos las situaciones aparecen mucho más fluidas.

El crítico documento de Frondizi contra el discurso de Videla supera el cuestionamiento exclusivamente económico que expresara el desarrollismo hasta el momento. Esta politización frondizista se reiteró con la firma de un documento entre el MID y el Partido Justicialista, partido este último que poco antes participara en otro documento multipartidario de tono crítico con el socialismo, el cristianismo popular y el PI de Oscar Alende.

A pesar de lo manifestado por Eloy Camus en cuanto a que "la unidad del peronismo es ya un hecho", subsiste la fragilidad de tal confluencia de sectores, reveladas en el proceso que llevó a firmar con el MID, en lo sindical y en cuanto al papel a conferirle a Isabel Perón, los tres dilemas más destacados.

No obstante, el peronismo aparece en el intento de reeditar una unidad mayor con la UCR, y dos polos de encuentros menores: por una parte con los otros partidos de orientación popular, y por la otra con el MID. ¿Hasta qué punto la unidad peronista será lo suficientemente fuerte como para lograr eso con certeza? ¿Hasta qué punto la UCR puede pretender, llegado el momento, el mismo camino?

Por lo que hace al radicalismo, en la última reunión del ejecutivo el balbinista Tróccoli fue claro al expresar: "criticar sólo las desviaciones del gobierno, manteniendo la independencia partidaria". Una línea que ya lleva más de tres años imperando entre los radicales, y que ahora podría acentuarse no ya sólo bajo la excusa de la "diversidad peronista" que tanto desubica al par-



tido de Alem, sino por lo que en la citada reunión expresó Perette: "evitar que a lo profundo de la crisis, se le añada una crisis militar".

¿Se encaminará el radicalismo a ser el partido de la democracia que quiere el gobierno Videla? Mucho espacio para eso no le va quedando. La iniciativa de dureza del peronismo y la incapacidad dictatorial para vertebrar una salida más democrática obligan a la UCR a su conocido destino: hacer equilibrio entre ser y no ser parte de la estrategia militar. No obstante, la línea dura radical ganó punto en las últimas semanas de este dilema.

El espectro de la crisis militar, que verifica hacia dónde se encamina el ambicioso proyecto 1976 de una nueva Argentina, hace temer a los políticos que, frente a la propia indefinición militar, recobren aliento los duros y la sucesión Viola no se cumpla. . . o deba conceder mucho para llegar a la Casa Rosada. La primera alternativa es improbable. La segunda posible. En este caso la escisión entre soledad militar y polo civil se acentuaría, sin que ni uno ni otro campo puedan imponer, decisivamente, sus proyectos de hacer hegemónica alguna concepción para la salida democratizante.

La crisis financiera

Carlos Ábalo

La crisis financiera que empezó a insinuarse a principios de febrero del presente año y que se mostró con toda su fuerza en los últimos días de marzo con el anuncio del cierre del primer banco privado del país, el Banco de Integración Regional (BIR), tuvo algunos lejanos antecedentes en 1978 y 1979. En esos años hubo cierres de financieras pequeñas que, en su momento, obligaron a recurrir a la emisión monetaria para ofrecer garantías a los depositantes.

Aquellos episodios no crearon nada parecido a una desconfianza generalizada. Sin embargo, los cambios de manos de las acciones de bancos, durante este año, provocaron mayor incertidumbre en el mercado financiero, pero como casi siempre sucede con los primeros síntomas de una crisis, la respuesta inmediata fue una especulación más intensa.

Los traspasos de acciones y ventas de bancos afectaron a las siguientes instituciones: Banco del Oeste, Banco Ganadero, Banco de Italia y Río de la Plata, Banco de los Andes, Banco del Norte y Delta, Banco Continental, Banco Tornquist y BIR. Las características de la mayor parte de los adquirentes es que no tienen tradición de banqueros. Muchos de ellos están ligados a la actividad industrial y a la producción agrícola del interior del país. La primera circunstancia, su carácter de *arribistas* al negocio bancario, hizo cundir la alarma y el desdén en el *establishment* financiero tradicional. En muchos casos, los vendedores también eran recién llegados al negocio bancario.

La bomba de tiempo estalló el 28 de marzo, en oportunidad en que el Banco Central resolvió la liquidación del BIR. Este banco tuvo su origen en 1965, cuando José Rafael Trozzo adquirió el Banco Popular de Corrientes y le cambió el nombre. En pocos años, sobre todo por la evolución de los últimos tiempos, el banco alcanzó el tercer puesto en el ranking, después del Banco de la Nación y del Banco de la Provincia de Buenos Aires, y el primer puesto entre las instituciones privadas, con un total de depósitos aproximadamente equivalente a los 1 000 millones de dólares, el 3,6% sobre el total de los depósitos del país, que era de unos 28 000 millones de dólares a fines de 1979. En esa misma fecha, el banco ya tenía serias dificultades y Trozzo buscaba compradores para una parte minoritaria del paquete accionario de 90% que estaba en su poder. En realidad, las dificultades del banco consistían en un sobregiro desenfrenado, puesto que las cuentas de los deudores incobrables y morosos representaban casi el doble que el valor del patrimonio, cuando la relación admitida por el Banco Central es de 30%.

Trozzo era amigo del almirante Emilio Massera. Inmediatamente después del golpe de marzo de 1976 el banco tuvo un gran impulso y Robert Hill, que aparentemente estuvo vinculado con la CIA y fue embajador de Estados Unidos en Argentina hasta poco antes del golpe, lo representó en aquel país. Estas vinculaciones le dieron la oportunidad al BIR de realizar numerosos negocios y de canalizar capitales provenientes de Estados Unidos que deseaban aprovechar la alta tasa de interés en Argentina, según *América Latina, Informe Semanal* (Londres, 18 de Abril de 1980). Cuando en los medios financieros existía el convencimiento de que el banco tambaleaba, Williams Rodgers, ex secretario de Estado de Nixon, tuvo contactos en Buenos Aires para informarse acerca de cómo respondería el sistema bancario, en caso de que estas dificultades pasaran a mayores, dado que los depósitos en dólares no contaban con garantía. Un tiempo antes, Trozzo había iniciado gestiones para vender una parte minoritaria del capital al grupo empresario de Raúl Piñedo Pacheco, con intereses en la industria azucarera, pero la operación se intentó demasiado tarde y, finalmente, el Banco Central lo cerró.

Junto con el BIR fue liquidada la financiera Promosur, también en el primer puesto del ran-

king para ese tipo de instituciones. A fines de abril cerró la Mutual del Personal de la Junta Nacional de Granos de Rosario, afectada por la liquidación del BIR, y el Banco Central intervino tres bancos: el Internacional, el de los Andes y el Oddone.

Estos bancos no fueron cerrados sino intervenidos, por lo que seguirán funcionando hasta que se determine si corresponde venderlos o liquidarlos. En el momento de la liquidación el Banco de Los Andes ocupaba el segundo lugar en el ranking de las instituciones privadas de ese tipo, después del BIR. El Banco Internacional estaba en el 8° lugar y el Banco Oddone en el puesto número 13. Aparentemente la desestabilización del Banco de los Andes y del Banco Oddone fue una consecuencia de los retiros de fondos producidos por los depositantes al conocerse el episodio del BIR. El primero de ellos tenía depósitos por un valor equivalente a los 1 500 millones de dólares y perdió casi la mitad a lo largo de los 15 días previos a la intervención. El Banco Oddone tenía depósitos por un valor equivalente a menos de 900 millones de dólares y debió soportar una fuga de capitales de menor cuantía.

El Banco de los Andes pertenece al Grupo Grecco (bodegas y viñedos, pesca, frigoríficos o inmobiliarias). Este grupo compró vino a precios bajos provenientes de empresas que estaban en situación difícil y no podían vender ni exportar. Inicialmente era un grupo de poca importancia, pero la especulación con el vino lo llevó a controlar aproximadamente el 60% de las bocas de expendio en el Gran Buenos Aires. El Banco de los Andes financió gran parte de esas adquisiciones y prestó a empresas con dificultades.

El Banco Oddone hizo préstamos a empresas del grupo (alimentos y cosméticos), en una proporción mayor a la autorizada. El Banco Internacional realizó una acción similar con el grupo Sasetru. En este caso, la situación era especialmente delicada porque el banco maneja líneas de crédito del exterior para la Argentina. Sasetru en 1977 llegó a ocupar el 4° lugar en el ranking de las empresas industriales (después de YPF, Somisa y Fiat) y hasta hace poco había logrado desplazar a Bunge & Born en el primer lugar de la exportación de cereales. Después tuvo pérdidas, derivadas de los últimos cambios habidos en el mercado de cereales, se retrasó en el pago de créditos y finalmente decidió gestionar la renovación de deudas por valor de 500 millones de dólares. Debido a esa situación, tuvo que desprenderse de empresas y el grupo se escindió. Las graves dificultades de Sasetru arrastraron al Banco Internacional, al Banco Unido de Inversión y a otras financieras y sociedades de ahorro y préstamo. El Banco Internacional, el Banco Oddone y el Banco de los Andes, en conjunto, reunían el 11,3% de los depósitos totales.

El peligro que el Banco Central trató de evitar fue el de una corrida generalizada. Para ello decidió prestar dinero a todas las instituciones afectadas por el retiro de los depósitos. Mediante una circular estableció lo que se denominó una *red de seguridad* para cubrir los retiros de fondos. Sólo en la primera semana tuvo que adelantar a las entidades financieras cerca de 1 000 millones de dólares para cubrir los requerimientos. Al finalizar la tercera semana de mayo los redescuentos otorgados por ese motivo sumaban más de 2 600 millones de dólares, pero la tensión iba disminuyendo.

En el mes de abril, el desplazamiento de fondos provocado por la corrida alcanzó a 3 000 millones de dólares, sin contar los 1 000 millones inmovilizados en el BIR, cuya devolución está comprometida.

El Banco Central elevó con efecto retroactivo (a pesar de que en Argentina las normas legales nunca tuvieron ese carácter) a 100% la garantía del Estado sobre los depósitos, después de haberla rebajado a 90% a raíz de la liberación de la estructura financiera y de haber pro-

yectado otra reducción a 50% para fines del presente año. La garantía se extendió inclusive a los depósitos en moneda extranjera, que antes no contaban con garantía.

¿Qué había pasado? ¿El Banco Central perdió realmente el control de la situación o realmente no quiso ejercerlo? A pesar de la reforma financiera liberal, la ley todavía otorga gran poder de control al Banco Central. La liquidación del BIR parece haber llegado con tardanza, posiblemente porque no se ejerció plenamente esa capacidad de control o porque se quiso llegar a otra solución, quizás el traspaso del banco a un grupo capaz de sanarlo, aunque ya la solución era muy difícil. No hay dudas que, cualquiera que haya sido la intención del Banco Central, la dirección del BIR incurrió en maniobras especulativas dolosas, lo mismo que otros bancos y sociedades financieras intervenidas.

El problema no puede circunscribirse a si hubo transgresiones a la ley. El aspecto fundamental del asunto es que el sistema financiero, con los instrumentos que le otorgaba la reforma liberal de Martínez de Hoz, entró en una fase de gran especulación. La inflación galopante promovió entre la clase media una creciente demanda de fondos para adquirir automóviles y otros bienes de consumo durable, ante aumentos previsibles y continuados de los precios. Más



tarde se empezó a sentir la demanda de fondos por parte de la industria para hacer frente a la crisis debida al reordenamiento industrial.

El crédito se encarecía rápidamente, por la gran demanda de fondos. Los bancos y las financieras tuvieron que buscar préstamos a altísimas tasas de interés para pagar las altas tasas comprometidas con sus depositantes. La marea de créditos sobrepasó las fronteras nacionales. Las grandes empresas se endeudaron en el exterior, para evitar el crédito interno sujeto a una tasa muy elevada de interés.

En vísperas del estallido de la crisis, el reordenamiento industrial promovido por la política económica elevó los pasivos de los quebrantos comerciales. En el primer trimestre de 1979 los pasivos de las sociedades sujetas a posibles quiebras ascendían a 25,6 millones de dólares; en el segundo trimestre la cifra fue de 27,8 millones; en el tercero de 181,3 millones y en el cuarto de 274,8 millones. En el primer trimestre de este año seguía la ola de procedimientos judiciales susceptibles de culminar en quiebras con pasivos por 139,1 millones de dólares. Muchas industrias eludieron la quiebra o la convocatoria mediante créditos cuyas amortizaciones e intereses las llevaron al límite de su capacidad financiera. Asimismo, hubo bancos provinciales al borde del colapso por sostener producciones regionales del interior al borde de la quiebra. Cuando en la cadena de los pagos se rompe un eslabón, generalmente sobreviene un proceso de sucesivas interrupciones en los pagos, que conducen a una crisis.

La crisis no fue casual, pero de ninguna manera planeada. No podía haberse producido un reordenamiento tan profundo en la economía sin una crisis. La crisis se demoró porque la falta de perspectivas para la inversión productiva en un vasto sector de la economía favoreció el desarrollo de la especulación. Los capitales especulativos contribuyeron en parte a auxiliar a las empresas que tenían dificultad para hacer rotar sus propios capitales. Se elevó el nivel de endeudamiento, y como la demanda de fondos para otras necesidades también crecía al amparo de la inflación más alta del mundo, el crédito se fue expandiendo hasta que a algunas empresas se les hizo imposible pagar.

El endeudamiento, como dijimos, no se detuvo en el mercado financiero nacional, puesto que la deuda externa, que al 31 de diciembre de 1978 era de 10 286 millones de dólares, se había elevado doce meses después a 19 034 millones, un crecimiento de 76% en un año. Claro que los deudores de estos préstamos no tienen el mismo carácter que los que se endeudaron en el mercado local. En este caso, corresponden en su gran mayoría a grandes empresas privadas, cuyo ciclo de rotación de capital no se ha interrumpido, o al sector público.

En el mercado financiero interno la situación es distinta. Llamaba la atención que el reor-

Grupo Greco y del Banco de Los Andes, que se quedaron con innumerables fincas y bodegas de Mendoza, aprovechando sus dificultades.

La crisis implica siempre, por contrapartida, un proceso de concentración y de centralización de los capitales. Había concentración cuando el banco se quedaba con la empresa y, si la resolución de la crisis se demoraba, podía suceder —como efectivamente sucedió— que junto con las empresas cayeran los bancos, y entonces la concentración es doble. Las críticas ingenuas dicen que el Banco Central dejó pasar el tiempo y que posiblemente incurrió en una especie de ineficacia técnica.

La técnica es siempre un buen disfraz para encubrir cuestiones cuyo trasfondo es político. En la Argentina, la política económica oficial está por la liquidación de aquella parte de la industria que, de acuerdo con criterios más o menos arbitrarios, se considera ineficiente en comparación con la producción que llega al mercado mundial. Lo de la arbitrariedad se debe a que, a la mera hora, cuando se trata de precios comparados, la determinación de la competitividad depende de la cotización que se le asigne al dólar, de la fijación de ciertos impuestos, de los criterios con que se evalúa el margen de protección propio y la protección ajena y, finalmente, del criterio político con que se elabora todo eso. En definitiva, hay siempre una franja que es posible trasponer o no trasponer cuando se habla de precios comparativos. Según la interpretación de una parte de la burguesía industrial, la evaluación actual es bastante poco generosa con la producción manufacturera argentina.

Ahora bien, es evidente que si la política oficial está por la liquidación o la transferencia de la propiedad para un posterior reordenamiento de la producción industrial, hay otros, que son los posibles perjudicados, que están, por el mantenimiento de esas empresas. Si, además, aparece un grupo que da financiamiento para la supervivencia o que pretende apoderarse de las empresas para que éstas sigan en el mercado, ese grupo está en la vereda de enfrente de la política oficial. Y si encima resulta que los intereses opuestos a ese aspecto de la política oficial son algunos de los más grandes bancos privados del país, es como para pensar que el cumplimiento de aquella política chocaba con muchos obstáculos y que en los más altos niveles del poder económico estaba surgiendo y fortaleciéndose una tendencia que no coincidía con la política oficial.

Si esa tendencia buscaba o no una definición política es una reflexión que ya pertenece al terreno de la especulación, pero toda fuerza que gravita en el terreno económico y obliga a dar una batalla a costa de un grave desprestigio, tiene una indudable connotación política. No es aventurado asociar la propuesta más industrialista de este sector, con sus intereses en el mercado interno (muchos de ellos están vinculados a producciones agrarias del interior, que no tienen un gran porvenir en la exportación), el origen provinciano de muchos de los capitales, la relación personal con Massera y la prédica que éste ha venido haciendo contra la política de Martínez de Hoz para reunir las piezas y llegar a la conclusión de que, en esa coalición de intereses, podía estar gestándose, desde adentro del bloque de fuerzas que apoyó al golpe, una propuesta económica diferente de la actual.

La forma peculiar de desarrollo de la producción capitalista abarca fases sucesivas de prosperidad y depresión. La interrupción del ciclo de reproducción del capital puede sobrevenir con la no realización de la venta, por falta de dinero. Para que el dinero salga de la circulación, se requiere que alguien lo atesore o lo invierta en cierto tipo de colocaciones financieras que lo aislen temporalmente del circuito productivo. Con el desarrollo del crédito, cada obligación que encarna una promesa de pago sirve de medio de circulación o de pago a toda una serie de posteriores transacciones. Cuando se interrumpe el pago de una, se interrumpe también una cadena de pagos. Y la interrupción de los pagos es, a la vez, una interrupción del ciclo de la producción. Cuando la interrupción es lo suficientemente generalizada, se paraliza la acumulación de capital y sobreviene una crisis general.

La competencia capitalista hace que los grandes capitales arruinen o absorban a los pequeños. Quitando del medio a la empresa del competidor, la gran empresa gana mercados o amplía su capital. De esa manera, el capital más concentrado, dotado de mejor tecnología y mayor eficiencia, gana a costa de la empresa

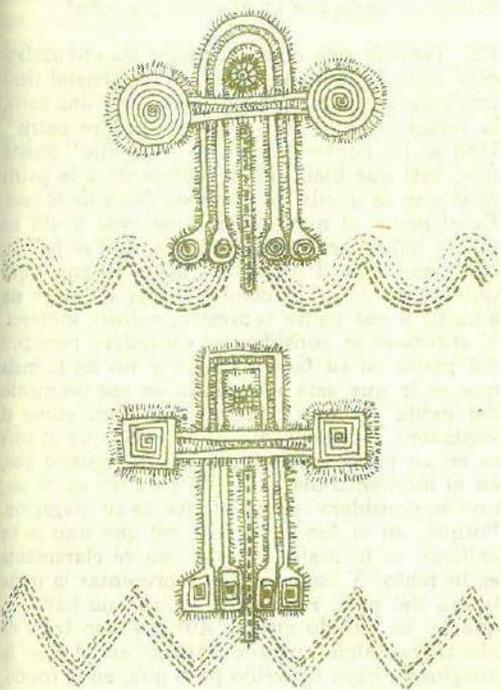
capital marginal, menos concentrado. Dicha quiebra puede sobrevenir también por un efecto combinado de la política económica y de la lucha por la competencia. Así sucede, por ejemplo, cuando hay —como en la Argentina— un reordenamiento económico orientado a modificar el modo de acumulación, en el que, para favorecer a ciertas fracciones del gran capital, se debe desalentar el desarrollo de ciertas ramas de la industria e imponer a todas una mayor concentración y eficiencia. En esas condiciones se producen interrupciones parciales en el proceso productivo y en el crédito, que no alcanza a convertirse en una crisis de acumulación. Dicho proceso es más profundo cuando —como en el caso de la Argentina— el reordenamiento y la concentración de capitales se produce en la esfera productiva y también, con más intensidad, en el sistema financiero, sobre todo cuando este último adolece de un retraso en el grado de concentración respecto a las necesidades presentes del capitalismo, en función de las anteriores políticas económicas, desfavorecían la subsistencia de los capitales marginales.

Esta crisis parcial ha tenido un costo para quienes, desde la cumbre y el comando de la política económica, decidieron librar la batalla a fondo. Por un lado está el costo político: la crisis financiera ha deteriorado aun más la imagen de la política económica de los militares en el conjunto del pueblo, entre la clase media y también en sectores militares. Es de suponer que se tratará de contrarrestarlo atribuyéndola a situaciones imprevisibles de dolo que, por otra parte, acompañan a todos estos procesos.

El costo económico no es menos serio. El ordenamiento en curso se basó en una política presuntamente antiinflacionaria que utilizó la inflación como instrumento de reordenamiento. Esa situación no se podía prorrogar sin detrimento de la normalización del proceso de acumulación. Con la baja de la tasa de interés y la reducción paulatina del ritmo de devaluaciones se inició el tránsito hacia una fase en que se esperaba que disminuyera la inflación y en la que, por consiguiente, se prescindiría de la inflación como instrumento del reordenamiento. El aliento a la exportación agraria tradicional, que antes llegaba siempre por la vía inestable de las devaluaciones, tendría que ser obtenido en el futuro por medio de una reducción de los costos basada en la disminución de la protección aduanera. Esta política tendrá la ventaja de ser más estable que la anterior y, además, no será motivo de contradicción entre los intereses agrarios y el desarrollo del capital financiero, que requiere un tipo de cambio más firme.

La crisis financiera, al reducir la liquidez y provocar una salida de capitales, volvió a elevar la tasa de interés, mientras se intensificaban las expectativas inflacionarias. Además, la elevación de la tasa de aumento de los precios agudizará la polémica sobre la necesidad o no de acelerar el ritmo de las devaluaciones, lo que puede profundizar las fisuras entre el sector agrario y el capital financiero.

La implantación y desarrollo del programa de Martínez de Hoz representó una victoria de los sectores de capital más concentrado (agrario, financiero, industrial) contra la burguesía marginal, fundamentalmente manufacturera. En las actuales condiciones de la política de reordenamiento y del estancamiento industrial, el capital financiero creció mucho más aprisa que el capital invertido en los sectores productivos. En esa fase, por medio del surgimiento de entidades financieras advenedizas con respecto al establishment financiero tradicional, resurgió —en el área de las finanzas— un capital marginal en ascenso, que apuntaba en forma incipiente hacia una política económica, que contemplara los intereses de otras fracciones menos concentradas del capital (en la industria y en el agro). El capital financiero advenedizo vio frenado su desarrollo en el curso de una crisis financiera limitada, cuyas consecuencias podrían empeorar la situación de otros sectores marginales de la burguesía. El programa económico y el capital financiero más concentrado se afirmaron a costa de una dura batalla. Una vez más, la conducción económica ha triunfado. Sin embargo, las heridas de esta batalla pueden provocar replanteos y reclamos que sin duda tendrán su influencia en el actual proceso.



denamiento industrial no llevara a la quiebra a numerosas empresas, pero ahora ese momento parece haber llegado, mediante la crisis financiera. Cuando una empresa se ve fuera de la competencia, puede recurrir a la producción de otras mercancías, a la reducción indirecta de salarios, a trabajar transitoriamente con una tasa de ganancia inferior al promedio, a la venta de activos no directamente afectados a la producción o al crédito. En cambio, cuando no puede pagar un préstamo bancario, sobreviene la convocatoria o la quiebra. En la Argentina, el Banco Central decidió, aunque lo desmintió públicamente, que los bancos oficiales solicitaran la quiebra de las industrias que se presentaran en convocatoria de acreedores, por considerar que se trata de una financiación inaceptable en las actuales circunstancias (*El Economista*, Buenos Aires, 1 de febrero de 1980). O sea que la convocatoria en la que interviene un banco oficial puede conducir ahora a la liquidación de la industria, a la quiebra simple y llana.

Aparentemente, los hechos se desarrollaron sin que nadie los forzara, de una manera casi aséptica. Pero hubo indudablemente quienes siguieron el curso de la crisis y esperaron pacientemente el desenlace. Y hubo, también, los que llevados por la corriente, pero con un cálculo distinto, trataron de remontarla haciendo un buen negocio, ya sea prestando dinero a las empresas para sortear las dificultades, a cambio de una tasa de interés extraordinaria o buscando quedarse con una parte o con el total del capital. Este último es el caso, por ejemplo, del

EL EXILIO Y LOS RETORNOS

Textos para una polémica

En los últimos meses, el tema del exilio ha ingresado en una nueva fase para los propios argentinos exiliados. El reverdecimiento de una actividad política relativamente vigorosa en el país, los cada vez más frecuentes contactos de distintos voceros de la oposición con el exilio en los lugares donde éste se concentra, incluso los primeros regresos aislados producidos desde Europa y la actividad desplegada en este sentido por la embajada argentina en Madrid, son algunos de los principales elementos que explican el nuevo interés por la cuestión.

Así, al antrar el exilio en la curva de los 3 ó 4 años —para algunos, hasta 5 y 6— el debate sobre su situación perspectiva se advierte definitivamente como una forma más, paralela y secreta, de la más amplia discusión política en curso. Y las actitudes respecto a si volver pronto o todavía esperar, a si volver con humildad o blandiendo programas de acción, a si la Argentina es el páramo sombrío del fascismo o un país como otros donde se lucha, por citar apenas algunos ejes, tienen, inevitablemente, un correlato subterráneo con las posturas político-ideológicas que se asumen.

Tres grandes y borrosos perfiles parecen paulatinamente delinearse en el horizonte. Por un lado, aquellos que sostienen a capa y espada la más dramática de las visiones y que, tal vez, preparen su no regreso. Por el otro, aquellos que defienden la concepción de un exilio que se asu-

me a sí mismo como sector específico de la sociedad y, por lo tanto, con reivindicaciones propias y capaz de organizarse políticamente como tal (casi gremialmente) para conquistar el retorno. Por último, aquellos otros que defienden su pertenencia al país concreto a través de líneas también concretas y reales de reinserción posible en su vida cotidiana, política o profesional, y para quienes, quizá, la condición de exiliado, si bien importante no constituye lo esencial.

Controversia, que ha dedicado ya varias de sus páginas a la problemática del exilio, busca ahora aportar al desarrollo de este debate con dos textos particularmente polémicos. Uno, de Osvaldo Bayer, el conocido autor de La Patagonia Trágica, en respuesta a las agrias definiciones de Rodolfo Terragno publicadas en El Diario de Caracas y reproducidas por Controversia en su número 4. El otro, del filósofo y ensayista español Fernando Savater (quien fuera definido por un funcionario policial como "anarquista moderado"), forma parte de una entrevista que le hiciera Controversia en abril último, durante un breve paso suyo por México.

Como en el caso de muchos otros textos publicados por Controversia, las ópticas de ambos colaboradores difieren radicalmente y el interés que merecen no implica de ningún modo la identificación de la revista con lo afirmado. ●

El hijo pródigo

Entrevista a Fernando Savater

P: ¿Cuál es, como español, tu visión general acerca del exilio?

FS: Ha habido países que no tienen experiencia de exilio. Por ejemplo Inglaterra o Francia. Nadie imagina a ingleses o franceses exiliados. En todo caso, uno imagina a viajeros ingleses o franceses. El único caso de exilio que ha habido en Francia es Rimbaud. Pero nunca ha habido, sin embargo, un exiliado político.

En cambio, en España, ser exiliado político es una profesión como otra cualquiera. La prueba está en que cada vez que un español sale al extranjero, al regresar dice "¿Sabes?, si yo me tuviera que exiliar me iría a tal país o tal otro". Como si uno viera estos sitios como lugares posibles adonde irse.

Para un intelectual español que tenga 70 años, es difícil no haber pasado por alguna experiencia de exilio. Necesidad de exilio puro y duro o acomodación a una especie de "exilio interior". Son cosas que hay que ir pensando. Por eso yo tengo amigos en diversos sitios. Hay que tenerlos para poder irse en un momento u otro.

P: ¿El exilio entonces casi como subjetividad, es decir, como la necesidad de construcción de un cierto desarraigo tal vez?

FS: Precisamente una de las teorías que me parecen más interesantes sobre el exilio es la que sostiene Ciorán. El insiste en que lo importante no es el exiliado, pues el exiliado está desplazado de su tierra pero la tiene. Lo importante, dice, es ser apátrida. Terminar por entender que la situación del intelectual es ser apátrida, es no poder reclamarse de ninguna tierra. Es una situación tremenda, pues el apátrida se refugia de algún modo en no ser de ningún sitio.

Ciorán se niega a unirse a los exiliados rumanos y se considera instalado en su ser apátrida. En no tener más patria que el lenguaje, que tampoco es suyo pues coge un lenguaje, el francés, que no es el suyo, para poder instalarse con plenitud en el desarraigo.

Arraigar el desarraigo hasta el fin. Ciorán coge una patria que no es la suya, un lenguaje que no es el suyo y se queda ahí como apátrida.

P: ¿Y en tu opinión, ésta no sería una interpretación sumamente resistida por muchos latinoamericanos o españoles en el exilio?

FS: Claro, porque mientras tanto hay otro exilio, digamos el exilio como nostalgia. Es el exi-

lio de los españoles y de algunos latinoamericanos tal vez. Es el exilio como permanente deseo de volver, el exilio de un país que se sueña desde fuera. Este fenómeno ha influido mucho para que ciertos países con fuertes experiencias de exilio, como por ejemplo España y Rusia, se hayan hecho sobre sí mismos las preguntas que otros pueblos se hacen sobre Dios. Esto también lo señala Ciorán.

Mientras que ningún inglés o francés se plantea el interrogante de si existe Inglaterra o si existe Francia, de si son una buena o mala patria, de si son o no una madre cariñosa, en cambio en España constantemente surgen interrogantes de este tipo. Para un francés o un inglés son preguntas ridículas. Pero los rusos se preguntan ¿hay una Rusia? O bien, ¿hay dos Rusias? Y los españoles: ¿hay una España?, ¿hay una anti-España?

Estas preguntas reflejan visiones desde afuera, que no son vividas en la cotidianeidad. Son abstracción. En ellas, el país se plantea como aquella cosa inalcanzable, Dios o demonio, que está separada y que para otros pueblos representa la divinidad. Es posible que una oleada de exilio en Latinoamérica termine por generar una visión similar acerca de los países latinoamericanos. Una visión teológica de países o regiones.

P: ¿Existiría, de todos modos, alguna diferencia entre los exilios europeos y latinoamericanos? ¿O, desde esta óptica, la negatividad del exilio abarcaría por igual a uno y a otro?

FS: Tendría que conocer mejor las circunstancias. Indudablemente, el exilio en general tiene una característica similar que es, por una parte, la relación amor-odio con la "madre patria". Uno se ha convertido en el "mal hijo" puesto que, mal que bien, quien representa a la patria es el que se queda. El otro está fuera de la casa. Es el padre el que sostiene esa casa y allí no puede haber pretensión. El hijo que se ha ido, lo mismo que el héroe del mito, es aquél que quiere recuperar el camino hacia el padre sin admitir a ese padre represivo, celoso, etcétera. Y entonces se considera el verdadero heredero del padre en su faceta buena y no en la mala que es la que está ejerciendo en ese momento del exilio del hijo. Uno se considera como el verdadero representante de aquello que el país es en su parte buena, es decir, de aquello que, en el momento del exilio, el país no es. O sea, uno se considera representante de su negación. Porque, en el fondo, el país del que uno se ha exiliado es lo malo, lo que uno ve claramente es lo malo. Y cuando cree representar la parte buena del país, representa lo que no hay y lo que no ha habido nunca. Aunque uno trate de identificar algún pasado mítico en el que lo imaginado haya ocurrido pero que, en el fondo, no ha habido nunca. Uno representa lo que no hay, o sea, lo que el país no es.

En ese sentido, la maldición de la dictadura española, de la anti-España, era en alguna medida cierta. Pero lo que representábamos nosotros es lo que en España nunca ha tenido curso, lo que nunca tuvo posición legal. Eramos anti-españoles en un cierto modo porque España era "aquello". Por eso hablaba de la idea del mito del desterrado, que se considera hijo que va a volver. Hace un camino alejándose, pero para regresar con fuerza. ●

libros · discos · café · galería

gandhi

miguel angel de quevedo 128/130 tels. 548 19 90 / 550 18 84

Una propuesta para el regreso

Respuesta de Osvaldo Bayer
a Rodolfo Terragno

Estimado Rodolfo H. Terragno:

He leído en *Controversia* tu artículo "El privilegio del exilio". Ante todo te diré que admiré siempre tu estilo periodístico, tu manera de informar, tu independencia y valentía. De eso testimonia principalmente "Cuestionario", aquella publicación que fue todo un modelo en el periodismo argentino, tan pleno de aduladores, escribas, aprovechados y esos que sufren constantemente de mimetismo.

Pero tu artículo "El privilegio del exilio" me causó una gran desazón y tristeza. Ante todo porque hiere la sensibilidad de miles de argentinos patriotas que debieron abandonar el querido suelo, escenario natural de sus luchas diarias, de sus sueños y de sus cariños. Y en segundo lugar porque, sin quererlo, haces el juego no sólo a los corruptos militares y civiles que se apoderaron del país sino a toda una degradada capa de colaboracionistas, para utilizar el preciso término usado en la época nazi.

El exilio que padecemos, Rodolfo, no es ningún privilegio. No tiene nada de exilio griego o romano. Y si eso vale para algunos no lo es para los verdaderos combatientes democráticos argentinos. Por supuesto que hay excepciones. Que hay quienes se dicen exiliados y que no lo son o que por lo menos podrían estar tranquilamente paseando por calle Florida sin correr el más mínimo riesgo de que lo secuestre alguna patota militar o policial. Por supuesto que existen los exiliados que se han dedicado a ganar plata; por supuesto que existen aquellos que juegan a dos puntas, o los que fracasaron profesional o laboralmente en la Argentina y viven aquí usufructuando becas o ayudas, o los otros, que se han conformado con ser ayudantes de segunda categoría, bufones o cipayos en los países del capitalismo que explotan al Tercer Mundo.

Pero están los otros. Los verdaderos exiliados. Aquellos que tuvieron que abandonar precipitadamente el país, no a la "romana" o a la "griega", sino porque les esperaba la misma horrible muerte de Silvio Frondizi, de Gutiérrez Ruiz o Michelini, o la suerte de nuestros queridos Haroldo Conti y Rodolfo Walsh. Esos que llegaron repentinamente a otro país cargados de familia, sin un centavo, ya no jóvenes sino justo en la edad en que en Roma y Grecia comenzaba el descanso, el privilegio de ser escuchados, el gozo de aquello que se denomina experiencia. Conozco a esos exiliados argentinos que debieron comenzar nuevamente sus vidas a los cincuenta o más, que debieron y deben permanentemente hacer trabajos que no realizaban desde sus tiempos de estudiantes, que viven la zozobra de trabajar por "contrato" y que tiemblan al aproximarse la fecha de vencimiento de los mismos, que deben humillarse constantemente para pedir un sello o una firma de algún tiranuelo de escritorio. Que deben cruzar permanentemente fronteras para demostrar que no viven donde viven. En fin, en la inseguridad y angustia sin fin. No estoy de acuerdo en que el exilio argentino provocado por el corrupto Videla sea un "exilio de clase media", con todas las connotaciones que quieres expresar al calificarlo así. Todo lo contrario. Para gloria de esta diápora argentina estoy dispuesto a demostrar que es ejemplar, que muy pocos exilios han sido tan ricos en luchas, con figuras sacrificadas y brillantes. Y ningún exilio fue tan peligroso para los tiranos como éste, el de los argentinos que están en el exterior. Por las características políticas de nuestro país, los argentinos no tuvieron el apoyo que les llegó, por ejemplo, a los chilenos, quienes recibieron la inmediata ayuda de los poderosos partidos socialdemócratas y socialistas europeos, o de los partidos comunistas, según la ideología. De los exiliados peronistas se sospechaba por lo multifacético de ese movimiento y no poco por el largo refugio de Perón en la España de Franco. De los argentinos no peronistas que decían como única identificación que eran democráticos, se sospechaba, porque democráticos se llaman todos. Y en países marcadamente anticomunistas la palabra "democrático" es sospechosa. Y sin embargo, esa diápora argentina, sin

unidad ninguna, sospechada por todos, ha logrado en cuatro años que en el exterior la cosmética y las sonrisas macabras de un Videla, de un Massera y sus tristes embajadores —se llamen Anchorena, Ghioldi, Martfnez Raymonda, Rubén Blanco, Guyer o Massouh— no valieran de nada.

Creo firmemente que el trabajo de los exiliados argentinos fue el que logró que las Madres de Plaza de Mayo sean conocidas en todo el mundo. El aspecto internacional de la gestión de Videla es desastroso pese a todas las mentiras, las agencias publicitarias, los viajes pagos a periodistas extranjeros, etc. ¿Y cómo se logró todo esto? Con un sacrificado trabajo diario: el volante, el comunicado, la manifestación, el reiterado pedido de entrevista. Eso que mirado aisladamente es nada más que desesperanza: un volante repartido en Berlín, una huelga de hambre en una iglesia de un suburbio de Milán, una conferencia ante diez estudiantes en Toulouse, una marcha de quince personas bajo la lluvia en Chicago, todo eso sumado llevó a grandes manifestaciones frente a las embajadas de la dictadura (en Bonn comenzamos apenas 7, el pasado 24 de marzo éramos 450, según el cálculo de la propia policía alemana), a actos multitudinarios, a comunicados de grandes partidos, en fin, a que el Papa hablara de los desaparecidos en plena Plaza de San Pedro.

Ni los exiliados alemanes de 1933, opositores al nazismo, hicieron una obra tan efectiva como todo este heterogéneo exilio argentino. No sólo en el número de publicaciones sino en el número de actos públicos realizados en Europa y América Latina.

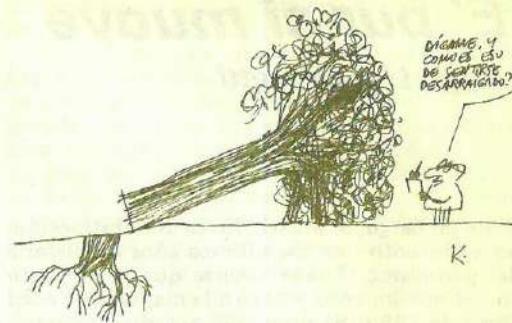
Tu preguntas: "¿Quiénes son los héroes? ¿Nosotros que cambiamos nuestras verdades por dólares o los condenados a pensar en secreto?" En el *nosotros* me imagino que no querrás incluir a los incontables argentinos que en su tarea hormiga o en su trabajo intelectual de esclarecimiento jamás han cobrado ni un dólar ni un marco ni una peseta. Al contrario, han sacado de su magro bolsillo para pagar papel, sobres, pasajes, trabajos solidarios y abonos a las publicaciones de la resistencia a la dictadura militar. Sin darte cuenta ofendes a todo el exilio argentino transformándonos en personajes de café, en "merodeadores de la cultura" y buscadores de fama con el dolor ajeno. El error parte de que tratas de comparar a los exiliados con quienes hacen allá, en nuestro suelo, la resistencia diaria. Son dos cosas muy distintas, dos aspectos del mismo problema. Por supuesto que al hablar de la categoría de "héroes" siempre estará primero quien allá constantemente da la cara a la muerte, como lo hacen las Madres de la Plaza de Mayo o los obreros que expresan su protesta por las condiciones laborales. Pero, en esta larga lucha, también son necesarios aquellos que sin correr el peligro inmediato de vida trabajan desde el exterior por desenmascarar toda la mentira de los generales criminales.

Pero ahora doy el motivo fundamental de esta carta. Quisiera que este corto diálogo contigo fructificara en algo positivo, en un paso hacia adelante de los intelectuales argentinos exiliados. Porque creo que te refieres a ellos, en particular. A nosotros, mejor dicho. Sería comenzar de nuevo con lo ya dicho expresándote que no todos los intelectuales argentinos se desahogan solamente leyendo *Le monde diplomatique*. Pero tal vez esto daría lugar a una polémica. Y creo que a tus palabras hay que tomarlas como un desafío.

La autoflagelación, el "Pésame, Dios mío", el "mea culpa" es muy característico de los intelectuales. Como también es ya una costumbre denominarlos elitistas, faltos de realidad, cobardes, culpables de tirar la piedra y esconder la mano, ideólogos de retaguardia que ven morir con gusto a sus prosélitos en el frente.

Creo que ha llegado el momento en que los intelectuales argentinos deben mostrar a su pueblo que también ellos saben estar en el frente, allí expuestos, como las Madres, como los delegados obreros, como los huelguistas de los últimos cuatro años, como los curas de las parroquias pobres.

De ahí ésta mi proposición a todos aquellos intelectuales argentinos que están en el exilio por sus obras y por su constante defensa de los derechos humanos y del sistema democrático (donde democracia es tal no sólo por permitirse elecciones libres sino cuando se otorga al pueblo la igualdad de posibilidades para todos) a prepararan un plan de regreso conjunto a nuestro



país.

Sé que para muchos será peligroso, para otros menos. Pero debemos llevar a cabo este plan en forma colectiva y no individual, basado en la solidaridad entre todos y en la mutua ayuda. En ese sentido, anunciar públicamente nuestro regreso sin esconder nada, borrando todo toque conspirativo al viaje. Y allá, llegados, no desparramarnos, seguir juntos, establecer una organización de intelectuales antifascistas, en la que se centralizaría la difusión de nuestra lucha. Donde la juventud sepa que allí, esos intelectuales argentinos están dando la cara todos los días. Es decir, fundar una casa de los exiliados argentinos en nuestro propio territorio para llevar al frente el esclarecimiento, nuestro aporte a la libertad de la Patria, a la conquista de los derechos de cada argentino a vivir sin humillaciones, a defender la palabra.

Esto, dicho así, pareciera una actitud quijotesca: querer defenderse con libros y papeles contra los Ford Falcon, las metralletas, las capuchas, las picanas eléctricas y los métodos mafiosos de Videla y sus sicarios. Y sí. Al final no podrán. Es posible que caiga alguno de nosotros, o que vayamos a parar a las cárceles, o que nos expulsen. El riesgo es inevitable. La misma pregunta se harán todos los días las Madres de Plaza de Mayo. Y están allí, cada vez más, creciendo.

Por supuesto que no regresaremos desarmados. Que usaremos todas las armas que hemos conseguido en la solidaridad internacional. Nos acompañarían en nuestro viaje de desafío los titulares de las asociaciones de escritores europeos y latinoamericanos, y periodistas extranjeros. El regreso sería publicitado en el mundo entero. Y esa solidaridad internacional sería nuestra custodia, nuestro guardaespaldas, nuestro ángel de la guardia con paloma, con olivo y con la pólvora de las ideas. La palabra estará con nosotros contra la ametralladora de los enviados de la muerte.

Preparémosnos ya en un plan público para que el próximo 24 de marzo expliquemos allá qué es lo que queremos y por qué luchamos. Será la primera vez en la historia del mundo que los intelectuales, tan vituperados siempre, pasen al frente, prendan la vela mayor en el altar del pueblo, oscurecido hoy por el crimen, la ignominia, la corrupción de todos los valores humanos.

Pero nuestro regreso no tiene que ser aprovechado por la dictadura. Nuestra vuelta tiene que ser activa, sin diálogo con los asesinos y corruptos a la Massera ni con los que quieren entrar en componendas cuarteleras para traicionar otra vez al pueblo. Nuestro trabajo será estar allá, con frecuentes salidas alternadas al exterior para denunciar constantemente toda la verdad, y así no transformar el exilio exterior en un exilio interno.

Debemos vivir desde ya con el pensamiento en nuestro regreso. Convertir el café de Barcelona en una forja de ideas y pensamientos libertarios en nuestro propio suelo.

Te invito, Rodolfo, a que me acompañes en el preparativo de este plan. Busquemos a los primeros veinte. Luego nos seguirán los demás.

Te saluda.

E' pur si muove

Jorge Luis Bernetti

Y sin embargo, se mueve. No es una abstracción, no es invento de los últimos años de historia del peronismo. Puede decirse que nació junto con el movimiento y llegó a la mayoría de edad luego de 1955. Se desarrolló vigorosa y contradictoriamente durante los años que fueron hasta 1973. Después del 73 tocó el cielo con las manos y también llegó al desastre. Señoras y señores: el peronismo revolucionario se resiste a dejar la escena fácilmente. Tozudamente se presenta, después de la derrota, para demandar y demandarse qué pasa con él, qué pasa con el Movimiento, qué pasa con la Argentina. ¿Por qué? porque ha llegado el tiempo de la reconstrucción, de la reagregación peronista, sindical, cívica, política en el país. Como toda expresión política atacada se vuelve sobre sus fuentes, el peronismo lo hace sobre las suyas. Se hace imprescindible reconstruir la historia, los personajes y las líneas no sólo para reconocer el pasado sino para entender el presente y dibujar algunos bocetos (como en todo intento profético, borrosos) del porvenir. No se puede escribir la historia del peronismo como la de las dos esferas contrapuestas (el cielo y la tierra) con que los antiguos representaban el mundo físico. O sea, no se puede escribir de manera separada la historia del peronismo burgués y del peronismo revolucionario. Hay, sí, una historia del peronis-

mo asentada en contradicciones, en severas luchas tendenciales, en la remisión a un liderazgo determinante y complejo.

Pero se puede (y se debe) estudiar la historia de las tendencias. Y ésta del peronismo revolucionario que lo recorre nerviosamente, en la oposición a muchas conducciones tácticas, sindicales o partidarias del peronismo (pero en varias, no tan pocas como se recuerda, disponiendo de poder *superestructural*, para recordar una palabra ahora en desuso), se hace hoy, por la derrota, imprescindible. Porque en la caída del peronismo, la tradición más golpeada — desde muchos puntos de vista — es ésta. La de la mayoría de los peronistas que estamos en el exilio. La de nosotros. Este problema es nuestro problema.

Peronismo revolucionario, peronismo de izquierda, línea dura, así y de otras maneras se nombró, de manera sistemática desde 1955, a una línea política, sindical y juvenil que se negaba a disolver la identidad, los fines y los objetivos políticos del Movimiento en los juegos negadores o integracionistas de los diversos regímenes cívicos o castrenses.

Dirigentes, agrupamientos o militantes en muchas ocasiones fueron integrantes ocasionales de esta forma de concebir al peronismo. Sus definiciones devinieron así contrapuestas entre las diversas fracciones que lo integraron. Se partía, quizás, en 1955, de la convicción de que la derrota de entonces pudo haberse evitado si el peronismo hubiera enfrentado la lucha contra las clases dominantes en otra perspectiva, sin confiar en los aparatos de la legalidad y emprendiendo las reformas de fondo que las bases populares exigían.

La absolución de responsabilidades atribuíbles al Caudillo condujo a la conceptualización de definiciones como aquello de *los traidores* como capa intermedia nefasta ubicada entre Perón y las bases. Construir una organización del pueblo (la organización), fue una bandera perseguida de las formas más diversas por las fuerzas de la izquierda peronista.

Esta rescató la violencia en la Resistencia como un valor legítimo y eficaz contra el sistema. Y éste fue un instrumento político nuevo para el Movimiento.

Pero no podría plantearse ninguna base histórica para el despliegue del peronismo revolucionario si no se reconociera su génesis a partir de 1955, sobre la base de la movilización combativa de la clase obrera. Es en esos años donde el aparato sindical se opone a la rama política, símbolo éste de *negociación, blandura, conciliación*. Es la dureza que Perón elige frente al primer y más burdo neoperonismo. Es la hora más brillante de John William Cooke, delegado y "heredero" formal del peronismo.

Las luchas de la clase obrera, y de sectores regionales o sectoriales de la misma, conformaron episodios significativos de la historia del peronismo. Amén de aquella drástica renovación de dirigentes, de donde surge toda la ancha generación sindical que orientará Augusto Vandor hacia una perspectiva tradeunionista, se dan otros hitos determinantes.

Por ejemplo, el mil veces mencionado Plenario y Programa de La Falda (1957) de la CGT de Córdoba; el Plenario y Programa de Huerta Grande (1962) de las 62 Organizaciones. Programas que son recordados retóricamente, a menudo sin la mención de sus contenidos ni de sus contextos; que deben ser analizados crítica e implacablemente, pero que prueban una tendencia histórica del PR, que estaba lejos de construirse fuera de la historia de masas del Movimiento.

De allí, en adelante, la crisis. El descubrimiento de que la línea conciliadora podría también encarnarse en el sector sindical. La aparición del fenómeno burocrático como una dimensión clave para entender el rumbo de las luchas peronistas.

Entonces, otros hechos fundacionales. El Movimiento Revolucionario Peronista (MRP), el 5 de agosto de 1964, con un punto de partida político-sindical.

Pero el acto más grande de lucha de esos años está marcado por el Congreso de la CGT del 1 de marzo de 1968: la creación de la CGT de los Argentinos, con Raimundo Ongaro a la cabeza, Amado Olmos en la Fundación ideológica, con el apoyo de la conducción táctica de Bernardo Alberte (la segunda ocupada por el peronismo revolucionario en la Resistencia).

El golpe del 66 va a determinar una mutación significativa en la historia del PR. La consolidación del sistema "para veinte años", como pronosticaba Juan Carlos Onganía entonces, afirmó la convicción irresistible en el método superior y dominante de lucha: el armado. Fue la hora del surgimiento de las organizaciones armadas peronistas, de los Montoneros, las FAP, las FAR, los Descamisados. Era la hora de la organización, de la construcción de la vanguardia, política y militar.

La historia posterior es la más fresca para quienes esto leen. Es la de la combinación de múltiples formas de lucha, a partir de la decisión popular votada en las calles de Córdoba en mayo de 1969, para lograr la derrota de la dictadura de la *revolución argentina*. El retorno de Perón y la victoria electoral de Cámpora que, si obviamente pertenecen a *todo* el peronismo, quedan signados por la política de la izquierda peronista.

Perón; Isabel; López Rega; sindicalismo; montonismo; aliados y enemigos internos y externos que suman y contraponen en los años duros del 73 a 76 con la acción inteligente y desorganizadora de la derecha civil y militar. Golpe y derrota. También en esos años consolidación vertical y aparatista del polo montonero como continente de la izquierda peronista. Derrota y desagregación. Y ahora, la película parece que comienza de nuevo.

Sin embargo, lo que pasó no ha sido poca cosa. El drama y holocausto de una generación de militantes, activistas y dirigentes, ha dejado, junto con la situación de opresión político-económica de la clase obrera, las cosas en el punto de volver a empezar. Pero, claro, no de cero, sino — como en el caso de los militantes — con números negativos. Y con teorías y concepciones que se mostraron ineficaces para construir un modelo de organización obrera y popular. Y allí es donde hay que situar, también, la mira.

El peronismo revolucionario es, entonces, premonotonero, y trata de ser posmonotonero. Sus orígenes están decisivamente vinculados a la lucha de la clase obrera; sus demandas *exteriores* al peronismo se verificaron como las exigencias del retorno incondicional de Perón a la patria y del peronismo al poder. Sus luchas internas se hicieron contra la burocratización sindical y el conciliacionismo político.

Sin embargo, sería estrechamente limitador del análisis no considerar parte protagónica de este proceso a los numerosos agrupamientos de militantes (con gran aporte de militantes de clase media) que coexistieron y se vincularon con las expresiones obreras antes del 66 o se fundieron en los frentes de masas del aparato monotonero a partir de 1970. Su historia crítica también es concurrente a la elaboración de un marco crítico de la tendencia revolucionaria.

Y la profundidad de esta visión analítica obliga a la relectura atenta de los padres intelectuales que alimentaron ideológicamente a la corriente: Cooke, Rodolfo Puiggrós, Juan José Hernández Arregui, y también Jorge Abelardo Ramos, Arturo Jauretche, entre otros.

La visión crítica del peronismo revolucionario en el exilio no ha atravesado la lectura refundadora de los mencionados, salvo excepciones como el trabajo de Nicolás Casullo sobre Cooke y su visión de lo sindical. Las autocríticas del pasado inmediato se han dirigido, en su gran mayoría, a un examen de las pifias tácticas cometidas por Montoneros, pero no han llegado a profundizar en las concepciones estratégicas ni se han remitido a las definiciones que prefiguraron las políticas hegemónicas del 73.

Un objetivo final — el socialismo — y un estilo organizativo — la vanguardia — permanecen como pilares de la ideología de la izquierda peronista. No existe, salvo episódicamente, una revalorización de aquella definición entroncada con la grave crisis internacional que padece el denominado *campo socialista*. Es decir, existen observaciones parciales a las posiciones de

ZONA ABIERTA EDITORES, S. A.

Apartado n.º 584 F. D. MADRID



testimonio latinoamericano

Nº 2. MAYO/JUNIO 1980

LA HERENCIA DE PERÓN. EL JUSTICIALISMO FRENTE AL PODER MILITAR por Hugo Chumbita

EN MÉXICO, CON CÁMPORA por Jorge Flores

CHILE: LA CRISIS DEL SOCIALISMO por Clodomiro Almeyda, Raúl Ampuero, Jorge Arrate, Aniceto Rodríguez, Gerardo Espinoza, C. Altamirano, Pedro Vuskovic y Juan Bustos

RECAPITULACIONES: EZEIZA, UNA TRAGEDIA ARGENTINA por Alvaro Abós

DE SAN MIGUEL A PUEBLA: RELIGIOSIDAD Y PROTESTA por Héctor Borrat

LUCHI, EL HERMANO MAYOR por Alberto Szpunberg

MUERTE DE UN JUSTO por Michel Schooyans

SUSCRIPCIÓN

(por 6 ó 12 números):

España: 600 ó 1.200 pesetas

Europa y México: 12 ó 24 U\$A

Otros países: 15 ó 30 U\$A

Apartado postal No. 32.142, Barcelona, España

la URSS, Cuba y China respecto de la situación argentina, pero no una interpretación global del proceso. En la misma situación se encuentra la vigencia de la propuesta vanguardista. Vanguardia ya existente, para algunos contumaces delirantes, o como *embrión de o proyecto de*, la vanguardia reina, es dueña y señora. No existe un replanteo del criterio vertical, militar, aparatista, tan emparentado con experiencias igualmente fracasadas de la izquierda armada y no armada exteriores al peronismo. El Movimiento existe con su movimientismo y los restos vanguardísticos, no saben (no sabemos), cómo ubicarnos frente a la tozuda realidad de la identidad y práctica de la clase obrera en el peronismo y los reiterados desfasajes de los intentos dirigistas.

¿No es hora ya de examinar con criterio histórico las experiencias del *socialismo llamado real* y compararlas con los problemas estructurales de nuestro desarrollo como nación y las aspiraciones sociales, políticas y culturales de las clase obrera y los sectores populares? ¿No es hora ya de poner punto final a un reiterado intento por sobreimprimir a la clase obrera una conducción científica y enarbolar como método y bandera la *democracia* por sobre la *vanguardia* en el territorio de la ineludible lucha interna, lucha ideológica, lucha de clases en el interior del peronismo?

La democracia entendida como método y objetivo, no separada de la intencionalidad de dirección política, pero dirección encarnada en las experiencias concretas de la clase obrera y el movimiento popular, capaz de guiar lo espontáneo hacia lo autogestivo, vinculando la propuesta ideológica al movimiento real del accionar trabajador.

Por ello la bandera estratégica del peronismo revolucionario, o como sería mejor llamarlo: el ala izquierda del peronismo, debe ser la democracia para la organización partidaria del movimiento y para la organización sindical del movimiento obrero.

Los objetivos estratégicos de transformación profunda de la sociedad argentina, la demolición de las estructuras capitalistas dependientes basadas en el poder terrateniente de la gran burguesía, implican, de por sí, una transformación democrática profunda, la democracia de los que trabajan, que históricamente ha sido el socialismo. Pero el camino hacia esa rectificación profunda y el desarrollo mismo del modelo exigen a partir de la historia de nuestras luchas obreras la participación democrática total.

Sólo la perspectiva de la lucha legalizada de tendencias, abierta, franca e inteligente permitirá superar la antinomia entre el Movimiento y el partido. Es decir, sólo la introducción de todas las formas, matices y mecanismos de la lucha popular en el partido salvarán al peronismo de una congelación histórica que lo imposibilite para encabezar la transformación imprescindible de la Argentina. Y qué decir del movimiento obrero, donde en los años previos al '76, y desde el '69, se acentuaron las tendencias a la emergencia de la asamblea de fábrica como centro protagónico de las luchas sindicales y del federalismo como tendencia a la ruptura de conducciones asentadas en Buenos Aires.

En el partido, pues: rescate de lo tendencial como característica del movimiento, legalización por medio de la proporcionalidad del poder de las líneas ideológicas en cada uno de los escalones directivos; utilización del referéndum como método para la definición doctrinaria y programática; elección directa de las autoridades y candidatos. En el movimiento obrero: fortalecimiento de la gran conquista peronista del sindicato único por rama de producción con la federalización organizativa, la representación de las minorías y —sobre todo— con la promoción del movimiento autogestionario en la empresa. La izquierda peronista puede desarrollar este proyecto estratégico impulsando y acompañando el movimiento real, no alternativizando con urgentismo vanguardístico la edificación de una hegemonía que no se puede imponer a palos o con manuales. Y aquí, una observación. Dice el compañero Ernesto López en "Discutir la Derrota" (*Controversia* núm. 4), en referencia a otro artículo mío: "¿es lo primero (el menosprecio por el espacio democrático abierto por Perón) responsabilidad exclusiva de la conducción de Montoneros o existía en amplios sectores del *montonismo* una concepción menospreciante de la democracia que operaba con el vigor de un prejuicio?". Su respuesta es en este último sentido, y coincide con él. La referencia a Montoneros en la nota que él

menciona (*Cuadernos de Marcha* núm. 2), se dirigía al conjunto de la organización, con el obvio cargo de responsabilidad de una conducción política. La tradición autoritaria estaba en el peronismo revolucionario premontero y el peronismo. Estaba en nosotros. Con Cooke se había aprendido que "nuestra oligarquía era liberal, pero no democrática". Fue el autoritarismo de la sociedad argentina, impuesto por aquella oligarquía, la que reforzó la tendencia verticalista, junto con la peculiaridad típica de un movimiento nacional y popular de regirse por la conducción del Caudillo. Sin su presencia, el problema de la conducción política del peronismo se emparenta con la exigencia profunda de los sectores populares de enfrentar el proceso concentracionario que, a partir del '76, acentúa el absolutismo de estado (vía poder ejecutivo centralista y fuerzas armadas tutoras de la *seguridad nacional*), a niveles nunca padecidos en nuestra historia nacional.

(Para decirlo con un ejemplo, no es que Firmenich fuera el Diablo, y, por ejemplo, Galimberti un roussonianista populista, y los que estábamos más abajo palomas del pluralismo. Rom-

per con métodos y tradiciones no será una tarea fácil; no advendrá sólo por el camino de los necesarios cambios de nombres y de autocríticas puntuales, sino por la edificación dificultosa de un nuevo estilo, una práctica diferente e integradora, crítica y hondamente preocupada por la participación del conjunto.)

Es la hora, para un peronismo de izquierda con muchísimos de sus cuadros exiliados, amén de los desaparecidos, presos y muertos, de emprender de nuevo el rumbo de la transformación profunda del país y del Movimiento (que no pasa por la repetición de la retahíla histórica de los programas), de construir con la democracia. Lucha en el exilio, en el Movimiento, en el país para recuperar la democracia política y avanzar hacia la *democracia de los trabajadores*. Retomar los orígenes de octubre del '45, de la tradición evitista (que merece una discusión específica), de la política nacional de Perón y de los momentos más felices de la tercera conducción táctica del peronismo revolucionario (noviembre de 1971-mayo de 1973), recuperan lo mejor de nuestro patrimonio histórico.

XXI siglo veintiuno editores

EN LA COLECCIÓN AMÉRICA NUESTRA

el nuevo libro

ASTRONOMÍA EN LA AMÉRICA ANTIGUA

Anthony Aveni
(compilador)



otros títulos de la serie América antigua:

LAS LETRAS PRECOLOMBINAS
G. Baudot

CÓDICE BORBÓNICO
(edición facsimilar acompañada de la obra de F. Del Paso y Troncoso Descripción, historia y exposición del Códice pictórico de los antiguos nahuas)

LA ORGANIZACIÓN ECONÓMICA DEL ESTADO INCA
J. Murra

RELACIÓN ACERCA DE LAS ANTIGÜEDADES DE LOS INDIOS
Fray Ramón Pané

DICCIONARIO DE LA LENGUA NAHUATL O MEXICANA
R. Simeón

HISTORIA Y RELIGIÓN DE LOS MAYAS
E. Thompson

Solicite información periódica sobre nuestra producción editorial:
Siglo Veintiuno Editores
Apartado postal 20-626
México D.F.

Agencia Guadalajara
Apartado 32-140
Guadalajara, Jal.

SI NO DESEA COMPRAR NUESTROS LIBROS
Léalas en nuestra Biblioteca Pública,
abierta de lunes a viernes,
entre las 8 y las 18 horas.
Cerro del Agua 248, detrás del local
de la Librería.

Derrota y pensamiento nacional

Luis Bruschtein

La intención de este trabajo es simple. Los ejes de discusión que se han planteado a nivel del exilio han sido, fundamentalmente, el problema de la democracia, el de Montoneros y la lucha armada, además de otros, como la cuestión de los derechos humanos. Otro eje, que en mi opinión es importante, es el de la problemática de lo nacional, del pensamiento nacional. Rescatarlo en el marco de sus limitaciones y de una derrota política como la de 1976 es importante porque es el único que expresa la continuidad de la experiencia de la clase obrera argentina, y por lo tanto es el que está en mejores condiciones de desentrañar el derrotero inmediato de esas luchas. Retomar este eje significa, en este caso, nada más, ubicarlo históricamente en el peronismo, donde tiene un espacio legítimo y donde expresa un sector de las masas peronistas, y señalar sus limitaciones, las dudas y los interrogantes más generales que origina desde su óptica el golpe gorila del 24 de marzo de 1976. Dudas e interrogantes, por otra parte, que difícilmente puedan ser resueltos solamente en el plano de la abstracción, de la teoría y del exilio.

El golpe de los militares y la oligarquía, la derrota

El pensamiento nacional se encuentra por el momento y nuevamente en derrota, porque no puede ofrecer una alternativa al golpe militar de marzo de 1976, al igual que las demás fuerzas políticas, corrientes de pensamiento o sectores sociales afectados por el golpe militar. Esta primera aproximación a la realidad ofrece una vía de acción que es la resignación frente a la catástrofe, en cuyo caso, nuestras perspectivas de retornar con dignidad, no pasan más allá de la pulquería "El Gorjeo".

Esta derrota plantea otra posibilidad, que es la que eligieron Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche, cuando al grito de ¡Vuelvan caras los argentinos! retornaron a la arena política intentando reorganizar las fuerzas populares después del derrocamiento del general Perón en 1955.

Ni para Scalabrini Ortiz ni para Jauretche era la primera vez que debían enfrentar una situación de derrota dura y desfavorable. Ambos habían surgido con las mismas energías y con la misma claridad de pensamiento durante la crisis que se abrió en el campo popular después de la caída de Irigoyen.

Ese es el contexto que muchos compañeros no toman en cuenta cuando analizan el significado y las consecuencias del golpe militar de 1976. Esta visión de los hechos saca del contexto histórico el período 1968-1976, con lo cual deja la impresión errónea de que terminó la historia. Por contraposición, lo que se cerró fue un ciclo, que abrió, a su vez, nuevas perspectivas de desarrollo sobre las bases mismas que dejó el anterior como saldo en la conciencia de las masas, que como conjunto expresan, hasta el momento, una capacidad de síntesis mucho más alta que los intelectuales y las organizaciones políticas del interior y del exterior.

El fetichismo de la derrota a la que todo el mundo debe adorar para tomar distancia de concepciones viejas y estáticas, es derrotista, tiene poco que ver con el saldo histórico del período que se quiere enfocar y, en términos políticos, es suicida. Otra política suicida es aquella que acusa de derrotista a cualquiera que habla de la derrota y trata de negarla con voluntarismo o convocatorias emotivas, a pesar del hecho contundente, tangible y dramático de su realidad.

Esta derrota no es solamente la de una organización o la de toda una concepción sino que todos los sectores no oligárquicos sin excepción son afectados por ella, claro que de formas distintas en cada caso. Además, esa coyuntura se asienta sobre un proceso histórico y es una expresión más del enfrentamiento de clases y sectores sociales que han forjado nuestra historia. No se trata de ver la historia para estudiar experiencias que pueden servirnos ahora, como lo harían con la historia de cualquier

otro país. Se trata de analizar la historia argentina para tomar partido y darle continuidad a las luchas de nuestro pueblo. Si la derrota es tan aplastante, estratégica y definitiva no vale la pena ni siquiera escribir sobre ella, y lo mejor es comenzar una nueva vida. Si se trató de la derrota de una organización política, con salir de ella y enrolarse en aquella que no fue derrotada se soluciona fácilmente la crisis. La realidad demostró que ninguno de los sectores afectados por el golpe tuvo una política capaz de frenarlo, abortarlo o derrotarlo, por lo cual todas esas políticas demostraron limitaciones que hoy deben ser revisadas y superadas para reagrupar fuerzas y así dar nuevamente la lucha. Aceptar el debate, las dudas y la confrontación democrática de ideas, sin una concepción paralizante ni oportunista y enrolados en el proceso histórico del cual somos parte, es una de las tareas más importantes del exilio argentino y de todas las fuerzas políticas populares de nuestro país.

17 de octubre: continuidad de las luchas obreras

Para algunos, el peronismo se formó solamente con políticos que provenían de los viejos partidos, en especial el conservador y el radical, mientras que los cuadros medios sindicales lo abordaban vírgenes de experiencias anteriores. Ni el anarquismo, ni el socialismo, ni el comunismo, como todo el mundo sabe, se incorporaron al peronismo. Tampoco lo hicieron el partido conservador ni el radical; sin embargo sí lo hicieron algunos de sus militantes, sobre todo a nivel del Partido Justicialista, y si bien estos compañeros abandonaron las posiciones de sus partidos originales, trajeron al movimiento nacional muchas de las prácticas politiqueras de comité y de ambiciones personales.

Los cuadros medios del sindicalismo izquierdista, en especial aquellos que provenían del anarquismo, se incorporaron al peronismo, abandonando las banderas políticas de esas corrientes, pero incorporando al movimiento nacional su combatividad y su experiencia sindical. Habría que recordar si no, como la expresión de un fenómeno mucho más abarcador a Libertario Ferrari, un obrero forjista, de origen anarquista, cuyo voto en la Confederación General del Trabajo fue de fundamental importancia para el 17 de octubre de 1945.

El irigoyenismo ya trafa consigo la herencia de un movimiento obrero muy marcado por las ideas y la actividad de los anarquistas, al igual que los colorados batllistas del Uruguay. Hasta esta parte del siglo XX, algunos radicales arrastraban penosamente esa herencia. Un ejemplo de ello fue el viejo boina blanca don Moisés Lebonson, de la provincia de Buenos Aires.

La experiencia que expresaban los obreros inmigrantes de principios de siglo y el surgimiento y desarrollo de un proletariado criollo se han planteado como una contradicción de carácter antagónico, tanto desde la izquierda como desde algunos sectores peronistas. En aquella época, la izquierda calificó de "nazi-fascismo" a la expresión política de ese nuevo proletariado, mientras que desde el otro lado se calificaba en el mismo tono, con la excepción de algunos intelectuales revolucionarios de la línea nacional.

Vistas así las cosas, los que entraban al peronismo renegaban de la rica experiencia de lucha anterior de la clase obrera y el pueblo. A su vez, los que permanecían fieles al socialismo, al anarquismo o al comunismo perdían el desarrollo futuro de ese proceso, pero quedaban como dueños de la historia anterior.

El rescate del nombre de Libertario Ferrari, es más que nada un símbolo de lo que fue la trayectoria de muchos cuadros medios sindicales que se incorporaron al peronismo. En el caso de Libertario: anarquista, radical forjista y finalmente peronista. Es probable que en la mayoría de los casos este camino no haya sido tan claro, pero lo que de alguna manera es necesario señalar es que el movimiento obrero argentino, a

síntesis, una resultante del encuentro de dos corrientes no antagónicas, asimilando lo que puede, adaptando y descartando lo demás. La historia no tiene pedazos en blanco, y por lo general cada ciclo es engendrado por el anterior y lleva la semilla del futuro.

Es obvio que los trabajadores incorporaron al movimiento su reconocimiento a la dignidad y los derechos de clase, así como la decisión de luchar por ellos. Aquellos que provienen de los viejos partidos incorporan otra clase de elementos, pero de esa conjunción, en la que la clase obrera es algo más que un simple espectador, se fue conformando el movimiento peronista. La importancia de esta afirmación radica en que señala la existencia desde el primer momento de un sector duro, de izquierda o revolucionario del peronismo (como se lo llama por lo general), que tiene entonces dos vertientes como sus antecedentes originales. Estas son el pensamiento nacional expresado por FORJA y otros nacionalistas populares, y la combatividad y la rebeldía de los viejos cuadros medios sindicales que se incorporaron al peronismo para impulsarlo y fortalecerlo en el camino de una revolución popular o de una democracia popular verdadera, como señalaban los forjistas.

Una derrota, muchas dudas y el mal de origen

Durante los primeros años de gobierno peronista la realización y el avance de las tareas nacionales cohesionaron el frente nacional, hasta que la contraofensiva del imperialismo generó reacciones diversas en su seno. De esta manera, la clase obrera se hizo sentir en el famoso Congreso de la Productividad. En 1951, y desde antes, la fuerte raigambre popular del pensamiento de Evita la llevaba a proponer e impulsar con todas sus fuerzas la organización miliciana de los trabajadores en defensa de esa democracia popular. En ese período John William Cooke comenzó a editar *De frente* y poco después condenó enérgicamente los contratos petroleros realizados por el gobierno peronista con la California.

No es casual entonces que el general Perón designara al frente del peronismo, después de su caída, a aquel que había criticado con dureza aspectos importantes de su gestión. Ocurre, entre otros factores, que el golpe militar de 1955 puso en crisis la concepción política del máximo dirigente, ya que ésta había llevado al peronismo a una derrota tonta.

En ese período volvieron a la arena política Scalabrini Ortiz y Jauretche, escribiendo en la revista *Qué* y en *El 45*, para tratar de revertir lo que ellos definieron como "derrota momentánea del pensamiento nacional".

Cooke, al frente de un movimiento clandestino, perseguido, con los principales dirigentes presos o en el exterior, se lanza a la empresa de conducir la Resistencia, pero tratando de incorporar al peronismo en sus niveles superestructurales, una visión que, de acuerdo con su pensamiento, hubiera evitado el derrocamiento del 55. Es decir, al mismo tiempo que enfrenta a la dictadura en el terreno político y militar, en el nivel teórico se plantea superar las limitaciones que llevaron a la derrota, al igual que los dos viejos forjistas. Afirmandose en su nacionalismo revolucionario básico, en su condición de peronista, Cooke miró hacia la reciente revolución cubana y se propuso asimilar su experiencia para el movimiento peronista. Incorporó así la lucha armada, el socialismo y una visión interna del peronismo distinta a la que se hacía hasta ese momento. Esta visión interna lo lleva más tarde a plantear la lucha armada y el socialismo no como parte de una globalidad más compleja que expresaba la existencia del movimiento nacional sino como excluyente y antagónica con las demás posiciones y sectores.

Pero no es solamente Cooke el que se plantea estas interrogantes. El pueblo peronista no quiere repetir la experiencia de la derrota y radicaliza sus posiciones frente a la dictadura. Se abrió un espacio amplio para la discusión, para el pensamiento crítico que tendiera a fortalecer el movimiento nacional. Este espacio de lucha lo ocupan las vertientes obreras con fuerte experiencia sindical anterior al 45 y los nacionalistas revolucionarios y populares. En este período, el pensamiento nacional expresado desde mucho antes, y entre otros por Rodolfo Puiggrós y Hernández Arregui, se encarna en sectores importantes del peronismo.

Para subrayar en este período nuevamente la continuidad que encuentra en el peronismo la

cordarse a Manuel Mena, el gallego Mena, más conocido con el nombre legendario de comandante Uturuncu, quien había abandonado las filas comunistas del gremio municipal para apoyar a Perón, y después del 55 toma las armas. Pero sin ir mas lejos, aquí en México muchos tuvimos oportunidad de conocer y de querer al "tío" Segundo Alvarez, quien fue recientemente secuestrado en Argentina. Don Alvarez había sido anarquista, correo de la FORA, como él mismo contaba cuando tenía ganas de hablar. Después fue socialista y finalmente peronista. Claro que era dirigente del gremio del papel en Tucumán, cuando fue la huelga de los cañeros, a la que apoyó por una cuestión de solidaridad de clase, lo cual le costó un tiempo largo en la cárcel peronista. Sin embargo, esto no fue obstáculo para que el "tío" militara con entusiasmo en la primera Resistencia y fuera preso Conintes. Después lo metieron preso Onganía-Lanusse y fue uno de los liberados del 25 de mayo. Más tarde, al final del gobierno de Isabel, lo detuvieron nuevamente, salió oprimido, y después de dos años volvió clandestinamente a Argentina porque tenía "cuentas pendientes", según decía.

El tío es —espero que esté vivo— un hombre de pueblo, no era un "culterano del intelecto" como decía Jauretche, pero expresa con su vida y su trayectoria de lucha, al igual que Libertario Ferrarri, la síntesis histórica que ha parido a lo mejor de nuestra clase trabajadora y a un sector importante del peronismo, que no tiene nada de infiltrado y que es tan real y con tanto peso como cualquier otro sector del movimiento; así queda demostrado desde el momento mismo de su surgimiento y en los momentos más críticos de su desarrollo.

Montoneros, la expresión más alta de ese proceso

Aunque a mucha gente no le guste reconocerlo, Montoneros llegó a convertirse en la expresión más alta de este proceso y recogió sus limitaciones, así como los elementos positivos. De esta forma, Montoneros se ubica en esa corriente histórica que expresa a un sector del peronismo, y surge con el cometido particular con que se viene desarrollando toda la izquierda peronista: evitar la repetición de una nueva derrota como la del 55. Para ello expresa definitivamente la lucha armada peronista, una perspectiva socialista dentro del peronismo y una visión introspectiva nueva del peronismo. Es decir, Montoneros institucionaliza los senderos abiertos por John William Cooke después de 1955, y logra expresar por esta razón a una amplia franja del pueblo. Es útil detenerse en esta descripción, porque también aquí se repite la misma concepción de Cooke para expresar a nivel superestructural a este sector de las masas peronistas. Esta concepción antagoniza sus posiciones dirigentes con aquellas que sostienen otras corrientes representativas en el seno del peronismo.

El juego de contradicciones que delinean en forma esquemática el proceso en Argentina se expresan como nación-imperio y burguesía-proletariado, y en definitiva lo que hacía poco hábilmente esta concepción era antagonizar proletariado-nación, con lo cual no podía resolver ninguna de las dos contradicciones anteriores.

El golpe del 24 de marzo de 1976, y más allá el proceso de agrietamiento del movimiento nacional, que se acelera vertiginosamente desde el momento de la asunción del gobierno peronista, sin que nadie pueda frenarlo, son una demostración de que el bagaje montonero no era suficiente. La responsabilidad política montonera es importante porque falló ante su principal razón de ser en el seno del peronismo —lo cual significa el fracaso definitivo del proyecto que se expresaba en ese momento y que aún hoy continúa expresando.

Esperar la superación de esa crisis mediante la vigencia estática de cualquiera de las otras políticas que existían en el peronismo en aquel momento es gratuito, porque ellas tampoco demostraron mayor conciencia de la importancia de la unidad del movimiento y entraron con entusiasmo en la provocación y el antagonismo, no solamente con los Montoneros sino también entre ellas mismas.

El problema de las responsabilidades tiene el único sentido de demostrar que el campo del pueblo seguía desarmado —en el más amplio sentido de la palabra— frente a la agresión de la oligarquía, los militares y el imperialismo, y que ningún sector tenía la respuesta necesaria.

El saldo negativo más sobresaliente que deja el golpe de 1976 para lo que fue la política de la izquierda peronista se manifiesta en dos puntos básicos. Uno de ellos es la ausencia de una idea clara de lo que es un movimiento nacional, su contenido, funcionamiento e importancia histórica, lo cual la hizo protagonista del proceso que condujo al debilitamiento del movimiento, en vez de contribuir a su fortalecimiento. El otro punto queda claro en la incapacidad demostrada para conducir las luchas de la clase obrera que se habían acrecentado en el cordón del Gran Buenos Aires desde mediados de 1975.

Se repite entonces el dilema maldito del proceso histórico en Argentina, la contradicción de carácter no antagónico entre lo clasista y lo nacional, que si bien se sintetiza en la trayectoria de lucha de muchos dirigentes peronistas y de un sector amplio de las masas peronistas, no acierta a expresarse en el plano de una estrategia política revolucionaria para nuestro país.

Esta fue la deficiencia mayor del proyecto montonero, porque ni se convirtió en expresión de la clase obrera, ni supo tampoco valorar la importancia de la unidad del movimiento nacional y se quedó a mitad de camino entre ambas cosas. El problema militar, guerrillero, en este marco, si bien es importante, no constituye la limitación de fondo, sino que, en todo caso, es consecuencia de lo anterior.

La nación como eje para una estrategia revolucionaria

Pero el problema no es tan lineal, fundamentalmente porque la idea de nación no puede ser la misma que formularon los padres del pensamiento nacional, pues la realidad argentina se ha transformado juntamente con el contexto mundial. La presencia del imperialismo ya no es más como la definieron los forjistas, quienes, además, hablaban de Gran Bretaña. Bucear en este sentido positivo y concreto sobre la significación de lo nacional, qué es el campo de la nación en la Argentina de 1980, cuál es su composición, así como la búsqueda de reglas de juego que permitan la coexistencia de corrientes distintas en su seno, es una de las tareas más importantes de los intelectuales y en general de todos aquellos que se sientan comprometidos con los procesos sociales en nuestro país. La respuesta a estos interrogantes servirá seguramente para que el peronismo se fortalezca al readecuarse a la realidad.

El nacionalismo, que suele ser mal visto por los marxistas más clásicos de nuestro país, ha jugado un papel determinante en la vida política y en la lucha de masas en Argentina. A pesar de ello, no ha sido profundizada ni actualizada, ya sea porque han muerto algunos de los que señalaron ese camino y nadie los ha reemplazado o porque los que sobreviven se han llamado a silencio.

Sin embargo, la idea de nación debe tener el mismo dinamismo que los demás factores políticos en permanente transformación en la realidad argentina. Y su concepto no solamente es válido para el proceso de la toma del poder por el pueblo, sino que su vigencia se acentúa después que ésta se ha logrado.

Mientras exista un desarrollo desigual de las fuerzas productivas en el marco establecido por las fronteras entre países, en esa misma medida existirán contradicciones objetivas entre esos países. Aun los países socialistas son protagonistas de este tipo de contradicciones, no solamente con los países capitalistas, sino también entre ellos. Y si no, ver la política soviética de amistad y solidaridad internacional con los gorilas argentinos.

Definir lo nacional a partir de la realidad actual, de la Argentina que está modelando Martínez de Hoz servirá con toda seguridad a redefinir en un sentido positivo al movimiento nacional, que por naturaleza es heterogéneo y debe aceptar diversas corrientes de opinión jugando sus posiciones democráticamente como expresión de las bases de este movimiento.

Pero también es necesario examinar el polo clasista: si bien el movimiento nacional ha generado éxitos y frustraciones al pueblo argentino, aquellas políticas enmarcadas en el clasismo han amenazado la correlación de fuerzas favorable al enemigo.

El desarrollo de las tareas nacionales que más o menos unifican al movimiento nacional son claras y subrayan una intención cada vez más marcada hacia el estatismo y la planificación de la economía. Es necesario destruir,

neutralizar o quitarle los resortes de poder a los sectores antinacionales enquistados en el país, como la oligarquía y los monopolios. Y para todo ello es necesaria la participación militante, activa y decidida de la clase trabajadora, lo cual implica una amplia política de distribución de la riqueza y de justicia social, y el impulso de una democracia popular que garantice la participación política plena de los trabajadores y demás sectores del campo de la nación.

Estos criterios generales que siempre han definido al movimiento peronista deben ser desarrollados y plasmados en un proyecto nacional. Estos puntos generales son "subversivos" para la oligarquía, aun cuando no hablen de la lucha armada y el socialismo.

Un proyecto nacional puede expresar en este momento criterios generales, líneas amplias de acción y otras cuestiones más detalladas, pero es en suma, un planteo amplio, simple y sencillo de la realidad argentina, porque, paradójicamente, debe expresar un proceso y una realidad sumamente complejos y llenos de vicisitudes. Es decir, que no puede detallar cada uno de los movimientos que llevan a la toma del poder, la forma de las hegemonías internas, la vía de construcción del partido, los nombres de quienes están hoy y de los que se quedarán en el camino, etc., como acostumbra pretender una parte de nuestra izquierda, porque ésa no es la función del Proyecto Nacional, porque no sería representativo del campo de la Nación, sino solamente de uno de sus sectores y porque, en definitiva, el proceso de transformación en Argentina no tiene nada de lineal, por el nivel del desarrollo capitalista, la diversificación de la economía, la existencia de capas y sectores sociales que adquieren peso en determinadas coyunturas, etcétera.

Justamente porque no es un proceso lineal, puede caer en la neutralización, en la falta de fortalecimiento de las medidas progresistas o en la descomposición y la disolución, lo cual llevaría al debilitamiento estratégico del campo del pueblo y la nación.

Por ello, en esa síntesis que debería lograrse entre lo nacional y lo clasista, cualquier política de izquierda y revolucionaria en nuestro país debe apuntalar y consolidar al movimiento nacional. Pero esta tarea implica también plantear como corriente claramente y sin vergüenza el socialismo. Un socialismo que surge de la afirmación y la continuidad de las tareas nacionales, como una forma de evitar los peligros anteriores y que defiende históricamente las experiencias sociales que han desarrollado la justicia social, la defensa de la nación y que el pueblo asume como propias. Una corriente que en vez de pelearse por una presencia superestructural en el plano del gobierno, en contra del Pacto Social, apoya y exija medidas como el impuesto a la renta potencial de la tierra y la ley de inversiones extranjeras.

Esta continuidad hacia el socialismo del proceso de construcción de la nación expresada en una estrategia política en el seno del movimiento nacional es una necesidad que debe ser satisfecha para completar la conformación de ese movimiento.

Pero este socialismo no es rótulo ni significa alienarse al interés nacional de nadie. Por el contrario, la socialización de los medios de producción, sus formas, los tiempos y los alcances estarán directamente ligados al desarrollo de nuestros intereses, de nuestra historia y condiciones particulares. De la misma forma con la planificación de la economía y con las formas en que deberá organizarse la participación democrática, plena y absoluta de las expresiones políticas de las masas y su participación en la toma de decisiones a nivel del estado. La izquierda peronista también necesita un proyecto propio que se desarrolle en el seno del movimiento nacional, que esté abarcado por el Proyecto Nacional y que se manifieste como su continuidad, como su complemento y profundización, y no como un proyecto alternativo y antagónico, como ha sucedido hasta ahora.

El pueblo produce las formas y los contenidos políticos

Nicolás Casullo

Introducción al cambio nuestro, previo al cambio de la realidad

Por encima de las distintas opiniones que surjan con respecto a la izquierda peronista, lo importante previamente es hacer eje en la conciencia, o en la no conciencia, que se tiene de la profunda crisis que hoy define a esa izquierda.

Sin duda se pueden reiniciar "nuevas políticas" con viejos principios. Se puede seguir obediendo más a esos principios que a la experiencia y sus datos. Finalmente el peronismo *está ahí*, agredido por la dictadura, incomprendido, pero como "eterna gufa" para su desmembrada ala izquierda. Considerar que ese peronismo, recobrándose con evidente dificultad, necesita por simple acto reflejo a su "izquierda revolucionaria", lúcida y al servicio de "la no representada conciencia de las mayorías", no deja de ser un subterfugio: el de pensar, en realidad, que a ese "peronismo revolucionario" sólo le faltaba para reiniciar su marcha incuestionable, lo que ya sucedió: dejar atrás una alucinada guerrilla urbana y verificar la casi extinción, en el exilio, del grupo Firmenich.

Importa por el contrario reflexionar críticamente, y desde una perspectiva biográfica, sobre los argumentos, caracterizaciones estratégicas, formulaciones organizativas y políticas llevadas a cabo, específicas de las vertientes que se consideraron parte del peronismo revolucionario. Lo que importa comprender es una trayectoria que devino en historia propia, y la validez de esta historia.

La década de los setenta, cuanto más parecía plasmar una "única historia", más ocultaba viejos y nuevos argumentos que provocaron un auténtico y dramático desencuentro con el movimiento nacional (realidad también esta última que, desde sus particulares configuraciones, atraviesa una extensa crisis). Desencuentro, decía, no sólo por los enfrentamientos explícitos sino sobre todo en tanto izquierda peronista con "sus teorías", con "sus estrategias", con "sus seguridades históricas": en tanto izquierda "tan clara en sus objetivos" frente a lo informe del movimiento. Izquierda finalmente tan distante de las masas, como las típicas "vanguardias revolucionarias" que registra la crónica argentina.

Es oportuno, por lo tanto, que en el presente percibamos en qué circunstancias es hablada, discutida, invalidada o recuperada una perspectiva política llamada, en lo genérico, peronismo de izquierda. No en un momento de síntesis necesaria, de "organicidad reclamada", de "salto programático". No en una coyuntura ratificadora de principios, de reencuentro con las bases sociales. Lo más decisivo: no en un momento en que estamos en el país, compartiendo y comprendiendo cómo el pueblo renace de una frustración y una derrota.

Se viene de un cúmulo de errores cruciales que pertenecen a la biografía muy poco discutida del peronismo revolucionario. Se viene de una categórica derrota que extinguió un proyecto aglutinante. Si se hereda algo sustancial, esa herencia es un profundo interrogante sobre las formas de haber concebido políticas avanzadas en el peronismo, en los últimos veinte años. Y esto no significa invalidar el conjunto de una trayectoria. Sí significa el reconocimiento de que las "lecturas revolucionarias" hechas están en discusión, no contienen "verdad" fuera de la reflexión colectiva de una experiencia, a pesar de los que se intranquilizan con este vacío sin fórmulas ni propuestas.

En tanto interpretemos que la crisis de una perspectiva se reduce al momento de su clara manifestación desarticuladora, no expondremos sino que ocultaremos los problemas. En tanto pensemos que el montonismo empezó o terminó siendo la falsificación de una historia que —"más atrás de la guerrilla"— nos espera con su verdad peronista y revolucionaria, transformaremos la conciencia de la crisis en un juego

de proyectos enajenados (por supuesto, "peronistas") tan caros a "partidos" políticos marxistas en nuestra historia. En tanto consideremos que el error "fue el terrorismo", y el terrorismo únicamente la bomba, y no la ausencia de políticas que exigía nuestro proceso (con respecto al movimiento, a la clase obrera, al sindicalismo, a las estrategias económicas, al estado, a lo democrático), no estaremos dando cuenta de lo sucedido.

Entonces, conciencia de la crisis no como "derrotismo" a confrontar con un revolucionarismo de exilio rearmado el conocido y frágil rompecabeza: historia de lucha obrera peronista, más socialismo, igual a: propuesta. Noción de la crisis, en cambio, como replanteo y avance en lo que creemos un posible peronismo transformador del país.

Partir de la crisis significa *interpelar lo profundo* de una compleja concepción política. Significa acceder a sus constantes desde un punto de vista crítico: encontrar las cosmovisiones que establecieron una continuidad, hoy en discusión. Consiste en detectar, cuestionadoramente, lo que siempre apareció como menos discutible. Partir de la crisis es evitar lo aleatorio en la autocrítica. *Es alentar y elaborar, por el contrario, una intención y un pensamiento de ruptura desde la experiencia práctica y teórica colectiva.* Elaboración de ruptura superadora, que empiece criticando las teorías mitificadas del peronismo y la "ciencia del proletariado" que tanto aportó al mito.

Partir de la conciencia de la crisis significa volver a edificar los interrogantes, no sólo cambiar las respuestas. Volver a situar los problemas, no seguir preguntándole a las apariencias. Demitificar los espacios generadores de políticas: que el problema de la democracia no se transforme hoy, por ejemplo, en una seudoteorización enajenada, tipo "guerra popular prolongada". Pensamiento de ruptura en tanto no busque la totalidad racional que encierra toda propuesta, sino que se preocupe por la desestructuración de las interpretaciones consagradas, o acusadas hoy por la derrota, pero sin escapar ni unas ni otras al sofocamiento y los autoritarismos de izquierda.

Un pensamiento político propio

Un tema a discutir, desde el punto de vista histórico-crítico, es la *concepción de presencia en el movimiento* de una perspectiva peronista que amplíe y profundice los términos democráticos internos y posibilite una dirigencia popular que pueda proyectar una real política transformadora de la Argentina.

El tema, en primer término, remite a una interpretación de los significados del peronismo y de la forma organizativa que éste expresa. Remite a un problema político que no puede desvincularse, además, de las concepciones que se tengan con respecto a un proceso de cambio social, y qué es lo que se entiende, o se quiere, cuando se habla de cambio.

Frente a esto, y como uno de los hilos explicativos a considerar, resulta oportuno interrogarse sobre cómo fue comprendiendo el peronismo más consciente y combativo, al propio movimiento. Sobre todo desde 1955 en adelante.

De muchas maneras al peronismo en la resistencia se le revela el problema del Poder, latente siempre en la lucha por el retorno de las mayorías al gobierno. Por una parte el derrocamiento dejaba claro que el gobierno institucional, casi pleno, *no era* el resguardado Poder del sistema. Por otra parte, este nuevo peronismo del llano debió reformular de hecho y categóricamente su actuación, desaparecidos factores de apoyo que anteriormente sustentaran su política.

No existían ya sectores militares adictos, en actividad, tal como en 1943-1945. El poder sindical como aparato pasó a ser, desde el 55, la nueva e imprevisible capacidad de lucha política. En el tiempo, a la vez, se re-

lación estado-peronismo se invirtió en un duro juego represivo contra las masas.

Desde esta realidad, decididamente trastocada, ¿intentaron los sectores combativos e intransigentes del peronismo elaborar un *pensamiento político* que replantease las posibilidades del movimiento en relación a las modificaciones históricas ocurridas? Especificando más la pregunta: la experiencia de los sectores más insertos en la lucha, ¿se fue distanciando de las profundas referencias que establece un movimiento nacional histórico, o fue buscando una mayor compenetración, con los significados de esa presencia? Dicho de otra manera: las circunstancias políticas, ideológicas y sociales, ¿alentaron o desalentaron en el peronismo más activo un pensamiento político que tuviese en cuenta, primordialmente, *las formas y los contenidos* que, desde su conformación popular planteaba el movimiento con respecto a la cuestión del poder y las formas de hegemonía?

La intención de las preguntas es plantear el problema desde un punto de vista que podríamos denominar de teoría política: uno de los déficit más agudo, creo, de la izquierda peronista, que básica y equivocadamente y por influencia del "materialismo histórico vernáculo" se preocupó en quedar "bien parada" frente al marxismo, reivindicando su proyecto a nivel socioeconómico, cuando el marxismo invalidaba al peronismo precisamente a ese mismo nivel, como si "ganar" esa disputa fuera la "luz de la historia", luz supuestamente partera de "la política". En realidad, esta última siempre fue una cabal ausencia en el marxismo argentino, y una mitificación —más que una compenetración— en la izquierda peronista.

Es importante rescatar, frente a este dilema, el pensamiento de un Cooke bastante olvidado, el de 1957, cuando actuaba como delegado personal de Perón y autoridad máxima del movimiento en el país. En primer lugar, porque en dicha etapa Cooke reflexiona extensamente (desde la cotidianidad de un poder político) sobre el problema de los significados y la organización política del movimiento. Y lo hace desde una intención estratégica, teniendo en claro que lo que estaba en juego era la permanencia o el cambio de un sistema, y no el simple regreso de Perón a la Casa Rosada.

En segundo lugar, porque el Cooke del 57 busca infructuosamente poner en práctica una línea organizativa (articularla con el conflicto nacional), desde una indiscutible experiencia de lucha peronista contra el estado militarizado.

En la etapa de estos escritos de Cooke, van perfilándose —con menor o mayor elaboración de parte de núcleos militantes— una serie de autocríticas y discusiones que derivan, a riesgo de esquematizar, en dos tendencias. Por una parte encontramos en Cooke la preocupación por recuperar un peronismo, que él piensa revolucionario, desde la dispar respuesta del movimiento frente a los nuevos acontecimientos. Por otra parte, al fin de la primera resistencia y sobre todo desde la cárcel de la segunda (Conintes), se da el progresivo nacimiento de corrientes que ven la necesidad de una divisoria de aguas para superar las flaquezas en la lucha. Divisoria de aguas que parte de la idea del objetivo estratégico que se pretende conquistar —socialismo— como forma de resolver lo que en términos concretos el movimiento no tendría formulado: precisamente su objetivo estratégico. Este objetivo debe "reglar", con mayor o menor premura, lo contradictorio y hasta antagónico que promueve el movimiento de masas tal cual está estructurado. Cooke avanzará, complejamente y en términos prácticos, entre esas dos concepciones.

Ambas interpretaciones no nacen de grupos teóricos sino de una experiencia peronista básicamente obrera, aun teniendo en cuenta que, por entonces, se producen incorporaciones de cuadros marxistas (frustración con respecto al golpe del 55, frustración con respecto a Frondizi). Son varios los factores de contradicción política que atraviesan el surgimiento de estas tendencias. Problema de la legalidad o ilegalidad política. Lucha revolucionaria y participación en los espacios democráticos conquistados (1958). Fragilidad y derrumbe de la acción armada. Acción armada como apoyo circunstancial o como estrategia. Formas políticas pacíficas o violentas. Peronismo sindical resistente o peronismo político claudicante. Privilegio o secundarización de la recuperación institucional de la CGT. Derrumbe de expectativas frente al gobierno de la UCRI. Corrientes sindicales proclives a la integración y sindicalismo "duro".

Discusión de preeminencia de poderes internos. Retorno, a los primeros puestos del movimiento, de dirigentes que no participaron en la resistencia. Relación de los núcleos combativos con lo sindical y con lo político.

La política y lo cultural popular

En un extenso informe a Perón de 1957,¹ Cooke plantea una visión del movimiento nacional y de su necesaria reestructuración, importante de actualizar hoy —no de “institucionalizar”— para la discusión. Rescato tres niveles de relevancia que pueden aportar a una reflexión sobre la política y las masas peronistas:

1) El momento político-cultural que hacen presente las masas del movimiento nacional, para una perspectiva de cambio social.

2) La defensa del movimiento popular como organización unificadora del pueblo, frente a los clásicos modelos del liberalismo, del corporativismo y de la ortodoxia leninista.

3) La presencia y los sentidos de actuación política de una línea avanzada, militante, desde la concepción unitaria del movimiento.

A lo largo del informe hay una reivindicación por parte de Cooke, como él mismo expresa, “del acierto de manejanos con un planteo histórico frente al planteo simplemente político de nuestros enemigos [...] la tiranía rechaza al peronismo como rechaza a la historia: el peronismo debe comenzar por no negarse a sí mismo.”

Al confrontar planteo histórico con planteo político, creo que Cooke no sólo enfrenta lucha de clases contra concepción burguesa de la política sino que señala al peronismo como fenómeno cultural intransferible, generador de resistencia y perspectivas políticas propias. Lo cultural como momento sustancial de la generación de la política. La política como una identidad, llegado un momento histórico. No como un “ser” sino como la única y posible probabilidad de ruptura, por parte de lo subalterno, contra una racionalidad de dominio histórico establecido. Básicamente la idea de Cooke —no negarse a sí mismo— remite a las formas y contenidos para transitar hacia el cambio social, que el movimiento inscribe en nuestra historia. Es decir: el respeto por la presencia del movimiento, en lo que hace a las maneras institucionales y no institucionales con las cuales tensa (como conflicto económico, social y político) la relación entre las masas y la crisis del sistema establecido.

En este informe tendiente a “soldar la unidad del movimiento”, Cooke expresa: “Hay quienes ven al movimiento como variante progresista del radicalismo, otros que creen en los mitos del ultranacionalismo primario de los años 30, están los que desean transplantar esquemas izquierdistas en desacuerdo con las posibilidades de la condicionalidad histórica.”

Aquí se perfila más claramente una de las tendencias de las que hablábamos. Cooke advierte el peligro de asimilar (empobrecer) la riqueza del peronismo como organización, al ponerlo en discusión con otros modelos organizativos. Además critica a aquellos que lo invalidan como elaborador popular de formas ideológicas y políticas superadoras de la lógica y el orden burgués de dominio. Por el contrario, Cooke reivindica esa posibilidad superadora del peronismo, en tanto movimiento popular, y lo distingue del resto de los modelos de presencia política (ya sean de derecha o de izquierda).

Cooke es consciente de las contradicciones que alberga el movimiento, pero aun así se enfrenta a la idea de partido de masas, de laborismo sindical, de corporativismo militar-sindicalista, y también rechaza aquellos modelos de izquierda que preconizan cuadros de conducción en organización cerrada y reduccionismo clasista de la historia.

Este pensamiento de Cooke, en 1957, debemos situarlo —desde el análisis que hacemos hoy— en relación a la otra vertiente que luego irá hegemonizando al peronismo revolucionario. Desde una idea de fin de la historia, *objetivizada* en “el destino de la clase obrera peronista”, se perfilará otra lectura diferente a la expuesta por Cooke. Otra lectura que no tiene importancia si fue generada o no por grupos con preeminencia obrera (desacralicemos a todo sujeto social), sino por lo que luego implicaría: una determinada concepción de lo ideológico, y por ende de la política popular.

Para esta lectura, si bien el movimiento generaba resistencia al sistema y crisis del mismo, no generaba “socialismo”, hasta tanto “otra” conducción del movimiento no pudiese propo-

nerle eso a la clase obrera. En este sentido la posterior aparición del basismo y del clasismo, como dos visiones interrelacionadas, puede decirse que descreen finalmente en el movimiento histórico nacional como productor político de un camino de ruptura ideológica en tanto tal. La aparición de la resistencia daba cuenta de algo mucho más profundo que el recuerdo por obras sociales conseguidas o poder sindical perdido o líder derribado. Resultaba el surgimiento de formas y contenidos inéditos de lucha de una vasta clase obrera consolidada, en defensa de formas y contenidos políticos e ideológicos reconocidos como indeleblemente suyos por el pueblo. La izquierda peronista fue creyendo más en el elemento teórico como forma de ruptura con la racionalidad ordenadora del sistema, que en esa contradictoria presencia política de lo popular.

Al descreer, al mismo tiempo, no quedó resuelta una contradicción. Por una parte el basismo sitúa la “única” política peronista en las bases obreras, desentendiéndose del entramado político del movimiento, que precisamente hace políticamente presente a las clases trabajadoras en el proceso nacional por la disputa del poder. Por otra parte, el clasismo, tarde o temprano, se ve obligado a plantear una conducción “determinada” para un determinado proyecto de clase. Esto, en realidad, remite a una escisión entre dirección (esfera de lo político) y explotados (tierra de lo apolítico). El clasismo no puede devenir en otra cosa que en partido de “vanguardia”: esfera del *hacer político* de los representantes “conscientes” de la clase.

Lo que queda cercenado, en estas perspectivas, es la posibilidad de que el movimiento popular, ya sea como fuerza política estructurada pero también en tanto cultura política subalterna, pueda legitimar sus formas propias de interiorizar y expresar sus disputas ideológicas y políticas contra los poderes del sistema. Formas que, a 35 años de historia, parece que no son ni el “partido de los conscientes”, ni una base sin movimiento nacional organizado.

El peronismo revolucionario, que concretamente comienza a erguirse en esta coyuntura (1958-1961), hará progresivamente dominante la concepción de “plegarse a las leyes objetivas de la historia” (que elimina al sujeto popular concreto), por lo cual tendrá finalmente una única resolución como ala izquierda: la “organización propia” para encarar dichas leyes, frente al espontaneísmo de una identidad política “sin objetivos” (aunque esta última se recrea en lo cotidiano del pueblo, como vasta usina ideológica contra los diseminados poderes del sistema).

Esta tendencia, más allá de su heterogeneidad y de su ser mucho menos leninista que quince años después, contiene fuertes elementos que luego incidirán en la historia más reciente, coronada por montoneros. Anuncian un paulatino distanciamiento de una posible concepción política elaborada desde las configuraciones movimientistas del pueblo, y se acercan definitivamente por el contrario a modelos clásicos de la ortodoxia de izquierda.

La idea organizativa frente a lo espontáneo; las zonas políticas frente a las zonas no políticas (“falsa conciencia”); la clase en lugar de la complejidad popular; las bases en lugar de la realidad del movimiento histórico; la historia concebida, frente a la historia real; los argumentos económicos determinando los políticos; las ortodoxias ideológicas frente a movimientos “reformistas”; la violencia sistematizada por vanguardias, suplantando “el inasible” proceso de violencia popular; una autoridad ideológica contra la autoridad enajenadora del sistema. No es difícil prever que este proceso devenga en partido leninista como “forma final de teoría y práctica” del proletariado. Esto es: en *alternativa* que concretamente no será el peronismo. Pero no porque el peronismo “haya sido superado” sino porque las clases trabajadoras peronistas, aún burocráticamente representadas, se quedaron del otro lado.

El movimiento como punto de encuentro

En el citado informe de Cooke, leemos: “El peronismo es un conglomerado de extraordinaria amplitud ideológica y humana [...] El núcleo central debe estar dirigido por hombres surgidos en su seno (hablo en términos de alimentación ideológica y no clasista).”

Cooke no le reprocha al peronismo las contradicciones que el deparó su movimiento na-

cional. El peronismo es, desde el 45, la historia de las clases trabajadoras argentinas, y no existe para Cooke (ni afortunadamente hasta el presente) instrumental teórico ni recetas intelectuales que suplanten lo que genera el pueblo desde sus expectativas, por lo que mediocremente genera el marxismo político más generalizado. Cooke habla de la emergencia de dirigentes desde el seno de la política del movimiento nacional. Es decir, en relación con el conjunto popular, distanciándose del mito de la “certeza ideológica y política” del proletariado por el solo hecho de estar bendecido por una teoría.²

Sucede que, en este caso, Cooke recupera formas y contenidos políticos que además de plasmar una política de poder contra el sistema, deben ser recuperadas como la probabilidad de una cultura político-popular alternativa (de lo subalterno). Esto es importante de recuperar y discutir hoy: no generar sólo una estrategia afortunada sino además, y sobre todo, ser parte orgánica de una probabilidad cultural de ruptura, que impida, llegado el momento, situarse en uno de los tan comentados “socialismos reales”. Es decir, en la verificación de que el socialismo de Marx todavía existe únicamente en teoría.

Efectivamente, la recuperación del movimiento popular que se desprende del Cooke del 57 nos sirve hoy cuando nos enfrentamos a un dilema básicamente histórico-cultural del socialismo, sistematización esta última nacida y elaborada en una determinada etapa del racionalismo industrial del capitalismo occidental, más allá de la decisiva carga crítica que contiene contra ese sistema. La incógnita actual es si las formas y contenidos del pueblo explotado, autogene-



ZONA ABIERTA
EDITORES, S. A.

Apartado n.º 584 F. D.
MADRID

CRITICA&UTOPIA

Latinoamericana de Ciencias Sociales

Advertencia

ARTICULOS

Prólogo a Laski. Gino Germani

Educación y democracia. German W. Rama

La autonomía relativa de la educación y la democracia. Enrique Bernales

La situación geopolítica mundial y la viabilidad de la democracia en América Latina. Jesús A. Silva Michelena.

La dinámica de los centros de economía mundial. Jorge Swartzer

Obstáculos a la democracia en América Latina: una reflexión en torno a la clase obrera. José Luis Reyna

Clase obrera: sindicatos y democracia. Francisco Delich

Hegemonía y democracia: Aldo Ricci

DOSSIER

A propósito de la acumulación de conocimiento. Una nota sobre Locke y la democracia. Carlos Strasser

Pareto. Norberto Rodríguez Bustamante

CORREO DE LECTORES

Carta de intelectuales chilenos

Carta de los intelectuales argentinos

Resolución del Comité Directivo de CLACSO

Resolución del Comité Directivo de CLACSO

rando política, pueden concebir algo distinto como desarrollo social, de lo que percibimos a nivel planetario.

Dice Cooke: "(en esta acción) debe necesariamente darse el encuentro del movimiento político, el movimiento gremial y el de la resistencia propiamente dicha". Es indudable que Cooke está pensando en un peronismo con dos años de resistencia, con una CGT semicarcerada, con un movimiento que a pesar de los neoperonismos ya en plena acción, no sufre las políticas inteligentemente integradoras por parte del sistema. Pero Cooke está alerta y por eso piensa en una organización del movimiento —desde el llano, desde la oposición—, reorganización que debe resolverse por un encuentro necesario entre sector sindical, sector político y esa nueva realidad llamada resistencia, que para el Cooke de esa época (en casi todos sus escritos), es la mayor esperanza de resolución política e ideológica para ese "conglomerado de extraordinaria amplitud". El encuentro no es el partido político clásico, no es el sindicalismo "revolucionario", ni la socialdemocracia sindical ni los gremios como correas de transmisión.

Para Cooke, la resistencia es la posibilidad de un peronismo democratizado desde la intervención de todos sus sectores. La posibilidad de lo que él llama "un cambio morfológico", que asiente al movimiento en su nueva dimensión desde el llano hacia el poder. No es una instancia "superior", el reino utópico de los "elegidos" ni la concreción exclusiva de una clase. El plano de la resistencia es el punto donde el peronismo, desde un juego democrático puesto a prueba, debe verificar, predominantemente, la experiencia de lucha de las masas. Para el Cooke del 57 la resistencia debe pasar de ser grupos comandos, para transformarse en un factor de unidad necesaria del movimiento, en relación a la estructura que lo determina. No es una organización, ni un proyecto autonomizándose, ni el "peronismo auténtico" ni una alternativa a las conducciones sindicales o políticas. La resistencia no es un peronismo "al costado" del peronismo. No es un "peronismo revolucionario" diferenciándose del movimiento peronista de masas. La resistencia, por el contrario, es todo el peronismo posible de acceder a un plano concreto de lucha y presencia, plano legitimado por las masas. Plano que *enlaza* al peronismo desde el momento que está pensado como *acción articuladora constante*, no como organización paradigmática para las clases trabajadoras.

Desde esta última perspectiva, resultaría muy forzado desprender el futuro peronismo revolucionario de esta idea de resistencia. Sin duda, el que cambió luego fue Cooke. Su concepción del 57 careció de fuerza o de posibilidades reales para ser profundizada, a pesar de que era —pienso— mucho más original y rica que la del Cooke posterior: el consagrado.

De los escritos de 1957 se desprende, fundamentalmente, una concepción que integra lo cultural-popular-nacional *al pensamiento y la teorización política del cambio*. Y, que se entiende, concepción que no significa "ciencia peronista" o "teoría peronista" para entender al peronismo e integrarlo. No existe en Cooke ninguna intención sistematizadora o cosmovisión del mundo. El peronismo es política que devino en historia culturalizadora. Una concepción mucho más abierta, compleja y gestadora, del potencial de lo subalterno, que hoy no tenemos o hemos mitificado. Una concepción que sitúa lo determinante del pensamiento político que exige el cambio social, en lo que pretenden, y en cómo lo pretenden, las masas argentinas.

1 Correspondencia Perón-Cooke, Buenos Aires, Gránica Editor, 1973, t. 1.

2 Resulta paradójico que el pensamiento marxista y avanzado del mundo central ("dueño siempre de las teorías") no sólo deje de suministrar "marxismos" a las periferias como lo hizo siempre, sino que ahora, desde las profundas crisis de teoría y práctica, encuentre una esperanza en las experiencias eternamente criticadas. Esa esperanza no son los leninismos tercermundistas ni los foquismos guerrilleros. En uno de sus últimos escritos, dice Hebert Marcuse: "Hay que partir de una evidencia: el modelo revolucionario marxista-leninista está históricamente superado [...] (la nueva) tendencia constituye más bien una nueva forma de populismo, entendiendo por ello una oposición popular sin referencia de clase [...] Este trabajador colectivo es el pueblo, formado por las capas asalariadas de la población. Pero en el interior de esta unidad reinan las contradicciones. No hay una conciencia popular equivalente a la conciencia de clases." ("Metodología de la revolución", *El Viejo Topo* núm. 41, febrero, de 1980.)

DESAPARECIDOS

El inaceptable blanqueo que propone la junta

Oswaldo Pedrozo

El artículo de Héctor Schmucler "La Argentina de adentro y la Argentina de afuera", publicado en *Controversia* núm. 4, me ha sugerido algunas reflexiones; de entre ellas, la más importante es que tal vez, tras la apariencia de realismo y valentía, el pensamiento de Schmucler (reflejado en aquella y en su anterior colaboración "Actualidad de los derechos humanos", *Controversia* núm. 1), implique en última instancia una línea de resignada conciliación con la dictadura.

Como él afirma: "tal vez estemos destinados a decir las cosas más brutales si queremos reconocernos". Seguramente.

Al denunciar a la dictadura por la promulgación de la ley sobre desaparecidos (*Controversia* núm. 1), Schmucler la acusa de intentar un "borrón y cuenta nueva" con un acto de gobierno fundado sobre la creencia en "el poder mágico de las palabras". No obstante, en el número 4 de la revista, es Schmucler quien pasa a creer en ese poder mágico de las palabras y propone lo mismo que le imputa a la junta militar. Primero cita de un compañero una frase que asegura que nuestro país "[...] parece dispuesto a enterrar en el olvido, *sin mayor trámite* (las cursivas son mías), esta historia de infeliz recuerdo [...]", y más adelante afirma que "[...] los derechos humanos en el exilio evocan generalmente la muerte [...] un pasado que se quiere borrar [...]"

¿Quién quiere borrar ese pasado? La junta militar, pero también el pueblo argentino, dice Schmucler en *Controversia* núms. 1 y 4, respectivamente. Ya volveré a referirme a esta cuestión.

Decía yo más arriba de la resignada conciliación que propone el autor de "La Argentina de adentro y la Argentina de afuera". Y creo que ello se apoya en dos consideraciones fundamentales: a) del lado del pueblo "resulta insostenible vivir en la exaltación permanente de la muerte", y b) "en las fuerzas armadas ha crecido el horror de la infamia" y en sus cuadros "ha crecido el hartazgo de la sangre".

Desde allí, y en la medida en que la dictadu-

ra es vista como invulnerable y omnipotente, "es posible que debamos convivir —que no es lo mismo que colaborar— con los militares durante largo tiempo" y aprender que "la vida puede deslizarse a través de los cambios producidos". Y es factible inferir que uno, muy importante, de los "cambios producidos" es esa suerte de recuperación de la dignidad por parte de las fuerzas armadas y sus cuadros.

Borrar el pasado, claro está. Pero borrar el pasado es, también, borrar el presente.

Por eso, probablemente, la descalificación que hace Schmucler de la actividad de las "Madres de la Plaza de Mayo", cuando dice que su marcha de cada jueves es un "espectáculo observado por una sociedad que no participa de la manifestación".

Pero no es así, en modo alguno.

La marcha de las "Madres de la Plaza de Mayo" no es un "espectáculo", tal como lo entiende Schmucler; es, por el contrario, uno de los hechos políticos más importantes aparecidos desde el 24 de marzo de 1976, surgido antes de que muchos partidos se animasen a pronunciarse contra la dictadura; un hecho que ha estampado una acusación indeleble en el rostro de la junta militar, denunciándola a nivel mundial con mayor eficacia que cualquiera otra de las actividades antidictatoriales que se desenvuelven en nuestro país.

Igualmente equivocado es pensar que la sociedad argentina "observa" sin participar de la lucha de esas madres que reclaman la aparición con vida de sus hijos. Si así fuera, si consistiera simplemente en un patético "espectáculo" sin sostén social, ya habrían sido aplastadas por la dictadura. Porque el terror tiene una lógica interna, pero también tiene límites. Límites que no están marcados por el hartazgo o la avidez de sangre de los militares sino, en este caso, por la indoblegable convicción de las madres que marchan, por la resonancia internacional de esa manifestación de los jueves y por el consenso que esa lucha ha conquistado en el seno de la sociedad argentina.

e l á g o r a



DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA de \$ 2165 a \$ 1595

EL HOMBRE Y SUS SÍMBOLOS a sólo \$ 695

Nueva Imagen, Alianza y Premia 30% de descuento permanente

novedades en discos importados • el mejor surtido en jazz

INSURGENTES SUR 1632

¿Espectáculo? Se trata de un fenómeno que pone de manifiesto las siempre nuevas formas de expresión que crean los pueblos ante sus opresores, y la permanencia de su protesta cada jueves es testimonio de la validez y actualidad de sus exigencias.

Por eso, inclusive, no sorprende que en el reciente documento conjunto de los partidos Justicialista, Intransigente, Conservador Popular, Socialista Unificado, Cristiano Popular y Socialista Popular se haya incluido el reclamo por el esclarecimiento de la situación de los desaparecidos. Porque ése es un pasado que no puede borrarse, aunque todavía no exista la fuerza suficiente para imponer lo que Schmucler llama "un Núrenberg".

Lo otro, el "borrón y cuenta nueva" que pretende la junta, es moral y políticamente inaceptable, aunque Balbín crea que sí lo es cuando señala que esos miles y miles de militantes no están desaparecidos sino muertos (declaraciones en la TV española, el 13-4-1980).

Schmucler dice que "el terrorismo de estado" al que hay que poner fin no sufre con los análisis fantasiosos". Claro que no. Precisamente.

"Los enemigos están allí y a ellos hay que enfrentarse", señala, "no con los cadáveres, a los que el pueblo no sustituye, sino con las formas viables que le permiten vivir y avanzar".

Muchos compañeros desaparecidos, miles, no son cadáveres, están vivos, permanecen secuestrados; es probable que sigan siendo torturados, pero están vivos, y su única esperanza y posibilidad cierta de recuperar algún día la libertad se basa en que los que estamos fuera de las cárceles y campos de concentración, nosotros y nuestros compatriotas en el exilio y en la Argentina, no los consideremos cadáveres. Más aún: su rescate debe ser uno de los objetivos centrales de nuestra lucha, así como también lo hace, marchando cada jueves, gente que se ha quedado en nuestro país.

Que Balbín prefiera considerarlos muertos para evadir la responsabilidad histórica de no haber luchado por su liberación, es algo condenable. Que la junta militar lo haga para encubrir su genocidio, es siniestro. Pero ni uno ni otra constituyen modelos justos de conducta.

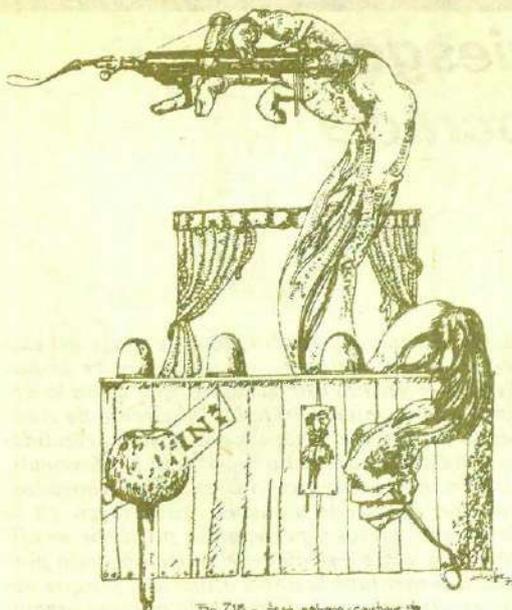


Fig. 718 - Las madres - castigo de Charrin.



En ese sentido, no creo que la movilización que existe en todo el mundo encaminada a postular a las "Madres de la Plaza de Mayo" para el Premio Nobel de la Paz constituya ni la "evocación de la muerte" ni la hueca admiración por un "espectáculo" que carece de apoyo social en la Argentina; antes bien, esa movilización es un importante trabajo político, cuyo éxito —si se lograra— sería una condena ilevantable para la dictadura.

Coincido con Schmucler en que no existe hoy en nuestro país poder suficiente como para hacer justicia, castigando a los responsables de los crímenes cometidos contra el pueblo. Y también creo que el pueblo no está en condiciones de imponer su voluntad. Pero el hecho de que la relación de fuerzas favorezca a los opresores y asesinos no quiere decir que haya que resignar posiciones.

En la lucha antidictatorial también son "viables" formas y caminos tradicionales, como es el caso del documento interpartidario al que me referí, donde es perceptible la recuperación de una conducta política coherente con las necesidades y aspiraciones populares.

Y no me engaño pensando, por ejemplo, que Bittel —que firma ese documento— es un demócrata consecuente, porque recuerdo su silencio frente a los crímenes de las AAA. Pero sus reclamos de hoy, por la recuperación de la democracia, la libertad de los presos políticos y el esclarecimiento de la situación de los desaparecidos, me parecen una justa posición ante la dictadura.

Porque si no es posible derrocarla con la movilización de las masas e imponer el rigor de una justicia revolucionaria, entonces luchemos porque la ineludible negociación sea lo más beneficiosa posible para los intereses de nuestro pueblo.

Los paros y las huelgas son formas viables de enfrentamiento a la dictadura; las asambleas obreras, por encima del despotismo, también lo son, al igual que la actividad clandestina de militantes políticos en fábricas, barrios y universidades, ayudando a que se mantenga en alto el ánimo de lucha en las masas populares. Asimismo son formas viables otras manifestaciones de oposición, como lo fue la peregrinación a Luján de una multitud que condenaba los preparativos para una guerra con Chile. Y dentro de este contexto de resistencia, las "Madres de la Plaza de Mayo" han inaugurado una forma "viable", que les permite avanzar en la lucha antidictatorial (inclusive no sería acertado desvincular su labor —y la de otros organismos similares— de ciertos progresos parciales obtenidos en el terreno de presos y desaparecidos).

novedades:

el libro de bolsillo:

731 GUY DE MAUPASSANT
EL HORLA Y OTROS
CUENTOS
FANTASTICOS

732 MANUEL MACHADO
POESIAS

734 HENRI LEPAGE
MAÑANA,
EL CAPITALISMO

735 R.L. STEVENSON
EL DIABLO
DE LA BOTELLA
Y OTROS CUENTOS

736 RENE DESCARTES
DISCURSO DEL METODO

737 MARIANO JOSE
DE LARRA
ANTOLOGIA FUGAZ

738 JORGE LUIS BORGES
LITERATURAS
GERMANICAS
MEDIEVALES

740 JULIAN MARIAS
BIOGRAFIA DE LA
FILOSOFIA

743 GEORGE GAMOW
BIOGRAFIA DE LA
FISICA

alianza universidad:

245 ANTHONY WILDEN
SISTEMA Y
ESTRUCTURA

246 ROSARIO VILLARI
LA REVUELTA
ANTIESPANOLA
EN NAPOLES

alianza forma:

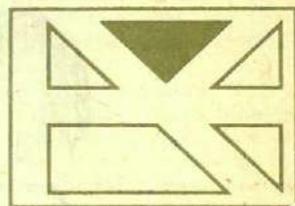
7 MARIO DE MICHELI
LAS VANGUARDIAS
ARTISTICAS
DEL SIGLO XX

8 RUDOLF WITKOWER
LA ESCULTURA,
PROCESOS
Y PRINCIPIOS

alianza tres:

50 ERNESTO CARDENAL
ANTOLOGIA DE POESIA
PRIMITIVA

53 GERARDO DIEGO
ANTOLOGIA POETICA
EN HONOR
DE GONGORA



alianza editorial
mexicana
José Morán 93 1-a / México 18, d.f. / tel. 5-16-71-08

ENTREVISTA

López Acotto: los riesgos de una seudodemocracia

Mempo Giardinelli

Desde hace casi cuatro décadas el pensamiento socialista de la Argentina cuenta, entre sus filas, con Andrés López Acotto. Abogado, ex profesor de Derecho Político de la Universidad Nacional de Buenos Aires, hoy López Acotto se gana la vida en su exilio madrileño esperando —como suele decir— “la hora de hacer la valija y volver”.

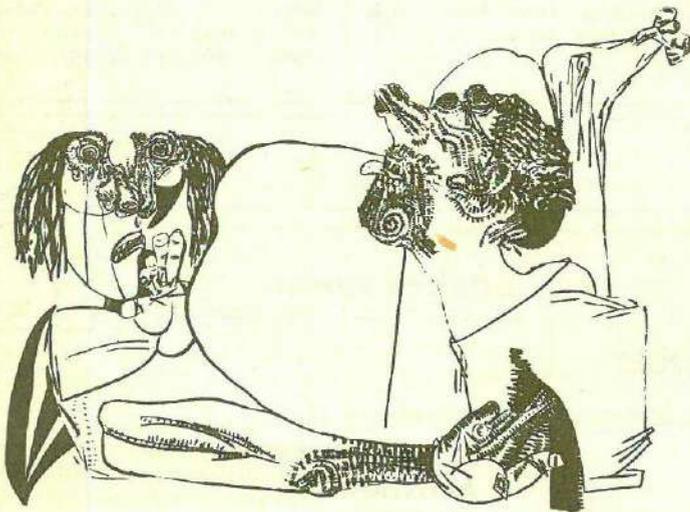
Su currículum político lo muestra en una consecuente militancia en el socialismo. Dirigente juvenil, asesor sindical (fue abogado de varios sindicatos, “entre ellos algunos peronistas, como el sindicato jabonero”), miembro del Comité Central del PS. Hacia fines de los años 50, cuando la escisión socialista, adhirió desde el comienzo a lo que luego fue el Partido Socialista Argentino. Fue, también, miembro activo y dirigente de organizaciones como el Movimiento General Mosconi y el Movimiento para la Defensa del Petróleo.

Constantemente preocupado por el resguardo del patrimonio nacional, dirigió la revista Argentina inédita, a comienzos de la década pasada, en la que tuvieron cabida “muchos pensadores interesados en preservar las riquezas nacionales”.

Actualmente ligado estrechamente a la Casa Argentina de Madrid —su hijo es presidente de

dicha institución, aglutinadora de parte del exilio argentino residente en España—, de López Acotto se cuenta una anécdota que quizá lo define: siendo miembro de la Asociación de Abogados de Buenos Aires (fue, asimismo, candidato a presidente de dicho organismo profesional), al formarse la Asociación Gremial de Abogados, que tan destacada actuación tuvo luego en la defensa de presos y perseguidos políticos, se afilió a ella y fue —se dice— el único abogado porteño que mantuvo la doble afiliación, porque nadie se atrevió a expulsarlo de la primera organización.

En su calidad de veterano militante, actualmente enrolado en la Confederación Socialista Argentina, López Acotto aceptó dialogar con nosotros en diciembre pasado sobre el presente argentino y la problemática del exilio político. La referencia a la fecha es importante, porque algunos conceptos por él vertidos se refieren específicamente a hechos que hace algunos meses eran relevantes y que, últimamente, han sufrido algunas modificaciones. No obstante, sus palabras mantienen vigencia y sus opiniones —más allá de discrepancias— indudablemente resultarán útiles para la discusión y la controversia. He aquí la versión de la entrevista:



P: En México, uno de los temas que más se está debatiendo últimamente, y sobre el que todo el mundo parece concordar, es el referido a la democracia, en general. Más allá de diferentes apreciaciones sobre ese concepto, que se podrán abordar en el transcurso de esta charla, ¿podría hacer una consideración sobre el significado que, según usted, tiene para el futuro argentino el rescate de tal concepto?

LA: Es difícil improvisar sobre esta cuestión, pero sí quiero decir que para mí no es un rescate. Ya hace muchos años, en una polémica en *La Vanguardia*, yo sostenía —partiendo del pensamiento de Marx, en lo que yo entiendo como permanente y valedero— que el socialismo es democracia sin capitalismo, sin propiedad privada. Es la realización de lo que el mismo Marx preconizaba en el *Manifiesto comunista*, cuando hablaba de un mundo en el que el libre desenvolvimiento de cada uno es condición para el libre desenvolvimiento de todos.

Yo creo que se ha hecho una especie de caricaturización durante mucho tiempo del pensamiento de Marx, hablando de un determinismo que no existió en su pensamiento filosófico; se ha tergiversado también en gran parte el valor de ese concepto. Muchas veces hemos dicho que si Marx hubiera sido determinista en sentido filosófico, hubiera terminado el *Manifiesto* diciendo “Proletarios del mundo, no os calentéis en uniros, porque de todas maneras las fuerzas eco-

nómicas van a obligar a realizar la revolución”. Y sin embargo, el *Manifiesto comunista* termina con un principio ético, que es la solidaridad. Y dice “uníos” para realizar un programa, es decir “uníos” con un propósito consciente, querido, deliberado.

Yo, en ese sentido, me siento muy cómodo en esta polémica, pues creo que por razones accidentales fui uno de los primeros —ya hace alrededor de 40 años— que reivindicó el pensamiento de Rosa Luxemburg. Y su concepto sobre la democracia estuvo presente siempre en todo el quehacer de los compañeros con los que he militado. “El socialismo no surge espontáneamente de las luchas de la clase trabajadora y bajo cualquier circunstancia. Nace sólo de las contradicciones cada vez mayores de la economía capitalista y del convencimiento, por parte de la clase obrera, de la necesidad de que estas contradicciones desaparezcan para una transformación social.”

De modo que nosotros seguimos en esa tarea de revalorizar el pensamiento de Rosa Luxemburg con respecto a la democracia en la organización partidaria. Hay que recordar que ella le reprochaba a Lenin que pretendiera organizar a los obreros en el partido como los burgueses los organizan en sus fábricas: para la obediencia; para utilizarlos como pasta de amasar. Estaba dando un concepto en materia de disciplina partidaria y de formación que implicaba una diferencia fundamental.

Entonces, está muy bien todo lo que ahora se hace para revitalizar la democracia, pero...

P: Quizá la palabra no es “rescate de la democracia” sino “redescubrimiento”.

LA: Sí, es posible, pero igual tiene sus peligros. En el socialismo europeo, cuando se habla de América Latina, se suele hablar de “democracia”, como si democracia y socialismo tuvieran una sucesión lógica, espontánea, inevitable y natural. Y nosotros sabemos, por experiencia, que en nuestros países a la salida de la democracia está el fascismo, como pasó en Chile, ¿no? De manera que nosotros no tenemos que tomar mecánicamente la discusión que se hace en Europa y trasladarla a nuestros países sin un proceso de reflexión.

P: ¿Cuáles serían los hitos, los puntos fundamentales, de esa reflexión?

LA: Yo creo que hay algunos puntos que se están abriendo camino y que son importantes. Por ejemplo, la actualización del movimiento obrero organizado en la Argentina revela aspectos muy interesantes. Ahí está el caso de la CUTA. Hemos tenido grandes discusiones con gente que insiste en que es la burocracia sindical, en la imposibilidad de aceptar eso, etc. Nosotros creemos que son temas de interés, pero no de esta etapa. Hay que ver otras cosas, que son fundamentales, en la declaración de la CUTA: el rescate de la representatividad, por ejemplo; el rescate de los principios democráticos; la defensa de los Derechos Humanos; la exigencia de respeto a las empresas del estado; la defensa del patrimonio energético. Cosas sobre las cuales no siempre tuvieron la debida sensibilidad, pero que ahora revelan recoger un proceso que evidentemente no es sólo de dirigentes.

P: Respecto de las posibilidades democráticas, usted señala una diferencia entre lo que piensa la socialdemocracia europea y la factibilidad real en América Latina. Parecería que esto no se comprende cabalmente, y hasta se podría hablar de una “moda” por reflotar la socialdemocracia. ¿Usted qué piensa de eso?

LA: Mire, hace poco yo tuve una discusión con Pedro Vuskovic, porque él se refería al Congreso de Vancouver como “el congreso de la socialdemocracia”, y yo me refería “al congreso de la Internacional Socialista”. Y él le asignaba un propósito negativo, peyorativo, para una concepción política reformista y en la imposición de una fórmula no adecuada a América Latina. Y yo señalaba algunas observaciones de hecho. Primero, que ese fue el primer congreso que yo he visto que no era eurocentrista, sino de partidos socialistas y populares de Asia, África y América Latina; segundo, que la situación histórica es sumamente diferente.

Veamos: en Argentina, Videla está apoyado por las empresas transnacionales, que imponen su modelo y que es causa esencial de la represión a la clase trabajadora. Está apoyado por el Pentágono. Por la Unión Soviética, a cuya oposición se debe que nunca se haya podido tratar el problema de los Derechos Humanos en las Naciones Unidas. De China y los países No Alineados, que invitan a Videla a participar en la Conferencia y en cuya declaración final no dicen nada... La situación es realmente terrible. Y la única expresión de apoyo, de solidaridad real, es la que da la Internacional Socialista. Yo he estado hace poco en el congreso del Partido Laborista inglés, en Brighton, y la declaración sobre Argentina fue sencillamente magnífica, con respecto a los desaparecidos, las madres de Plaza de Mayo, a los motivos de la represión, etc. Y esto es sólo un ejemplo.

Claro que esto lo digo pese a que no se me escapa que hay una cantidad de grupos políticos —no vamos a dar nombres, porque no interesa— que buscan ese apoyo como forma de valorizarse interna y externamente. Pero eso hay que dejarlo aparte, porque es parte de la pobre política, de la pequeña.

A lo que yo me refiero es a que ese apoyo es importante para nosotros. Pero el problema esencial, para mí, es conseguir que esa proyección de la masa hacia la clase, ese acercamiento cada vez mayor, se realice y se cumpla. Y ésta debe ser la aspiración de todos los militantes de eso que vagamente se llama la izquierda; y la colaboración para que así sea debe partir de desarmarse, en muchos sentidos, de buscar la

comprensión, el acercamiento, borrar las oposiciones declamatorias de tantos años de literatura política, y realizar así una fuerza de convergencia real.

P: ¿Cuáles serían, a su criterio, las bases de esa convergencia?

LA: Una de ellas sería el respeto por el movimiento obrero organizado, y el apoyo a sus expresiones de lucha.

P: ¿Qué tipo de expresiones? ¿Cualesquiera sean las que se den en la realidad, en el país?

LA: Sí, claro, las que se den en la realidad argentina. Otra de las bases es el acercamiento de los distintos grupos y expresiones políticas, sobre bases amplias. Y esto quiere decir que no creo que el mero acercamiento deba hacerse sobre la base de "principios democráticos", porque en nuestro país algunos de esos grupos que hablan de democracia están trabajando activamente para la constitución de un gobierno de recambio, por el cual se pretende institucionalizar el poder militar.

P: Bueno, hace un momento usted dijo que no quería mencionar grupos que practican lo que usted llama "la pobre política". Sin embargo, esa "pobre política" sí tiene incidencia en la realidad, por lo que hace o por lo que no hace.

LA: Sí, sí, pero lo que yo quiero es hablar de los aspectos positivos. Naturalmente, es difícil separarlos. Pero yo prefiero referirme a lo que me parece conveniente, útil o necesario para el futuro. Yo no creo en los frentes "amplios", en los que aparecen unidas posiciones que sabemos que son inconciliables. Uno de los dirigentes de uno de esos "grandes partidos" llamados democráticos fue el que inventó la expresión "guerrilla fabril", en nombre de la cual se ha perseguido, asesinado y torturado a tantos trabajadores. Va a resultar un poco difícil olvidarlo, aunque uno no tenga el propósito del rencor.

Y actualmente vemos un proceso de seudoconfluencia seudodemocrática que, en último caso, tendría por finalidad permitir que el régimen se lave la cara, institucionalizando el poder militar. Cosa que de ninguna manera creo que sea un escalón hacia la liberación del país.

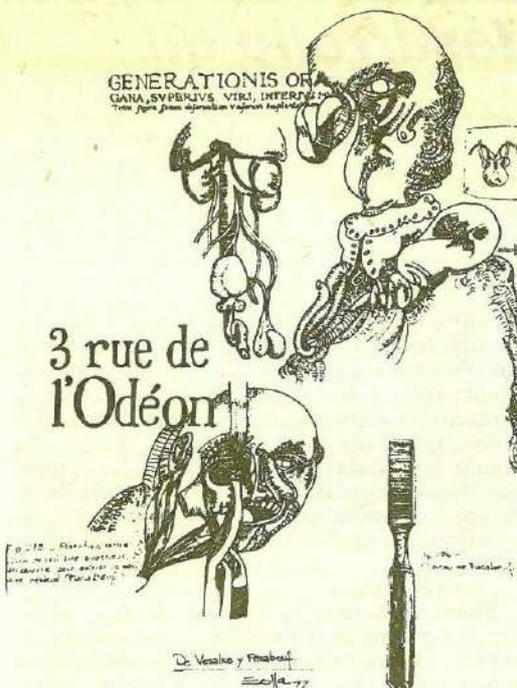
P: Y con respecto al futuro, ¿cuál es su apreciación, o la de la CSA, sobre el peronismo, en tanto es sabido que la clase trabajadora ha sido tradicional y mayoritariamente, peronista? El movimiento obrero organizado, en su expresión actual, basta ver los nombres para darse cuenta de cuál es su filiación política. Entonces, ¿cuál es su posición frente a eso?

LA: Bueno, yo creo que una vez más hay que distinguir a Perón de lo que se llama peronismo. Perón fue un dirigente autoritario, con un pensamiento policlasista, populista, que es proimperialista. Basta recordar infinidad de hechos que lo demuestran. Pero, lo que es real, es que esto es historia y materia de viejas discusiones. Y también es real que hubo un movimiento obrero que se sintió participante —sobre todo los vastos sectores que llegaron a la industria en el proceso de industrialización que lo trajo a Perón— y que alcanzó en cifras la mayor participación de la historia en el Producto Bruto Interno. Por primera vez esos sectores sintieron que pesaban en el quehacer nacional.

P: Esto me recuerda a las expresiones de algunos dirigentes, concretamente Oscar Alende, que aseguran una eventual división del movimiento peronista, y el surgimiento de lo que sería "un peronismo popular". ¿Usted concuerda con eso?

LA: Eso es hacer futurología, y yo no soy aficionado a la futurología. Aunque, como político, debiera serlo. Pero hay un hecho real, histórico: eso se produce en el movimiento peronista. La lucha del movimiento obrero por su autonomía lo lleva a enfrentar reiteradamente al mismo Perón. Cuando Perón cae, en el 55, yo creo que difícilmente se hubiera producido ese movimiento militar si detrás no hubiera habido una descalificación del líder, a través de huelgas como la metalúrgica, la de ferroviarios, la del frigorífico municipal, en algunas de las cuales incluso el gobierno tuvo que sacar tanques a la calle.

Es decir: que aún embretada en un aparato



sindical controlado por los burócratas, siempre ha pugnado por su autonomía. Y esos rebases se produjeron aun antes de la caída de Perón. Y también los vimos en el último período —el rodrigazo, por ejemplo—, cuando hubo hechos que demostraron que era muy difícil mantener obediente y sumisa a la clase trabajadora argentina, que por algo ya tiene organización y una experiencia larga. Entonces, no hace falta hacer futurología para darse cuenta de esto.

Yo recuerdo, incluso, algo que decía un militante peronista, Gustavo Rearte, quien afirmaba que "la distancia entre los que se alejan del camino de las masas y los que intentan reflejarlas es lo que determina lo condenado a desaparecer y lo inevitable que se desarrolla. Saber coincidir con el desarrollo de estas tendencias, para impulsarlas hacia planos superiores de lucha, es participar en la construcción de la historia. Ignorarlas, o querer remplazarlas por fórmulas abstractas extraídas de nuestras propias cabezas, es exponerse a que la historia pase por encima de ellas".

En síntesis, yo no sé si el peronismo se dividirá o no. Pero por lo pronto veo algo objetivo: la declaración de la CUTA, al formarse, implica un enorme progreso. Y ello, porque como decía antes, se vuelve a hacer una cuestión esencial del restablecimiento de las instituciones democráticas, se reclama con energía no habitual el respeto a los Derechos Humanos, y en un plano que es de representación de todo el movimiento obrero.

P: Cambiando un poco de tema, ¿qué apreciación le sugiere la situación geopolítica, por ejemplo, esta soledad, este aislamiento a que nos condena el campo socialista, que usted mismo mencionó?

LA: Bueno, yo creo que hay un problema de división del mundo en esferas de influencia. Lo vimos en el episodio de los misiles cubanos, y lo vemos en una sucesión de hechos. El problema de la Argentina —en Chile es distinto porque ahí había un Partido Comunista integrando la Unidad Popular— parecería que es de condena al aislamiento. Yo no tengo inconveniente en hablar de esto, porque si los revolucionarios no hablamos con la verdad no somos revolucionarios.

El caso del Partido Comunista Argentino es lamentable. Todavía publican la lista de desaparecidos y sostienen luego la tesis de que si se sigue produciendo en el ejército la lucha entre "democráticos y liberales" y los militares "pinochetistas", dicen que "se corre el riesgo de una dictadura fascista". Es sorprendente, o bah, no es sorprendente en ellos, pero sí es lamentable. Y en otros sectores, en el exilio, hemos visto cosas que... Mire, nosotros no creemos en el terrorismo individual o blanquista, y lo repudiamos siempre. Creemos, sí, en la violencia de las masas, porque la huelga general es un episodio de violencia. Se habrá inventado el parto sin dolor, pero no existe el parto sin sangre. Pero no aprobamos a grupos que se consideran depositarios de los destinos humanos y que deciden quién tiene que vivir y quién tiene que morir.

Esa es una desviación burguesa. Y hemos visto a uno de esos grupos, por ejemplo, condenar el conflicto de la probabilidad de guerra con Chile, correctamente, pero después se definen como dispuestos a ir a pelear a la Argentina, contra Chile. Bueno, pero hay que preguntar: ¿Y si la agresión se produce por parte de los militares argentinos? Es absurdo.

Y así sucede, que aparecen esas contradicciones espantosas, como la de los grupos que especulan con Massera, o los que especulan con justificaciones de tipo geopolítico. Pero, ¿hay alguna duda del tipo de apoyo internacional que está teniendo Videla?

P: Volviendo al tema del principio de esta charla. Todo el mundo del exilio, los grupos políticos, las casas, comités, etc., parece que tienen como tema central de discusión a la democracia. ¿Qué tipo de peligro ve usted —si lo ve— en estas discusiones; hay manoseo del concepto, que a su vez le quita claridad?

LA: Sí, esta es una cuestión clara. Alguien decía que la democracia es como el aire, que la gente lo descubre cuando le empieza a faltar. Y claro que ahora hay muchas declamaciones sobre la democracia, por parte de grupos que en su quehacer fueron esencialmente antidemocráticos. Muchas declamaciones son, entonces, vacías de contenido, y eso es preocupante.

Hay que ver si el concepto tiene contenido, si se entiende como un régimen en el que todos pueden llegar a todo y no haya nadie excluido de nada, como aspiración igualitaria. O si se considera como aquello del gobierno del pueblo para el pueblo, y entonces hay que ver cómo se instrumenta. Pasa como con el concepto de "libertad". Aquí en España, también, se ha dado una confusión. Se habla de libertad política y libertad económica, y se identifican ambas cosas, y se establecen en la Constitución los principios de la economía de mercado. Es incomprensible.

Debería haber palabras distintas. Croce, cuando hablaba de libertad política decía "liberalismo"; y cuando hablaba de libertad económica decía "liberismo". Si bien yo no comparto la integridad de su pensamiento, esa distinción es importante, porque el liberismo ha terminado muy a menudo con la libertad. Y es evidente que los señores liberales en economía, los liberistas, son los que han ajusticiado a las principales democracias del mundo.

Y con respecto a la democracia, es cierto que todo el mundo la tiene en la boca. Pero también aquí hay que hacer precisiones. ¿Qué clase de democracia? Hay que ver si se trata sólo de alcanzar una democracia formal, porque así se olvida que la democracia es un contenido, en el que sus fundamentos son las ideas igualitarias en cuanto a las oportunidades y la eliminación de los privilegios. Si no, se corre el peligro de hacer una política como la de Estados Unidos, que defiende las libertades individuales, los Derechos Humanos vulnerados, pero apoya la política de las transnacionales, sin ver que aquella vulneración es consecuencia de la implantación por la fuerza del modelo de las transnacionales en los países del Cono Sur. Es decir: se desvinculan las dos cosas, y se puede seguir hablando de ambas indefinidamente.

P: ¿Usted cree que eso sucede entre nosotros, concretamente en el exilio argentino?

LA: Sí, y por eso es importante que precisemos, que sepamos de qué democracia estamos hablando. Porque mire, cuando se habla de democracia hay que hablar de democracia para todos. Pero si se habla de algo que parte de exclusiones, es diferente. Y ahí está esa propuesta en la que se dice que serán reconocidos únicamente los partidos políticos que no preconicen soluciones colectivistas, etc. Entonces, cualquier partido socialista tendrá que ser excluido. Y si hay algún partido que apoye esa propuesta, o cualquier grupo que ponga expectativas y apoyos porque diga que eso va a permitir la apertura y va a haber elecciones, pues que diga que apoya cualquier cosa, menos que apoya la democracia. Está apoyando el continuismo.

Y respecto del exilio, pues yo supongo que hay más autenticidad. Y que cuando se habla del restablecimiento del régimen democrático, se piensa con seriedad en restablecer normas de convivencia, elementos formales, pero que posibiliten la realización de un contenido igualitario.

Las sorpresas del desarrollo en América Latina

Fernando Henrique Cardoso

Hace aproximadamente una década se tenía la impresión de que se estaba formando una visión sombría del desarrollo económico en América Latina. Ya había quedado atrás, por cierto, la fase de temor al estancamiento. No obstante, los rasgos generales del estilo de desarrollo que se estaba haciendo evidente, el tipo de sociedad que estaba surgiendo, eran poco esperanzadores:

* ahí estaba el desarrollo, se comentaba, pero en el limitado sentido de crecimiento económico;

* las estructuras, indudablemente arcaicas, se veían reproducidas por este estilo "perverso y maligno" de desarrollo sin resolver los problemas de la gente;

* las grandes compañías transnacionales serían las que marcarían el ritmo de crecimiento; de hecho este último consistiría en la integración de la economía regional en el orden económico internacional, pero esta vez como parte del propio sistema productivo industrial;

* el campo (y, para bien o para mal, la gran mayoría de la población latinoamericana es rural) permanecería intocado: la tragedia rural se basaría en el complejo que constituían el latifundio, su apoyo —el minifundio—, y ahí millones de campesinos sin tierra y jornaleros subpagados se las arreglarían al lado de millones de familias de pequeñísimos propietarios;

* el perverso estilo de desarrollo sólo podría ser empeorado con la transferencia de tecnología a través de los estrechos canales del interés de las transnacionales; esto conduciría a la producción de "bienes de consumo durables", con automóviles en la primera línea, de tal manera que el fantasma del desempleo perseguiría a la población de clase potencialmente trabajadora, ya que el nuevo sistema productivo absorbería menos fuerza de trabajo de la que ofrecía el suministro como resultado del componente tecnológico de capital intensivo.

Todo esto fue dicho en un escenario de creciente autoritarismo, con una base militar que, a las tradicionales dictaduras caudillescas —encabezadas por generales de "repúblicas bananeras" típicas—, añadían un nuevo espécimen: el estado militar-burocrático.

La respuesta imaginada a esta situación varió desde el sueño ardiente de Cubas en los cuatro rincones del continente, hasta las formas más diversas de socialismo. A la larga, se dijo, o bien el orden político se volverá fascista, o estimulado por la violencia y el totalitarismo impondrá un *apartheid* interno al separar la masa de "marginados" del próspero corazón del sistema, o las masas rebeldes derribarán las compuertas y llevarán a cabo una revolución socialista.

Aun si dejáramos de lado el esquematismo y la exageración de todo esto, será difícil que en la alborada de los ochenta se pueda confirmar el análisis y predecir lo que contiene.

Eso, por supuesto, no significa que la visión opuesta sea la correcta. En el lado del "orden", indudablemente, la visión del paraíso fue también esquemática y falaz. Aquí la idea era la integración a un nuevo y triunfante orden capitalista mundial; la "interdependencia" ocuparía el lugar de la "dependencia". Una clase media dinámica en las ciudades, e incluso probablemente en el campo, daría apoyo a una democracia moderna. Las estructuras rurales serían recondicionadas por los agricultores y la agroindustria. La clase trabajadora urbana vería un mejoramiento en su nivel de vida, de tal manera que las masas serían integradas al mundo del consumo, lo que haría de la imagen y exigencias del ciudadano proletario, a punto de convertirse en revolucionario, una cosa del pasado.

Si tanto la imagen color de rosa como la sombría distorsionaban el proceso a medida que éste se desarrollaba, ¿dónde podemos encontrar un asidero que nos permita entender las transformaciones que han ocurrido?

Soy de la opinión de que el punto de partida

necesario es el reconocimiento de que, a la larga, los cambios en el orden capitalista internacional han afectado a la periferia, no importa cuán desparejamente, y han dado lugar a algunas transformaciones estructurales. En toda la América Latina, qué duda cabe (e igual en el resto del mundo capitalista), la presencia de las compañías transnacionales, y la nueva estrategia de integración económica que ellas promueven, ha modificado palpablemente el panorama anterior.

¿En qué sentido?

Fundamentalmente, en dos. Ambos, al incorporar partes de la periferia en el espacio económico internacionalizado, al convertirlas en componentes directos del sistema productivo internacional y partes integrantes del proceso de consumo de la producción local, y en otras partes de la periferia, reforzaron los lazos de la dependencia de la exportación agrícola, aun cuando intensificaran el componente tecnológico de la agricultura. Es evidente que estos dos sentidos, estrictamente hablando, no corresponden a la división política entre naciones; ambos procesos pueden tener lugar en el mismo país, mientras que otros se verán integrados en el orden económico internacional, principalmente como países industrializados y consumidores de estos productos, o como países exportadores de productos agrícolas o de minerales.

Más aún, existían economías locales que estaban débilmente integradas al nuevo orden y que, por decirlo así, permanecieron marginadas con relación a éste. Algunas de estas economías ya estaban semindustrializadas, y este proceso lo habían iniciado bajo la égida de una economía capitalista competitiva. Mantenían parte de esta característica sin alcanzar una integración total al nuevo orden capitalista oligopólico, lo que es típico de la era de las grandes corporaciones transnacionales. Otras preservaron su integración mediante los viejos canales del capitalismo de las plantaciones extranjeras. Todas ellas, no obstante, en mayor o menor grado sufrieron los efectos del nuevo orden capitalista "transnacional".

Este proceso condujo a una transformación estructural importante. Para ponerlo en términos muy crudos: la urbanización se aceleró, y la migración interrural e interregional aumentó; se formó a toda velocidad una enorme clase trabajadora, en tanto que el sector urbano asalariado (incluyendo los sectores llamados "clase media") creció considerablemente, y la pequeña

burguesía (que, al igual que en el sentido europeo, era una burguesía más pequeña) relativamente perdió importancia en la medida en que la pequeña producción decayó y el sector oligopólico la reemplazó, expandiendo precisamente la masa de trabajadores asalariados y empleados (los antiguos "profesionales liberales"—doctores, abogados, ingenieros, maestros— pasaron a ser empleados como trabajadores asalariados bajo el control de grandes compañías, y los empleados de cuello blanco del sector terciario aumentaron en bancos, oficinas, servicios sociales, etc.). Es decir, que se produjo una vasta transformación. Y era esta transformación la que ahora irrumpía en el corazón del sector rural: las antiguas propiedades fueron modernizadas y los trabajadores fijos desalojados se convirtieron así en móviles habitantes asalariados de pueblos pequeños, mientras que en muchos otros países el sector de "productores autosuficientes" y los campesinos sin tierra luchaban por las áreas fronterizas agrícolas o, si estas áreas estaban ya extintas, pasaban a ser menesterosos.

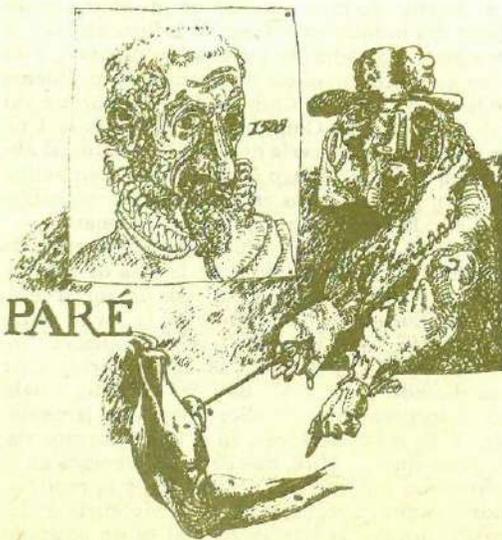
Fueron cambios estructurales importantes, indudablemente. Pero de ninguna manera implican una democratización objetiva de la sociedad, ni tampoco, en sí mismos, significan que las condiciones de vida de la base de la sociedad mejoren.

Y fue esto lo que resultó más desconcertante en América Latina. Desconcertante, por un lado, para los apologistas del sistema capitalista, que creían que este sistema pondría fin al subdesarrollo, y por lo tanto produciría la democratización y el mejoramiento del nivel de vida de los pobres. Y, por el otro, desconcertó asimismo a los críticos del capitalismo que escogían centrar su crítica en la esperanza de que la penetración de las transnacionales conduciría a la miseria y el desempleo (en vista del alto coeficiente tecnológico que no absorbía la fuerza de trabajo), y que los cambios que produciría únicamente afectarían a los "islotos de prosperidad", creando así Bélgica en el centro de penurias de muchas Indias.

En la actualidad, con una perspectiva cronológica ligeramente más larga (ya que la reorganización económica internacional cobró velocidad a mediados de los cincuenta), se puede apreciar que efectivamente hubo un "desarrollo" (es decir, que nuevas fuerzas productivas produjeron transformaciones en la estructura de clases), y no sólo un "crecimiento". Pero, bajo la égida del capitalismo, ninguno de los dos significó un mayor bienestar para la mayoría, ni el fin de la desigualdad, ni una participación democrática. Pero si no es correcto creer que la miseria absoluta aumenta con el desarrollo, o que el nuevo orden es incapaz de absorber la población que se expande en el sistema de empleos (formal o informal, de manera que la "creciente marginalización" y la amenaza de una nueva invasión bárbara encarnada por la revuelta de los marginados es más un producto de la imaginación febril que un proceso real), tampoco lo es esperar que se desconcentren los ingresos o se redistribuyan las propiedades de tierra en vista del empuje de los adelantos capitalistas. Por el contrario, estos últimos reconcentraron la tierra bajo el control de la industria y de las grandes plantaciones exportadoras, dieron lugar a políticas que hicieron disminuir todavía más los salarios reales de los trabajadores de bajos ingresos y, en términos generales, condujeron a una enorme concentración del ingreso.

Y no fue sólo en el ámbito general de los efectos de la internacionalización de la economía local donde la reorganización del mundo capitalista tuvo consecuencias inopinadas. Respecto de la vitalidad de los grupos locales dominantes y de la forma de la articulación institucional de enlace de la economía con la política, hubo también sorpresas considerables.

Es obvio que si nos limitáramos a describir tan esquemáticamente, como lo hemos hecho recién, lo que sucede hoy en las sociedades latinoamericanas, parecería que el continente es un vasto negativo bajo cuya superficie las compañías transnacionales transmiten las señales que van poniendo en relieve los contornos de un diseño social y económico. Pero ésa sería una visión simplista de lo que está sucediendo. En realidad, al menos en los casos de aquellos países ligados al orden internacional a través de la industrialización, los empresarios locales entraron en sociedad con la industrialización internacionalizada, subordinándose a ella, manteniendo pequeños espacios de independencia relativa, pero sin desintegrarse por completo. Por otra parte, el estado se convirtió cada vez más



La ilusión de Adriano Paré

en un estado empresario al crear compañías que establecieron lazos con el sector internacionalizado y, en gran medida, apoyaron al sector local.

Tampoco esta transformación era parte del proyecto original. En ocasiones, las ideologías pasadas recalcaron el papel crucial de las "burguesías nacionales", para obtener una rearticulación autónoma de los países de América Latina con el mundo capitalista moderno y, a través del estado populista, asignaban al enlace entre masas y nación del papel predominante en el proceso; en otras épocas creyeron que para los empresarios locales sería imposible sobrevivir, ya fuera porque serían barridos del escenario histórico por las compañías transnacionales, o porque el socialismo pondría fin a la búsqueda de hegemonía de parte de la burguesía nacional.

Si bien es cierto que los empresarios locales cesaron en su búsqueda de hegemonía propia, también lo es que hicieron una alianza, en tanto que socios nuevos, con el imperialismo; se subordinaron —con variantes de acuerdo con el país y el momento— a los sectores intermedios tecnocrático-militares que tienen el control sobre el estado. Sin embargo, económica y políticamente sobrevivieron en el nuevo orden capitalista que estaba emergiendo.

Una mayor causa de sorpresa parece haber sido la forma política de articulación adoptada por la mayoría de las sociedades latinoamericanas que fueron incorporadas en el nuevo orden oligopolístico mundial. En muchos países el estado burocrático-militar desempeñó un papel central en este proceso. Este fenómeno, que en el Brasil y en el cono sur del continente fue sobresaliente, condujo a muchos a creer que sin el militarismo sería imposible reintegrar las economías locales en el orden económico dominado por las compañías transnacionales. Y, de hecho, especialmente en el caso brasileño, el régimen de este país desmanteló las organizaciones sindicales y los partidos populares, imponiendo fácilmente de esta manera un control salarial. Igualmente dio su apoyo a la modernización del aparato burocrático, haciendo más dinámico al sector productivo estatal de la economía. No se puede decir que el militarismo argentino haya tenido el mismo éxito con estos objetivos. Y, sin duda, en el caso de Uruguay y Chile la orientación económica fue más dañina para el sector productivo estatal —y de más apoyo para la reconversión de exportaciones primarias de sus economías— que benéfica para la industrialización. El estado mexicano, por otra parte, que no es militarista aunque tenga una base de partido burocrático, y el estado venezolano, que es democrático formalmente, promovieron activamente la rearticulación de sus respectivas economías con el nuevo orden económico (es decir, con el orden del capitalismo oligopolístico).

Hay una explicación para esto desde el punto de vista de la rearticulación de las economías locales, independientemente de la forma del régimen (partido democrático, populista burocrático, burocrático-autoritario, militar, etc.): el factor decisivo fue la reorganización del estado; es decir, de las fuerzas sociales que sostienen la dominación de clase y las formas de articulación entre las áreas políticas y económicas. Respecto de este último aspecto, en la actualidad parece ser evidente que una economía oligopolizada requiere de un apoyo activo por parte del estado, de una producción pionera en las áreas básicas o críticas para la coordinación de políticas relativas a salarios, crédito, dinero, exportaciones, tecnología, etc., todo lo cual lleva a la sobreimposición de la égida de la economía y de la política. Esto hace más complejas a las funciones del estado y requiere de la preparación de un personal técnico y burocrático a una escala considerable, independientemente del tipo de régimen, aun cuando este último afecte claramente la regulación del espacio de maniobra del estado en relación con el resto de la sociedad.

La elección concreta de nuevas alternativas no ha sido eliminada por la historia de estos países. El futuro no reflejará, obviamente, las seguridades del pasado: buenas o malas. La construcción de una nueva caja de Pandora de desarrollo es una tarea abierta a la gente de los países de la periferia. Para los intelectuales, al menos, sería mejor evitar la consolidación de creencias que ya han dejado de tener fundamentos, de manera que las perspectivas que se abren en el horizonte puedan resultar más generosas para los pueblos del mundo subdesarrollado y dependiente.

Aun en los casos en donde una combinación de estas características y el capitalismo avanzado resulte desconcertante y a menudo decepcionante en cuanto a posibilidad de un futuro más afortunado.

Es así como, en este sentido, al menos esas áreas de América Latina se están industrializando mediante el impulso de los grandes monopolios internacionales y la expansión del mercado interno. La simbiosis de los aspectos clásicos de subdesarrollo y del capitalismo moderno produce una situación peculiar *distinta* de lo que está sucediendo en el Tercer Mundo en general. Este tipo de desarrollo "desigual y combinado" lleva a la tensión entre los sectores atrasados y los dirigentes de la sociedad hasta un grado posiblemente sin precedentes. Como resultado, se produce una fragmentación social significativa y se hace difícil discernir los intereses de las clases dominadas y aun los de la sociedad civil como un todo. Por otra parte, el estado se convierte en el componente clave del circuito de la acumulación capitalista, tanto respecto de los fondos de acumulación local como de la articulación entre intereses internos e internacionales. Es tal vez desde este ángulo que será posible ver más claramente una tendencia que en la actualidad es también perceptible en países en donde el capitalismo ya es maduro.

Pero, para volver al rechazo anterior tanto de la visión tercermundista que subraya el rompimiento causado por el desarrollo capitalista en la periferia (y de hecho en situaciones en donde no existe integración entre economías locales y las nuevas formas de producción industrial internacionalizada y asociada), y la visión apologética que imagina que será posible sobreponerse a las contradicciones internas internacionalizando las economías locales, se hace necesario insistir en algunos de los aspectos más sombríos de los prospectos futuros.

En realidad, se puede ver en la esencia misma de la nueva integración que en la periferia el estilo occidental de desarrollo se repite miméticamente. Sucede así pese al hecho de que las condiciones históricas, sociales, económicas y culturales, y aun los recursos físicos, son diferentes. No hay nada más ilustrativo en este caso que la inverosímil dependencia que la industrialización está generando en la periferia. Como hemos visto antes, la base tecnológica para la industrialización en la periferia es la *misma* que la de los países centrales, transferida parcialmente y con un cierto retraso cronológico. Esto significa que las importaciones de equipo e insumos industriales claves son cruciales para el crecimiento económico de las economías periféricas industrializadas. Para garantizar el circuito de importación, dichas economías dependen de la exportación de productos primarios o industrializados. Cuando —como sucede ahora— se produce una recesión comercial mundial, y cuando los términos de intercambio son desfavorables, las economías locales contraen deudas importantes. Este proceso acelera frecuentemente las tendencias inflacionarias y produce desbalances económicos serios que afectan a los movimientos sociales y aumentan la tensión y la represión internas. En algunos casos, cuando los países de

la periferia no tienen recursos claves tales como petróleo, lo absurdo de generalizar un estilo de desarrollo dependiente e imitativo conduce estas mismas tensiones a un clímax.

Pero no se trata simplemente de la falta de un recurso natural (como el petróleo) o de una base tecnológica en ciertas áreas productivas. Estas deficiencias también afectan a los países centrales. El problema es mucho más profundo: en el caso de los países de la periferia hay una falta de *opciones* que se debe al estilo impuesto de desarrollo, y a esto se le añade la falta de capacidad política para enfrentar las deficiencias ocasionales (por ejemplo, la crisis del petróleo o la recesión internacional), ya sea haciendo presión en los centros productores o impulsando políticas que reduzcan la dependencia local de factores restringidos o ausentes.

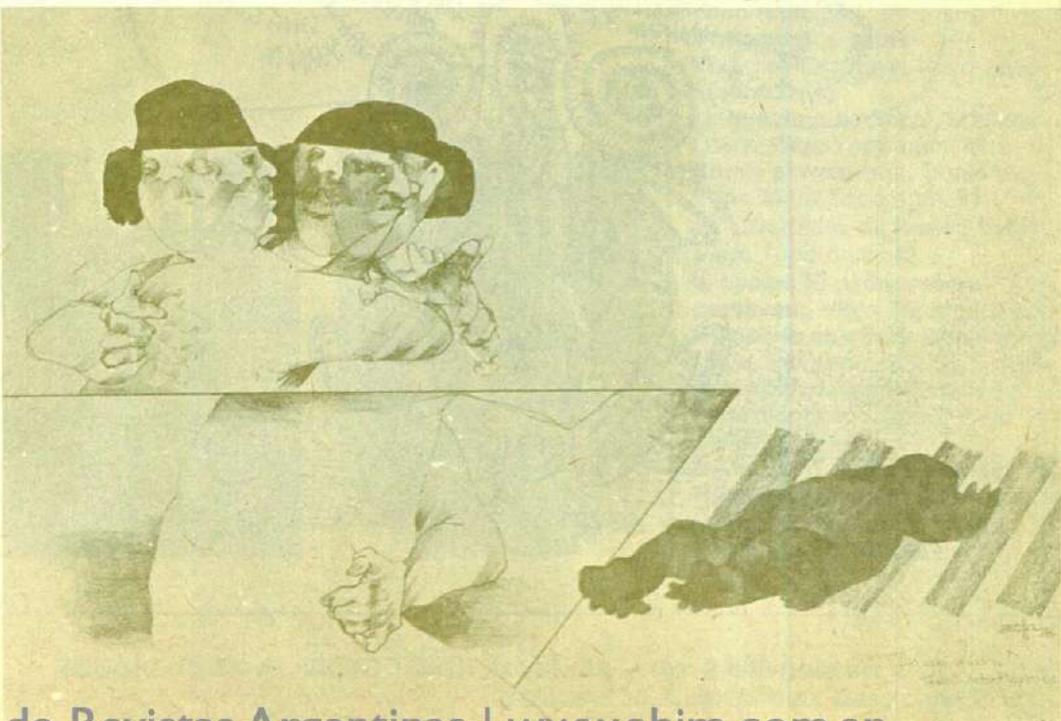
De esta manera, quizá pudiera destacarse la falta de opciones en términos de transformaciones más radicales en países que, aunque permanecen en la dependencia, proceden por el camino de la industrialización asociada. Estos países se estancan a medio camino entre la repetición del estilo de desarrollo al que están sometidos y al que aspiran, y el tener que padecer todas las dificultades que dicho estilo impone, sin poder llegar jamás al final del camino.

Me parece que si la recesión internacional actual se prolonga, serán precisamente esos países periféricos —con economías dependientes pero integrados al sistema productivo internacionalizado— los que tendrán que enfrentar las alternativas más difíciles y, tal vez, las más sorprendentes. El curso futuro de países como México con su petróleo; Brasil, obligado a tratar de encontrar un sustituto del petróleo en la energía basada en la biomasa y el alcohol; la India, tratando de incorporar tecnología y desarrollarla, etc., constituirá probablemente una nueva página en las sorpresas del desarrollo.

Si las circunstancias obligan a países de este tipo a aventurarse por senderos no convencionales en lo que se refiere a los estilos de desarrollo durante la próxima década, las predicciones sobre el fascismo y el socialismo tendrán también que ser sometidas a una revisión. ¿Qué fundamento social e ideológico será capaz de reconstituir el fragmentado tejido de la sociedad civil? ¿Qué tipos de control pueden ser desarrollados para contrabalancear el expansionismo del estado? ¿Qué límites tendrán que respetar las compañías (locales e internacionales) para que las funciones reguladoras del estado trabajen a favor de la acumulación y de la inversión? ¿Qué tipos de movilización y organización políticas serán los adecuados para unir los intereses de las masas asalariadas, obreras o no, y permitirles pensar en el destino de sociedades tan marcadas por el estado y las compañías oligopolísticas, particularmente las transnacionales? ●

El presente documento es el resultado de varios seminarios y debates en la CEBRAP. Es también un informe sobre estos seminarios y un ensayo exploratorio del tema.

Los documentos de antecedentes y el dossier bibliográfico, pueden obtenerse de la CEBRAP, 1, Campinas 463-13^o Andar, 01404 São Paulo, Brasil.



LAS ENCRUCIJADAS DEL SOCIALISMO

De socialismos, marxismos y naciones

Oscar Terán

"Todas las semanas, las madres de desaparecidos se congregan en la Plaza de Mayo para reclamar por la suerte de sus hijos."

"Mientras tanto, en Buenos Aires se inició el paro de ocho mil trabajadores marítimos." (De los diarios)

"En los últimos años, bajo la dirección del presidente Videla, la República Argentina ha obtenido nuevos e importantes éxitos en la edificación del país." (Jua Kuo-feng)

¿En qué antología del horror político sintetizar, sobre la misma geografía, los hechos referidos en los epígrafes que acaban de leerse? Tal vez algunos pensarán, mediante una paráfrasis pascaliana, que los estados poseen sus razones que los pueblos ignoran. Pero si así fuere, una vez escindido el estado con respecto a la nación y ésta respecto del pueblo, nos veríamos conducidos —molesta conclusión— a aceptar que la dictadura argentina ha sabido hallar una franja apta por donde intentar una política exterior independiente, posibilitada por la complicidad soviética primero y china más recientemente. Ante esta "provocación", otros preferirán refugiarse en diversas secuencias pseudoexplicativas. Por ejemplo, según el paradigma de que las masas están eternamente disponibles para una revolución que sólo el reformismo de las burocracias logra

bloquear, el socialismo llamado "real" habría sido "deformado" por dicho proceso, arrojando —entre otras— las consecuencias de una política exterior ya no confusa sino —digámoslo con claridad— absolutamente reaccionaria. Esquema jacobino-iluminista sin duda, puesto que termina por adjudicar-reconocer una preeminencia despótica y manipuladora de la dirección sobre las bases, pero que en definitiva no hace sino manifestar que ese "otro comunismo" —claramente desde la muerte de Mao y como inversión de los contenidos democráticos de la Revolución cultural— no ha podido, sabido o querido eludir la constante autoritaria de las revoluciones socialistas, que siguen produciendo sus propios estalinismos con la misma necesidad con que surgía el Cosmos del seno de las aguas caóticas, en la noche dorada de las teogonías.

Ciertamente, habrá quienes, reconociendo estos aspectos "negativos" del socialismo, argüirán que ése no era el proyecto imaginado por Marx, cosa de la que no nos cabe ninguna duda. Como tampoco de que este argumento llevado al extremo significaría que el capitalismo tendría que ser juzgado no por la explotación y miseria que objetivamente genera, sino por ejemplo únicamente a través de los esquemas políticos diseñados por Locke. Este último planteamiento ha podido así dar a luz un producto teratológico: la marxología. De ese modo, mientras el mundo amenaza con disolverse bajo sus pies, cierto marxismo se dedica con exclusividad a una lectura sacralizada que, enajenada en la letra de sus textos, se niega —como los escolásticos del siglo XVII rehusaban mirar por el telescopio galileano— a dar cuenta de una evidencia:

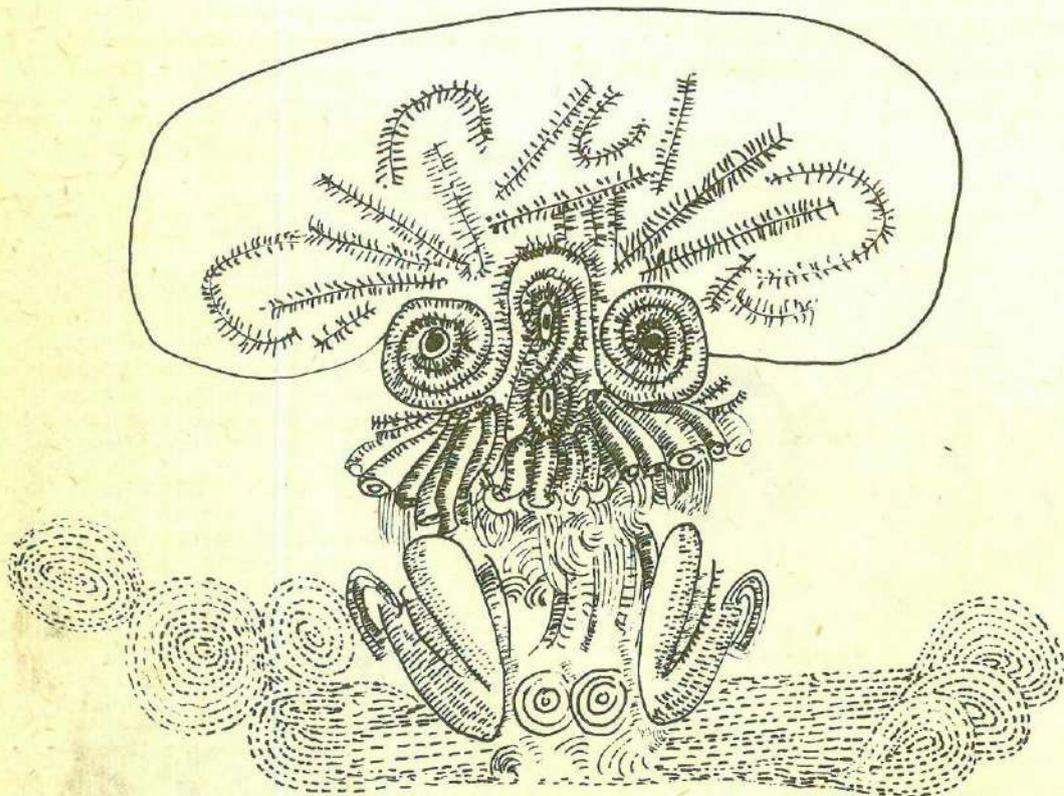
la llamada crisis del marxismo.

Hace ya más de veinte años, mediante un acercamiento correctivo, Sartre escribía que el marxismo había perdido toda noción de lo que era un hombre concreto. Lo que hoy acontece, empero, es mucho más grave. Ya no se trata sólo de que el marxismo no entienda cabalmente al capitalismo (elemento que, evidenciado desde fines del siglo pasado, tuvo que ser detonado por el revisionismo bernsteiniano), sino que el marxismo no puede explicar a esas revoluciones socialistas que se aferran tenazmente a él como al aroma ideológico que justificaría sus barbaries. En síntesis, el marxismo corre el riesgo de no poder explicarse a sí mismo.

Dentro del círculo de esta crisis, para algunos (Paramio-Reverte) el marxismo es una especie de paradigma kuhniano; para otros (Del Barco) un modo o "forma" de ser de la clase obrera. Para ambos, por ende, se trata de un dato *sustantivo*. Pero, más allá de un acuerdo fundamental (el marxismo es el análisis crítico de una formación social con vistas a su transformación), es preciso confesar que, como tal, *el marxismo no existe* si se lo toma como un sistema acabado contrapuesto al universo de discurso burgués. En este último aspecto, el marxismo es una invención de Engels y la socialdemocracia alemana —bajo la anuencia pasiva de Marx— a través de lo que Paggi ha denominado la "operación Anti-Dühring". Lo que sí existe es un pensamiento que ha desnudado esa forma básica pero no exclusiva de la opresión —la explotación— y permitido la crítica más radical producida contra la cultura capitalista. Pero un pensamiento, igualmente, cuyas variables *sistemáticas* están fuertemente comprometidas por las ideas hegelianas de totalidad y de centralidad, así como por la secuela evolucionista del progreso, dentro del cual emerge también la enorme plasticidad teórica del viejo Marx, que le permite relativizar su visión historiográfica unilineal —piénsese en sus últimos escritos sobre la comuna rural rusa—, para atender a la especificidad del desarrollo de áreas periféricas a la Europa occidental. Podrá decirse con razón que esto no compensa las serias cegueras teóricas de sus escritos sobre la India, sobre Bolívar, o sus valoraciones negativas del mundo campesino como reino de la anticivilización. Pero no estamos planteando aquí una sumatoria de responsabilidades teóricas, sino la posibilidad que se nos ocurre más productiva de seguir apoyados sobre aquel suelo teórico que, pese a todo, sigue conformando nuestro insustituible horizonte de reflexión. Esta tarea requiere entonces no apoyarse exclusivamente en el sistema sino —y quizás privilegiadamente— también en sus *puntos de fuga*, sin alucinar el momento de la totalización. Lo cual implica una elección de vastas consecuencias teóricas, que puede producir el estallido en series discursivas "horizontales" o en un "pueblo de modelos" de lo que se había imaginado como una compacta esfera parmenídea.

Pero además, y puesto que lo que se llama el marxismo ha extraído un rico potencial de su capacidad para "devenir mundo", es justo que se lo coteje con aquellas objetivaciones que se adscriben a él, pero también que —ante lo cuestionable de esos logros— nos preguntemos por las *adjetivaciones* sin las cuales el socialismo se torna una elusiva abstracción. En síntesis, que nos cuestionemos acerca de *qué socialismo* es posible imaginar como efectivamente *lo otro* del capitalismo, y no meramente como la implementación de técnicas eficaces para la consecución de la acumulación forzada dentro de un régimen de redistribución cualitativamente superior de los bienes económicos, pero que se revela incapaz de la edificación de una nueva cultura.

Si queremos *situar* este planteamiento general, debemos referirnos no a una entelequia planetaria, sino a su peculiar proceso de implantación en América Latina. Esto quizás sea prove-



choso porque —por malas que suelen resultar las analogías históricas— también nosotros estamos presenciando el reflujo de nuestra autóctona "teoría del derrumbe", que se desarrolló bajo la forma del dependientismo y cuyo discurso expresaba la incapacidad estructural del capitalismo latinoamericano para operar su propia recomposición. La actual verificación de la falsedad de esta prospectiva —con la cual la vía foquista formaría sistema— no debe hacernos olvidar que el deslumbramiento cegador de la Revolución cubana se instalaba sobre la base propicia de una tradición nacional de izquierda que piadosamente podemos caracterizar como "precaria". Ya que es preciso preguntarse a qué referentes históricos, teóricos y culturales podían acogerse los marxistas argentinos, y latinoamericanos en general, para reflexionar su propia realidad. ¿Podría acaso suponerse que estas búsquedas hallarían un marco propicio bajo la figura —que ya es todo un pecado original semántico— de la tradicionalmente llamada "cuestión nacional"? No obstante, quienes sigan el derrotero de este problema se hallarán con una asombrosa evidencia: lo que el marxismo designaba con esa rúbrica no era *aquello* que la izquierda latinoamericana requería para poder tematizar su especificidad nacional. En principio, existía una básica incompreensión política: baste recordar que en el congreso de 1907 de la II Internacional la propuesta socialcolonialista (que la línea Van Kol designaba como una "política socialista colonial positiva") fue rechazada apenas por 128 votos contra 108 y 10 abstenciones. Dentro de este contexto, el principio leninista de la autodeterminación nacional implicó un avance, pero tampoco respondió al carácter de la especificidad del fenómeno nacional, además de que esta tradición, ya relativizada en los hechos hacia principios de la década de 1920 en el propio curso de la Revolución rusa, sería cuestionada de derecho por Stalin en el XII Congreso del PCUS (1923), donde con su habitual claridad legalizaba el intervencionismo: "Conviene recordar que además del derecho de los pueblos a la autodeterminación, existe también el derecho de la clase obrera a fortalecer su poder; y aquel derecho se halla subordinado a éste."

Igualmente significativo es que —ya en el plano teórico— sólo el austromarxismo —amén de ciertas corrientes *bundistas* que empezamos a conocer— había formulado la pregunta (*¿qué es la nación?*) hasta entonces prácticamente ausente del debate marxista. Pero además de que esta corriente no llegaría a ser conocida por la literatura latinoamericana de izquierda, la misma interrogante ya se había constituido autónomamente desde mucho tiempo antes, y desde perspectivas naturalmente diferentes, en la propia cultura latinoamericana. Y es que aquí no se trataba de responder a la cuestión de cómo obtener la autodeterminación de comunidades con una larga tradición cultural que supervivían en el seno de estados multinacionales, ni tampoco de brindar alternativas de liberación nacional respecto de una opresión colonial mayoritariamente cancelada en el siglo XIX, sino de responder a la posibilidad de formación de estructuras nacionales sobre la base de realidades heterogéneas y generalmente centrífugas. Bastaría recordar las referencias bolivarianas de la "Carta de Jamaica" sobre esa "especie media entre los aborígenes y los españoles" en que se habría convertido la población americana, o las reflexiones autocríticas del Sarmiento de *Conflictos y armonía de las razas en América* ("¿Somos europeos? . . . ¿Somos indígenas? . . . ¿Mixtos? . . . ¿Somos nación?") o la denuncia de la hibridez del ser americano del Martí de *Nuestra América* para ilustrar la validez de este aserto.

Aquí no se trataba, en suma, del problema nacional, sino del problema de la nación, y la distinción dista de ser bizantina, porque la búsqueda apuntaba a la constitución de la *identidad nacional*. Los esquemas ecumenistas o la estricta dependencia de la estrategia de algún centro socialista exterior —que se ocultaba bajo el nombre de "internacionalismo proletario"— estaban absolutamente bloqueados para la percepción de este fenómeno, de ahí que el pensamiento socialista latinoamericano haya contribuido más bien a ampliar que a disolver este "punto ciego" del marxismo. Como resultado, no existió dentro del campo de la izquierda del subcontinente una reflexión acerca de la nación que pudiera ni de lejos acercarse a la asiduidad con que la abordó la intelectualidad orgánica de las clases dominantes. De este modo se autorrealizaba la profecía: la nación era un tema "burgués".

Mas si invertimos esta línea y pasamos a considerar que la nación no es el campo neutral donde se desenvuelve la furia ciega de las fuerzas económicas, repitiendo cosmopolítamente el discurso de lo Mismo sobre "accidentes nacionales" secundarios, sino que la *forma-nación* es la única manera concreta de constitución, de emergencia y de existencia de todo fenómeno económico-social, entonces tendríamos que verlas siempre con objetos *nacionalmente calificados*, en el sentido en que Otto Bauer señalaba que "en ninguna parte se da otra cultura que la nacional, y que la cultura internacional no puede ser otra cosa que la suma de los elementos comunes a diferentes culturas nacionales".

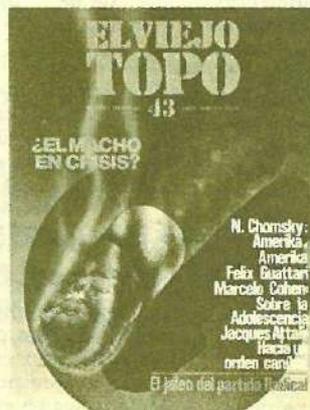
Desde esta perspectiva, en toda la tradición marxista latinoamericana, sólo el peruano Mariátegui —que en tantos aspectos es la *contracara positiva* de Aníbal Ponce— fue capaz de decir la nación. No obstante —nuevo dato significativo—, debió hacerlo a través de vías tan heteróclitas y "heterodoxas" que sería por fin condenado a la marginalidad por la Comintern, tan puntualmente representada por Codovilla en el congreso de Buenos Aires de 1929 donde fueron cuestionadas por populistas las tesis mariateguianas. Y sin embargo, aquel "populismo" mariateguiano, junto con la tematización del objeto nacional, están brindando algunos hilos conductores para una renovada reflexión acerca de *qué socialismo* somos aún capaces de sustentar. Qué socialismo, ya que este solo sustantivo afirmaría aisladamente o bien demasiado, o bien demasiado poco. Demasiado, porque implicaría adscribirse en bloque a una tradición en buena parte indefendible; demasiado poco, ya que no se definen las notas que lo califican y por tanto permitirían diferenciarlo del legado que es menester rechazar. Entonces, si hablar de "vías nacionales al socialismo" no es más que una inmensa tautología, el socialismo sólo podría concebirse como una perspectiva válida en la medida de su capacidad para fusionarse con los sujetos histórico-sociales aptos para ser portadores de un proyecto nacional. Ésta es la zona, además, donde se confundiría la pluridimensionalidad de los sujetos revolucionarios

con el rescate de los temas antiautoritarios, que a veces se designan con un término que de tan cristalino ha solido tornarse enigmático: la democracia. Si este concepto quiere pensarse más allá de su obviedad, sería preciso darle un sesgo cuya formulación preferimos extraer no de la denominada ciencia política, sino de un planteamiento casi ontológico: "Un humanismo bien ordenado —ha escrito Lévi-Strauss— no comienza por uno mismo sino que coloca el mundo antes que la vida, la vida antes que el hombre, el respeto por los demás antes que el amor propio; e incluso una permanencia de uno o dos millones de años sobre esta tierra, en vista de que de todas maneras tendrá fin, no podría servir de excusa a ninguna especie, así fuera la nuestra, para apropiársela como una cosa y comportarse hacia ella impudicamente."

Pero, concluyendo por el origen de nuestras reflexiones, lo más evidente parece ser que, apretujados ante el doble apoyo concitado por la dictadura de parte de las dos potencias dominantes en el comunismo internacional, la historia se ha empeñado en colocar a la izquierda argentina en una situación donde la profunda relativización de parámetros exteriores se ha tornado una necesidad ineludible. Ante esta retirada de los modelos sagrados que tantas veces nos fascinaron con la fuerza con que la luna atrae a las mareas, ¿qué nos queda? ¿La patria? ¿Aquella que el reaccionario Barrés concebía como la suma de la tierra más los muertos? ¿La que Proust habría identificado con la infancia? Y sin embargo, para las dos grandes potencias socialistas todo esto que se nos quiere sustraer —tierra, muertos, infancia, patria— parece configurar apenas el espacio plano para el ejercicio de la implacable lógica de un poder para el cual los intereses de nuestros pueblos resultan una anécdota deleznable. Ésta es la herencia que ya no admite legatarios, aquella a la que debemos no sólo renunciar sino también repudiar. Obstinándonos, en tanto, en seguir creyendo que las multitudes argentinas —según algunos, "alienadas" en ideologías nacional-populistas— persisten como el único horizonte posible de nuestra nacionalidad y continúan dibujando el rostro huidizo de la esperanza.

ELVIEJO TOPO

Política, Ideología, Cultura, Psicoanálisis, Feminismo, Literatura, Cine, Teoría y Ensayo.



- Hebert Marcuse, *Viejo Topo* núm. 37.
 La mujer en América, de Victoria Sau, *Viejo Topo* núm. 37.
 El intelectual como ciudadano, de C. Castoriadis, *Viejo Topo* núm. 38.
 El miedo del escritor ante la muerte, J. C. Onetti, *Viejo Topo* núm. 38.
 Marx contra Marx, Ulyses Santamaría, *Viejo Topo* núms. 39 y 40.
 Teoría del nacionalismo performativo, F. Savater, *Viejo Topo* núm. 39.
 Documentos sobre Vietnam-Camboya, *Viejo Topo* núm. 40.
 La cuestión nacional, Michaël Lowy, *Viejo Topo* núm. 41.
 Cine y pornografía, Doménec Font, *Viejo Topo* núm. 41.
 La alternativa de Rudolf Bahro, *Viejo Topo* núm. 42.
 J. Lacan: El padre severo persevera, *Viejo Topo* núm. 42.
 El macho en crisis, Dossier, *Viejo Topo* núm. 43.
 Iván Illich: Desmitificación e impertinencia, Varios, *Viejo Topo*, núm. 44.
 Balance de la década de los 70, Rossana Rossanda, Carlos M. Gutiérrez, Pep Subirós, etc., *Viejo Topo Extra* núm. 8.

SUSCRIPCIÓN AL VIEJO TOPO: Anual, vía aérea: 2.800 pesetas
 Ramblas 130, Cuarto Piso, Barcelona 2

La nueva izquierda eurocomunista

Christine Buci-Glucksmann

Conocida en América Latina sobre todo por su *Gramsci y el Estado*, publicado hace un par de años en México por Siglo XXI, Christine Buci-Glucksmann, es, sin embargo, mucho más que una exégeta del marxismo. Afiliada al partido comunista francés desde 1966, precipita su visión de una nueva política comunista en 1968 cuando participa activamente del "Mayo francés". Esa experiencia frustrada, fallida por la miopía de las direcciones políticas de izquierda, marcó a Christine como lo hizo también con toda una generación europea que trata hoy de incorporar esa herencia de 1968 a una nueva reflexión sobre la política, sobre la sociedad, sobre las formas de una transición de masas hacia el socialismo y hacia la democracia, que sepa combinar la lucha por la liberación, en el sentido marxista clásico, con un nuevo sentido de la lucha por la libertad.

Ese es el signo que ella le otorga a la vez evanescente "eurocomunismo": la posibilidad de ser una puerta hacia una tercera gran etapa del movimiento socialista —tras la II y III Internacional— que no engloba necesariamente sólo a marxistas y a europeos. Militante comunista y militante del feminismo, minoritaria en su partido, defensora encarnizada de todas las formas en que, al margen de los partidos, la sociedad se organiza y se politiza, Christine Buci-Glucksmann pasó hace un par de meses —como suele hacerlo ya habitualmente— por México. *Controversia* conversó con ella entre otras cosas a fin de tratar de extraer, para un discurso socialista latinoamericano aún en construcción, elementos de la rica experiencia contemporánea europea. Lo que sigue es el resumen de una larga charla.

J.C.P.

tean en los modelos de desarrollo de cada uno de los países que componían el idílicamente invulnerable "mundo socialista". En este sentido, lo más importante, lo más creativo es la visión policentrista propuesta por Togliatti, planteada en el famoso memorial de 1964 que iba a discutir con los dirigentes soviéticos. El punto de ruptura que coloca esta visión de Togliatti es que ya no se pueden resolver los problemas de la liberación, de la revolución, del socialismo, en el interior de la lógica de los "campos" (socialista e imperialista). Me parece que este origen puede ser un punto de partida para entender mejor al eurocomunismo como el intento de inaugurar una fase nueva en el movimiento socialista mundial. En este sentido, como una propuesta distinta para las relaciones entre fuerzas democráticas de Europa (norte) y fuerzas democráticas del capitalismo periférico (sur), el eurocomunismo no es un fenómeno eurocentrista sino que se propone como una interpretación global, compleja, de la transición hacia el socialismo en todo el mundo.

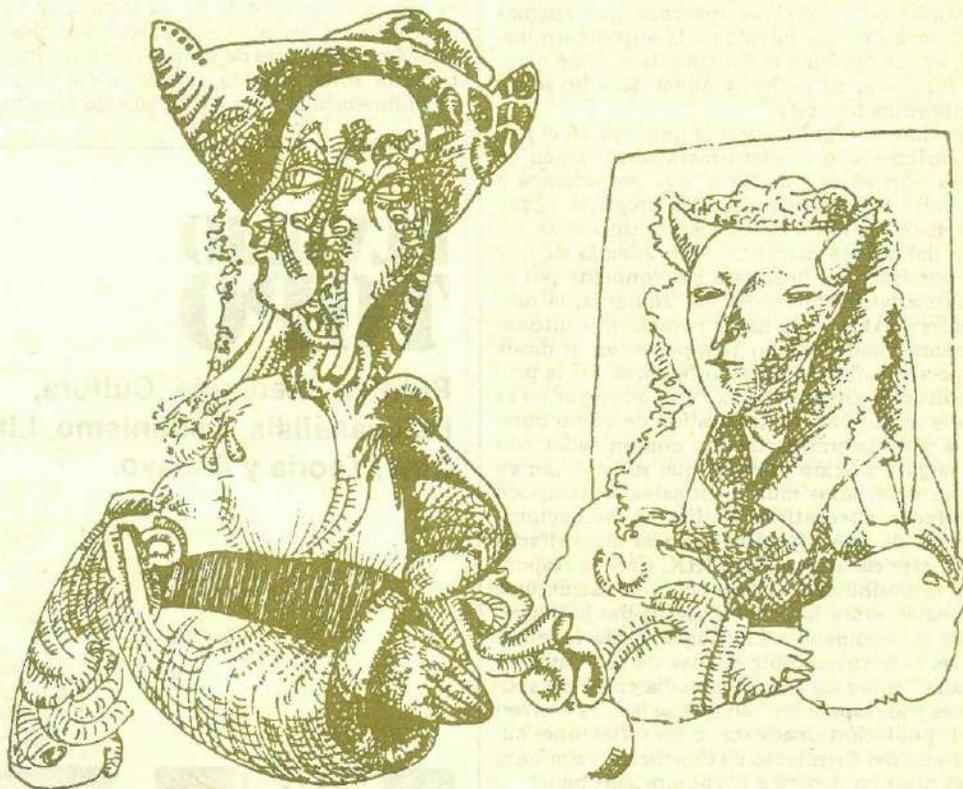
Pero, insisto, una de sus trabas es que como movimiento más o menos consolidado nació tarde: el momento más agudo para encontrar en caliente una nueva estrategia fue el viraje del 68 en los países capitalistas desarrollados, pero también en Praga.

Tres preguntas

- 1 ¿Existe realmente el "eurocomunismo"? Si es así, ¿qué lo caracteriza?
- 2 ¿Tiene sentido referirse a una derecha y a una izquierda en el interior del "eurocomunismo"?
- 3 ¿Puede hablarse ya de una crisis en el "eurocomunismo"?

1 No podría responder a esa pregunta sin partir del nacimiento del llamado eurocomunismo como un proceso contradictorio de índole histórica, ideológica y política cuyo vértice se halla entre 1975 y 1976. Comencemos por los aspectos políticos. Hay allí por lo menos tres: uno se vincula con la búsqueda de una relación más independiente en relación con la Unión Soviética y con los inicios de una cierta crítica a los rasgos autoritario-burocráticos del modelo soviético. Otro punto, ligado con el anterior, llevó a la crítica de la igualdad entre estado y partido y, por extensión, al tema de la falta de libertades civiles en los llamados "socialismos reales". Por fin, esta misma distancia crítica, que ya comenzó a advertirse en la reunión entre Carrillo, Berlinguer y Marchais celebrada en 1976 en Madrid, suponía un enfrentamiento con la tradicional posición que homologaba la perspectiva internacionalista de los partidos comunistas con la defensa obsecuente del estado soviético. Se plantea así un nuevo problema: el de la búsqueda de relaciones entre fuerzas revolucionarias no comunistas en todo el mundo y partidos comunistas europeos, reconociendo que el crecimiento de una democracia de masas o aun la misma revolución pueden darse y existir sin la dirección de partidos comunistas. Políticamente, pues, el eurocomunismo aparece no como la búsqueda de una estrategia común nueva en Europa sino como el rechazo a aspectos del modelo soviético y como el punto de convergencia entre algunos partidos que intentan desarrollar una vía democrática y plural hacia el socialismo en el cuadro de un estado parlamentario transformado con frentes democráticos amplios y con un proyecto de democracia económica desarrollada.

Esto, en lo político. En lo ideológico o teórico, el eurocomunismo pone en crisis al marxismo de la III Internacional y por eso el debate se concentra en la discusión de alguna de las tesis fundamentales de Lenin sobre el estado y sobre la revolución vista como sustitución de la dictadura burguesa por la dictadura del proletariado. En este plano, la polémica desemboca rápidamente en la investigación sobre el lugar de la democracia dentro del estatuto de la teoría política marxista.



Este es el cuadro, digamos, en lo que respecta a sus orígenes. Todavía, para responder a la pregunta sobre si existe o no, me gustaría introducir algunas observaciones.

• Una aparición tardía

El movimiento nació demasiado tarde y sobre una base —al menos en las interpretaciones dominantes, esas que tú en un diálogo preliminar has calificado como "de derecha"— demasiado estrecha, que no responde a los problemas fundamentales en cuestión desde hace 20 años.

Porque el origen histórico real del eurocomunismo es la crisis de la Internacional, del partido y del estado-guía, y por lo tanto de décadas de historia del movimiento obrero y socialista. Ejemplo: el choque entre Stalin y Tito, el conflicto chino-soviético, la advertencia de las diferenciaciones nacionales y teóricas que se plan-

El eurocomunismo de los partidos (francés, italiano, español, etc.) nació con la crítica a la intervención soviética en Checoslovaquia. Esto es, de forma insuficiente, demasiado diplomática, sostenida por una crítica que no fue radical sino que se apoyó en los aspectos más liberales de la "primavera" (que de ninguna manera subestimó) pero que no se prolongó luego, tras la invasión, en el apoyo al movimiento de los consejos y de democracia de base. Lo que se dio fue una oposición muy superficial por parte del, digamos, eurocomunismo liberal planteando la existencia de una contradicción entre una supuesta infraestructura ya socialista y una superestructura política deformada. Desde ya que una dicotomía tan simplista, que disocia de tal manera lo social de lo político, no puede sino desembocar en una pura revaluación del momento liberal de la democracia burguesa clásica: la posibilidad de efectuar una crítica radical del

problema complejo de la democracia en la transición al socialismo se desvanece. Por cierto que esta posición no fue la única: ya en el análisis del caso checoslovaco pueden advertirse las primeras diferenciaciones entre una versión de derecha y una de izquierda del eurocomunismo.

• Nuevas bases para la política

La "primavera de Praga" coincidió con la necesidad de plantear nuevas prácticas políticas y nuevas formas estratégicas en Occidente, esto es, con el "mayo francés", con el "otoño caliente" italiano, etc. Me parece que en ese entonces atravesamos una crisis de hegemonía, en el sentido gramsciano, que exigía una dialéctica nueva entre la lucha contra la explotación y las nuevas luchas contra las formas de dominación, de subalternidad fuera de la producción, protagonizadas por la juventud, las mujeres, los intelectuales, los homosexuales. Fuimos actores, en ese álgido momento, de un doble proceso: por un lado, dentro de la clase obrera, la aparición de luchas contra la división capitalista del trabajo y el desarrollo, en Italia, de formas consejistas y, en Francia, de intentos de autogestión. Por el otro, la ampliación del concepto de política y de democracia con la aparición de nuevos sujetos democráticos que rechazaban la clásica disociación capitalista entre "público" y "privado" o entre explotación en el trabajo y dominación sexista en la familia.

Este tipo de crisis podía desembocar en una dialéctica nueva entre democracia de base y democracia representativa o entre clases explotadas analizadas por el marxismo clásico y masas subalternas dependientes, resultado de nuevas formas de opresión en el capitalismo desarrollado. En suma, en la problemática de constitución de un nuevo bloque histórico que no puede ser resumido en el concepto clásico de alianzas de tipo leninista, en la medida en que, por ejemplo, la unificación entre clase obrera y mujeres no responde a los cánones de una "alianza de clases". Me parece que el eurocomunismo dominante no ha sido capaz de captar y desarrollar estos procesos, porque ha nacido sea de la reproducción de una alianza desde arriba de los partidos (la unión de las izquierdas en Francia) o como un "compromiso histórico" demasiado visto como búsqueda de coaliciones gubernamentales, tal cual sucede en Italia. En este último caso el error es más sensible, porque el partido comunista italiano tiene tras de sí toda una tradición teórica, gramsciana pero también togliattiana, que lo capacita para entender lo nuevo que viene de la sociedad civil (eso que Ingrao llama "la politización de lo social") y a pesar de ello en la práctica ha tendido a privilegiar al "partido de gobierno" por sobre el "partido de lucha" que sube desde la sociedad civil hacia el estado.

Y ahora sí podría responder sobre la existencia del eurocomunismo. Lo que en rigor existe, como cuadro complejo de problemas reales políticos y teóricos, es la necesidad de desarrollar una nueva fase en la historia mundial del movimiento de liberación y en esta dirección pueden encontrarse elementos en la política de algunos partidos comunistas europeos, sobre todo del italiano, que ha llegado a plantear en su último congreso la necesidad de entender por eurocomunismo no sólo la necesidad de la vía democrática sino el inicio de una nueva fase, un tercer camino para la transformación socialista, deslindado simultáneamente de la II y la III Internacional. Pero lo que verdaderamente no existe es un eurocomunismo estratégico, político, que esté a la altura de los problemas planteados.

2 Me parece muy importante señalar contra las interpretaciones reductivas, generalmente trotskistas al estilo Mandel, que el eurocomunismo no puede ser interpretado sólo como una desviación de derecha parlamentaria, como una práctica que concernía solamente a los partidos comunistas de Europa o, peor aún, como una fórmula ideológica extraña al marxismo. En rigor podríamos hablar de dos fórmulas eurocomunistas: una interpretación liberal dominante y otra democrática consecuente que no puede ser eurocéntrica y que se podría llamar de izquierda. Para aclarar esto me parece más útil partir de esta segunda para entender mejor las diferencias y a fin de ver también en qué medida el eurocomunismo, así entendido, podría

abarcar a fuerzas en lucha en América Latina.

• Un eurocomunismo de izquierda

¿Cuáles serían los elementos característicos de este eurocomunismo de izquierda?

En primer lugar, su dimensión internacionalista, que no se puede encerrar en las viejas fórmulas eurocéntricas de la II Internacional. Dentro de esta perspectiva entran algunos elementos importantes planteados por el partido comunista italiano, aunque poco desarrollados, como la afirmación de que el eurocomunismo debe implicar una modificación de las relaciones entre norte y sur, y en función de eso debe proponer para Europa un modelo de sociedad que no crezca sobre el productivismo, el consumismo y el tipo de acumulación desigual que crea la dependencia y la miseria en el Tercer Mundo. Se trataría de una tentativa de utilizar la actual crisis del Occidente para estructurar elementos nuevos que modifiquen las relaciones entre Occidente y Tercer Mundo.

Otro elemento es el que lleva a desarrollar

en el campo de la política internacional una nueva fase del policentrismo político, esto es, el rechazo a una visión bipolar del mundo y la aceptación de su multipolaridad, apoyando activamente a las nuevas formas de revolución democrática (Irán, Nicaragua, por ejemplo) y tratando de construir nuevas relaciones entre los países de la OPEP y el mundo capitalista desarrollado.

En este sentido, la condena de los partidos comunistas de Italia y España a la ocupación soviética de Afganistán, los desarrollos actuales de nuevas relaciones con los partidos socialistas, la visita de Berlinguer a Pekín, la negativa a participar en la reunión convocada por los comunistas polacos y franceses, colocada bajo el emblema de la bipolaridad y la guerra fría, forman parte de este marco.

• Democracia radical versus democracia liberal

En un plano más directamente político, este eu-

7 libros importantes que usted nunca verá en las listas de best sellers



- 1 Martin Carnoy y Jorge Werthein**
CUBA: cambio económico y reforma educativa (1955-1978)
- 2 F.P. Gerase y F. Mignella Calvosa**
LA NUEVA PEQUEÑA BURGUESÍA (teoría e investigación sobre una clase en transición)
- 3 Federico Fasano Mertens**
DESPUES DE LA DERROTA (un eslabón débil llamado Uruguay)
- 4 Luis Ramiro Beltrán y Elizabeth Fox**
COMUNICACIÓN DOMINADA (Estados Unidos en los medios de América Latina)
- 5 Adriana Santa Cruz y Viviana Erazo**
COMPROPOLITAN (un estudio de las revistas femeninas en América Latina)
- 6 Ángel Palerm**
MARXISMO Y ANTROPOLOGÍA
- 7 Gérard Garreau**
EL NEGOCIO DE LOS ALIMENTOS (las multinacionales de la desnutrición)



EDITORIAL NUEVA IMAGEN

SACRAMENTO 109 MÉXICO 12, D. F. TEL. 536-1015 Y 543-5642

rocomunismo de izquierda trata de apoyarse sobre la concepción gramsciana de la hegemonía como punto central que permita un modelo de democracia radical de base, y no sólo de matriz liberal. En este sentido es imposible separar el problema de las libertades, de la conquista y el desarrollo de los derechos civiles y humanos, del problema de la liberación de la explotación y de las formas de subalternidad. Para el futuro del marxismo es muy importante la articulación, teórica y práctica, entre el momento de la explotación de clase y el momento más general de la opresión. Ambos son claves para una revolución democrática de masas, expansiva y no pasiva. El presupuesto de todo esto es el desarrollo de nuevas formas de la política que pueden poner en crisis al burocratismo y al jacobinismo de los partidos, así como brindar soportes para una crítica de los países poscapitalistas, de los "socialismos reales", que han reproducido una opresión general por el estado cuyo origen es el mantenimiento de los patrones básicos de la división capitalista del trabajo.

Teóricamente el eurocomunismo liberal en cambio, se nutre de análisis que vienen de Kautsky o de Bernstein para utilizarlos como alternativas a las tesis abandonadas del leninismo. Un problema central, sin embargo, y que suele no advertirse, es que existen muchísimos puntos de contacto entre la tradición histórica de la II Internacional y algunos aspectos del pensamiento de Lenin y sobre todo de la práctica del estalinismo: por ejemplo, la reducción de la democracia a una forma estatal (sea burguesa o proletaria) o la presencia de una concepción instrumentalista del estado reduciéndolo sea a la calidad de instrumento neutro, por encima de las clases — como lo hizo la socialdemocracia clásica—, sea a la condición de un aparato coercitivo sin ninguna autonomía frente a una clase dominante que lo manejaría a su voluntad. Otra relación es la que se refiere a la división de tareas que se postula entre economía y política (sindicato versus partido), que excluye la politización de lo social y bloquea el análisis de todas las nuevas contradicciones generadas por el desarrollo de la sociedad.

• Otra herencia teórica

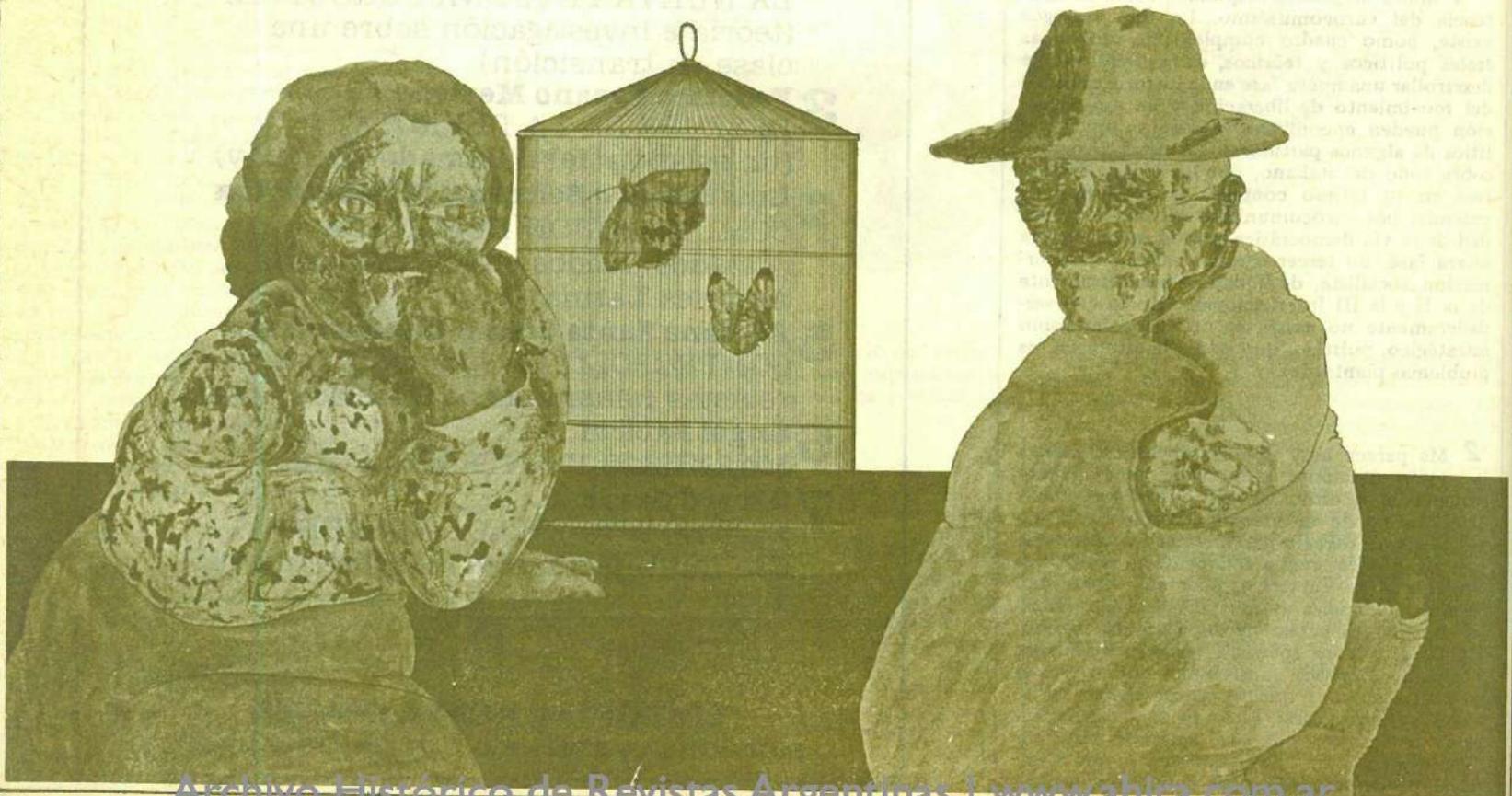
Por el contrario, pienso que el eurocomunismo tiene que avanzar de manera crítica y productiva más allá de esta doble tradición, reivindicando (como todo un sector ya lo está haciendo) una herencia teórica que pasa por la obra de Rosa Luxemburg, por la reelaboración de la teoría política gramsciana y también por una lectura crítica del "austromarxismo." Es imprescindible una "revolución copernicana" en el interior de la teoría marxista para poder fundar los nuevos problemas de las salidas a las dictaduras militares, o para analizar todas las formas de reformismo de estado, como las socialdemócratas y populistas, en fin, los diferentes procesos de "revolución pasiva". El problema fundamental del marxismo hoy es el de la organización de las masas, en un momento en que el capitalismo no se enfrenta con ellas sólo mediante su desorganización sino a través de intentos de organización corporativa.

Creo que estas posiciones de un eurocomunismo de izquierda se expresan en un ala del comunismo italiano (Ingrao, Vacca, De Giovanni, Marramao, etc.), en algunos aspectos de la obra de Claudin, en los últimos libros de Poulantzas. Pero me parece también que la frontera de este eurocomunismo de izquierda no está dentro de los partidos comunistas sino que alcanza a todos los demócratas revolucionarios que buscan una nueva estrategia de masas nacional y popular en otros puntos del mundo. El eurocomunismo, tal como lo concibo, no es una frontera que termina en Europa sino una puerta de entrada para la reformulación crítica de la transición, y está abierta para todos los esfuerzos, aunque no sean marxistas en sentido estricto, que buscan desarrollar nuevos caminos de liberación social y política.

3 Claro que hay una crisis profunda del eurocomunismo "real" tal como ha nacido, porque no existe un proyecto común ni siquiera a nivel europeo de luchas políticas, de luchas con-

tra las transnacionales y tampoco existe (por ejemplo entre el partido comunista italiano y el partido comunista francés) una visión común de la crisis mundial. Sobre la crisis incide también el hecho de que la izquierda se encuentra en una fase más defensiva que ofensiva y de que vivimos una situación de contraataque muy fuerte por parte del capitalismo expresada en un abandono del *welfare state* y en una crisis de la socialdemocracia clásica y de sus estrategias keynesianas que ha llevado al desarrollo de formas políticas liberal-conservadoras, como se nota claramente en Francia y en Gran Bretaña. Pero en esta crisis y frente a los actualizados riesgos de guerra, se ha producido también un desplazamiento —por lo menos del "italocomunismo"— hacia nuevas formas de alianza con los partidos socialistas europeos, que amplían grandemente el arco de las posibles políticas de ofensiva popular y que quizás eviten recaer en los trágicos errores cometidos por la III Internacional en la década del 30, cuando por calificar a la socialdemocracia como enemigo principal contribuyó a desarmar la resistencia obrera y popular contra los fascismos. Es claro que concomitante con este desplazamiento, que acentúa el elemento internacional del eurocomunismo, hay que destacar también la existencia de corrientes dentro de la socialdemocracia que presionan por una cierta evolución de los planteos clásicos, de derecha, de la II Internacional, lo que se ve con claridad en su política hacia América Latina: apoyo a las fuerzas revolucionarias de Nicaragua y El Salvador; actitud de enfrentamiento con las dictaduras militares del sur.

Lamentablemente en mi país, y especialmente después de la invasión soviética a Afganistán, el partido comunista, en lugar de seguir la evolución de sus similares de Italia y España, ha retrocedido, glorificando la presencia de las tropas soviéticas. Yo estoy en desacuerdo total con esa posición que me parece la consecuencia, en el plano internacional, de la lógica de división y de ruptura de la unión de las izquierdas operada por la dirección del PCF como una resurrección fatal de la política "cominterniana" frente a la crisis de los 30. •



Mujer y partido

María Caldelari, Marie Claire Delgueil, Miriam Morales

Mujer y militancia

Cuando una mujer toma la decisión de militar en un partido político, diferentes factores entran en juego, cuya alquimia parecería ser, sino más compleja, por lo menos diferente a la que preside el camino masculino.

Un hombre define sus luchas en términos de opresión de clase, y de la opresión del hombre por el hombre: las cosas están claras y no hay por donde perderse. Podrá haber divergencias ideológicas, problemas de prioridades, un mayor o menor componente emocional pero en lo global hay coherencia.

Pero ¿qué busca la mujer en sus luchas?, ¿cómo las define? Desde luego el problema de la lucha de clases entra en juego; pero también están presentes, explícita o implícitamente formuladas, las reivindicaciones comunes a nuestro sexo, las cuales, más allá de las "Luchas" (con mayúscula), pasan por las luchas al nivel de la vida cotidiana, por la liberación frente a la opresión de algunas tareas agobiadoras, por la posibilidad de expresarnos y expresar nuestras reivindicaciones, nuestros proyectos y deseos, de igual a igual con los compañeros de lucha, o más bien de acceder a la igualdad a partir de nuestras diferencias.

Las mujeres que militamos o hemos militado en partidos de izquierda encontramos en nuestra práctica dificultades específicas, cuya raíz está, al parecer, en acceder a un partido que no está pensado para darnos un espacio propio.

Existe un "mundo" partidario que en su discurso nos invita a "apoyar", a "acompañar", pero no a ser protagonistas integrales en el proceso revolucionario. "La resistencia luchó para abrir de par en par esta puerta. Antes no habíamos tenido jamás —y lo recordaba ya hace 20 años el camarada Togliatti en la primera conferencia nacional de las mujeres comunistas— un momento de la historia italiana que considerase a la mujer sujeto activo, intérprete de un gran movimiento popular. Ha sido la resistencia la que operó este cambio, cuando el pueblo humilde y generoso empuñó las armas para conquistar la libertad y las mujeres estuvieron al lado de los hombres."¹

El pensar el ingreso de la mujer a la lucha política como acompañante es relegarla ni más ni menos al papel tradicional —es necesario decirlo: esposa y madre—, lo que lleva implícito la reproducción de la ideología dominante en el interior de los partidos. Se deja la crítica para los "grandes problemas", para la sociedad como ente abstracto y por esta línea lo cotidiano no es considerado como problema político.

Este es, a nuestro juicio, un límite para la racionalidad revolucionaria de los partidos de izquierda: el no reconocer como problemática de partido la organización familiar y el papel atribuido a la mujer, o sea la organización de la cotidianeidad como mecanismo de reproducción del poder social y de ideologización de la dominación.

Apoyar la lucha de sus hombres ha sido, en general, la puerta por la que han ingresado a los partidos la gran mayoría de las mujeres de obreros y campesinos. En la historia del movimiento obrero hay múltiples ejemplos de la participación de las mujeres en tanto esposas y madres; las ollas comunes, las huelgas de hambre, las marchas de apoyo, son luchas importantes que han significado la politización de un sector de amas de casa quienes han reconocido, desde sus propias actividades, que participan de la opresión de sus hombres. El hecho de que estas participaciones esporádicas alcancen en algunos casos una expresión orgánica (por ejemplo las amas de casa de Siglo XX, en Bolivia; las mujeres de la Tendencia Democrática, en México, etc.) tienen relevancia en tanto nuevas formas de organización en las luchas del movimiento obrero, y en tanto el enfrentamiento colectivo del cómo "parar la olla", del cómo "negar la guerra

los frijoles" se transforma en un problema de eventual solución colectiva, dejando de ser ya problema de la pareja.

Desde dónde vamos a hablar

Hablamos desde el lugar de la opresión, denominador común de la lucha de la mujer, pese a las diferencias de clase. Las mujeres no somos todas iguales, es importante señalarlo, y por tanto lo que decimos es una reflexión a partir de nuestra experiencia, experiencia marcada por nuestra pertenencia de clase (ni campesina, ni proletaria) y por nuestro lugar en la división social del trabajo; con esta relativización sólo pretendemos situar nuestro discurso frente a una opresión que se manifiesta a través de diferentes mecanismos para cada sector social.

Pero es este denominador común, la opresión, el que nos permite hablar del problema de la mujer con cierta generalidad pese a las diferencias de clase; esta opresión que se manifiesta claramente en el ámbito familiar por el lugar que le ha correspondido a la mujer en la división social del trabajo: "el ama de casa es la figura central de este papel femenino. Partimos del supuesto de que todas las mujeres son amas de casa; incluso las que trabajan fuera de la casa continúan siéndolo. Es decir, a nivel mundial, es precisamente el carácter específico del trabajo doméstico —no sólo en número de horas y naturaleza del trabajo sino como calidad de vida y calidad de las relaciones que genera— el que determina el lugar de una mujer donde quiera que esté y cualquiera sea la clase a que pertenezca. Nos concentraremos en la posición de la mujer de la clase obrera [...] para confirmar que el papel de ama de casa de clase obrera, el cual creemos que ha sido indispensable para la producción capitalista, es el determinante para la posición de todas las demás mujeres."²

Para nosotras entrar a militar era acceder al mundo de los hombres, alcanzar la igualdad con el varón; la determinación estaba dada por nuestra condición de estudiantes y/o profesionales. Esta circunstancia nos permitía —creíamos— la igualdad; por tanto el problema de la mujer no era sentido como nuestro problema. La falta de participación, la rutina doméstica, la dependencia económica, el aislamiento, la despolitización eran asunto de otras; nosotras nos habíamos salvado al acceder, por la puerta de la militancia, al mundo de los hombres.

Pero este "triunfo" conformaba, internamente, para cada una de nosotras una situación conflictiva. De algún modo estábamos aprisionadas en la tradición, según la cual la mujer se valora como tal y accede a un estatus específico sólo a través del papel señalado por la sociedad: esposa y madre con sus correspondientes virtudes: abnegación, sacrificio, renuncia, entrega al marido y los hijos. Por otra parte, alcanzar la igualdad con el varón tenía (¿tiene?) su precio, había que hacerse hombre, pues todavía no habíamos pensado en la doble reivindicación de igualdad a partir de la diferencia. Nuestras alternativas no eran muchas: o peleábamos por estar incorporadas al mundo, al único mundo posible, al del paradigma del ser, el del varón, o asumíamos el destino de la mujer esposa y madre, destino marcado por una identidad femenina definida como negación de los atributos masculinos, donde el hombre resulta modelo y obliga-



do referente. Así, sólo transgredíamos la ley, es decir no cumplíamos con una norma que, de alguna manera, aceptábamos sin cuestionamiento. No planteábamos un nuevo ser mujer y así no incorporábamos al partido u organización, al cual pertenecíamos, nuestras propias reivindicaciones desde una visión crítica de la situación de la mujer, siendo cómplices de la reproducción de la ideología dominante en el interior del partido.

El embarazo: campanazo de la realidad

Es evidente que, pese a nuestra "aparente" igualdad, a nuestro mimetismo casi perfecto, seguimos siendo mujeres como nuestras compañeras oprimidas y despolitizadas. Lo vivimos con intensidad, y a veces con asombro, en el momento de la maternidad, tiempo en el cual, cualquiera sea su extracción de clase la mujer es nivelada, borrándose todos aquellos aparentes logros que nos permitían creer que teníamos un lugar en la sistematicidad coherente del discurso masculino.

Esperar un niño puede ser vivido con alegría y plenitud, pero eso no impide que una mujer embarazada se vea "relegada" en los partidos a tareas "femeninas". El triunfo aparente de la mujer militante de las organizaciones de izquierda del cono sur se derrumbaba en ese momento:

"Yo era una buena agitadora y dirigente de mi partido. Cuando estaba esperando a Manuel me asignaron la tarea de escribir a máquina algunos documentos; en el fondo era como si quisieran deshacerse de mí, olvidarme hasta que volviera a ser útil."

Pareciera que una mujer encinta, que reinvidica seguir expresándose en el ámbito público (profesional y/o políticamente) desordena y desajusta a los que la rodean y al orden establecido, lo que suele ser vivido con angustia y culpa... pero también con rabia. "Sabía que algunas mujeres se sienten mal cuando esperan un bebé; lo que no sabía era que estar embarazada implica estar socialmente enferma."

El período de gestación suele ser para la mujer un momento de mucha contradicción entre la vivencia de su propia creatividad, del valor de su femineidad, así como del rechazo del ambiente que la rodea para aceptar que puede expresarse en el doble registro: papel público-maternidad.

Es como si, en el preciso momento en que la mujer se siente más fuerte y probablemente más invulnerable, debe mostrarse más dependiente y sometida al discurso dominante y al papel impuesto por la sociedad patriarcal, negando con vehemencia este sentimiento de su potencialidad en la medida en que es más visible y probablemente más amenazante.

Es ahí, en este doble registro maternidad-inserción en el ámbito público, donde pareciera darse con mayor intensidad y dificultad esta necesidad, a menudo oculta y generalmente no formulada, de lo que Luce Irigaray llama la "reivindicación doble" de igualdad y diferencia con el hombre y de nuestra dificultad en articular esta doble demanda.

Mujer y partido

En la medida que el partido es digámoslo así, de hombres, la crítica a la ideología dominante en relación al papel asignado a la mujer coloca a la militancia en otro ámbito; la traslada de lo "objetivo": la lucha de clases, la destrucción del capitalismo, etc., a un nivel donde también se pone en juego la subjetividad como elemento constitutivo de la realidad. De tal manera resulta el cuestionamiento de nuestra posición en la sociedad una amenaza al orden cotidiano que afecta, también, lo subjetivo. Esto nos ayuda a explicar el por qué de la negación, de la ceguera a la necesaria crítica de los papeles que nos han sido asignados por el sistema.

La lucha es nuestra en todos los ámbitos, pero no es una lucha aislada, al margen o en oposición al varón; tampoco se plantea como lucha política, y en tanto tarea de democratización de la sociedad y cuestionamiento de una ideología (que se cuele al interior de los partidos de izquierda) que hace a la reproducción del sistema es también responsabilidad de los partidos y sus militantes.

1 Luigi Longo, "Prólogo" en, Palmiro Togliatti, *La emancipación femenina*, Madrid, Akal.

2 María Rosa Dalla Costa, *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*, México, Siglo XXI, 1977.

BLOQUES Y ESTRATEGIAS

Entre los cereales y la política

Ricardo Nudelman

"Un nuevo Yalta es inevitable, está próximo, y hay que prevenir un acuerdo entre las superpotencias que será en detrimento de Europa y el Tercer Mundo"

Jean Daniel, *Nozvelle Observateur*.

Si tuviera que resumir la evolución de la situación internacional de los últimos 20 años, podría afirmar que en ese resumen existen dos líneas fundamentales: un marcado expansionismo soviético y una paralela retirada norteamericana. Obviamente, esta ecuación no es así de simple. La retirada norteamericana no se realiza por su buena voluntad sino como consecuencia de la expansión soviética; por otra parte, el debilitamiento de la tradicional superioridad estadounidense se complementa, acrecentándose en ciertos momentos, con un endurecimiento de su política hacia la URSS. A su vez, la Unión Soviética, a pesar de los inmensos avances logrados en ese período, mantiene todavía una serie de dificultades, la mayoría centrada en su desarrollo económico y, en especial, en su sector agrario.

La propuesta norteamericana de un boicot cerealero a la URSS, utilizando como excusa la invasión soviética al territorio de Afganistán, forma parte, entonces, de una política global de enfrentamiento a la expansión de la otra superpotencia.

Las alternativas estratégicas que podemos vislumbrar son: la guerra o un nuevo Yalta, un nuevo reparto del mundo en zonas de influencia en donde cada una de las superpotencias tratará de lograr mejores posiciones en Europa y el Tercer Mundo, y para ello, lógicamente, y hasta que llegue ese momento, tratará de obtener ventajas militares, políticas y económicas sobre su rival.

Teniendo en cuenta estas afirmaciones, vea-

mos ahora cómo la dictadura militar intenta colocar a Argentina frente a este conflicto: con la certeza de la agudización del conflicto, Argentina tratará de sustituir a los EEUU, sino como el principal, por lo menos como un importante abastecedor de alimentos para la URSS. Argentina no puede soñar con cubrir el déficit anual de 40 millones de toneladas de cereales que registra la tullida economía soviética. A lo sumo, podría creerse en la existencia de un acuerdo para proveerla de 5 millones de toneladas de cereal (véase *Latin American Regional Reports*, 13-5-1980) por año, con la posibilidad de incrementar paulatinamente estas cifras. Por cierto (no habremos de insistir por ahora en el punto, mencionado en nuestros artículos anteriores), las exportaciones argentinas a la URSS han aumentado notablemente, hasta alcanzar el 50% de las ventas de granos (*Clarín*, 14-5-1980). Las perspectivas del incremento comercial han ayudado a negociar otras áreas: el acuerdo nuclear con la URSS para la provisión de uranio (*La Opinión*, 31-3-1980), el interés soviético en participar ahora en las obras de Yaciretá, aparte de las del Paraná medio, la posibilidad de investigar conjuntamente los recursos pesqueros del país (*La Nación*, 19-3-1980), los contratos para la provisión de trolebuses para la ciudad de Rosario, etcétera.

A todo esto, la inquietud de los Estados Unidos ha comenzado a manifestarse. La temeraria afirmación del *Washington Post* (29-5-1980) de que "la administración Carter está sumamente preocupada por el creciente acercamiento entre Argentina y la Unión Soviética", y que "estaría dispuesta incluso a olvidarse de la cuestión de los derechos humanos y volver a vender armamento a Buenos Aires", pareció confirmarse con los rumores de la renuncia de la subsecretaria para los Derechos Humanos del Departamen-

to de Estado, Patricia Derian, que tuvieron que ser desmentidos por el vocero presidencial. La ofensiva diplomática desatada por los norteamericanos para volver la oveja al redil no pareció tener demasiado éxito, pese a las declaraciones hechas por los gestores de turno. El vicesecretario de Comercio, Luther Hodges, que visitara nuestro país recientemente, declaró que en los EEUU "existe una nueva visión" de las relaciones con Argentina, y que "se ha llegado a esa conclusión ante la fuerza y la importancia que tiene su economía en el mundo" (*La Nación*, 22-3-1980). Es decir, que las razones que modificaron la visión norteamericana sobre los derechos humanos pesaron 4.5 millones de toneladas de cereales que viajaron de la pampa a la URSS.

El segundo cliente en importancia de Argentina es Brasil. Luego de la visita del presidente Figueiredo parece abrirse una etapa en la que ambos países para aprovechar la situación mundial, lo que supondría el abandono de cualquier aspiración de liderazgo regional por parte de cualquiera en detrimento del otro, lo que había sido norma de ambas cancillerías para el trazado de sus políticas desde la más remota historia. Si estos acuerdos lograran prosperar, podría sí conformarse un bloque de gran peso regional y de importancia estratégica significativa. En ese balanceo ventajoso, entre las contradicciones de USA y URSS, Argentina ubicó también a China, nuestro tercer cliente en el comercio exterior. El viaje de Videla, que a nuestro entender confirma su propia declaración de ser estrictamente político, y señaló, una vez más, que si Argentina resistió las presiones norteamericanas por el estrechamiento de sus lazos con la URSS, éstas no habrían de menoscabarse con cualquier declaración antisoviética que le propusieran los chinos. Con firmeza, y aún tragándose la frialdad china de los últimos días de la visita, Videla mantuvo su postura de no lastimar las excelentes perspectivas que hemos delineado.

Este es el panorama en el que, creemos, se inscribe la posición de la dictadura militar argentina frente al conflicto internacional. Pensamos que la reproducción del artículo "La estrategia mundial de la tensión", de Claudio Cesaretti y Cesare Donhauser, y que tomamos de la revista española *Transición*, núm. 18, de marzo de 1980, puede servir para ilustrar lo esbozado más arriba.

La estrategia mundial de la tensión

Claudio M. Cesaretti, Cesare Donhauser

Los años 80 parecen iniciarse bajo nefastos auspicios. El equilibrio entre las dos superpotencias, en crisis desde hace tiempo, no acaba de hallar vías de recomposición. El proceso de distensión, que había alcanzado su más alto nivel con los acuerdos de Viena entre Carter y Breznev a finales de 1978, entró en crisis a raíz del conflicto entre China y Vietnam y, sobre todo, de la evolución desfavorable para los Estados Unidos de la situación iraní. La pérdida de Irán como eslabón clave en la situación de Oriente Medio, así como el relanzamiento de la guerra del petróleo y del oro afectan a los intereses del imperialismo americano tanto en el plano diplomático como en el económico.

El retraso del Congreso estadounidense en aprobar el tratado *Salt-2*, sobre limitación de armamentos estratégicos, debido en parte a las presiones ejercidas por la poderosa industria bélica norteamericana de cara a imponer la instalación de los misiles Pershing y Cruise en Europa, por un lado y las dificultades internas de la URSS, por otro, alimentan conjuntamente el expansionismo soviético.

La invasión militar del Afganistán, con el empleo directo del ejército, supone un giro significativo en

la política de la URSS. Giro que facilita a los USA la justificación para bloquear formalmente la aprobación del tratado *Salt-2*.

De todos modos, las medidas realmente importantes adoptadas por Estados Unidos contra la Unión Soviética son otras: entre ellas, el chantaje alimenticio es la más grave.

La escena internacional se "enriquece" con un nuevo y peligrosísimo elemento de tensión. El desenlace de lo que la prensa ha dado en llamar la "guerra de los cereales" aparece incierto. Los análisis de los expertos no ayudan gran cosa a vislumbrar el futuro próximo. Por lo demás, resulta arriesgado adelantar hipótesis: la manipulación política explícita del comercio de productos como los cereales puede alterar demasiados elementos del frágil equilibrio mundial.

Baste considerar que alrededor de una cuarta parte del total de exportaciones mundiales de productos agroalimentarios está constituida por cereales. Estados Unidos detenta entre un 50 % y un 60 % de ese comercio.

La Unión Soviética, por el contrario, es un importador neto de cereales. Las dificultades de la planificación y la acumulación de errores han hecho de la agricultura uno

de los elementos más débiles de la estructura productiva soviética. Si se exceptúan algunos años especialmente favorables, como 1977, la producción soviética es constantemente deficitaria y obliga a efectuar importantes compras en el exterior.

Estados Unidos, pese a ser los principales proveedores mundiales de todos los cereales, ejercen un control desigual sobre el mercado de los diversos productos. En el caso del trigo las exportaciones cubren casi el 40 % del total. En este sector son también relevantes las exportaciones de Canadá, Argentina y Australia.

En el caso del maíz, en cambio, Estados Unidos detentan una posición de monopolio absoluto. En las economías desarrolladas ese producto ha llegado a ser esencial para la alimentación del ganado. También en el caso de la soja, otro importante alimento animal, Estados Unidos controlan todas las exportaciones.

La posibilidad de utilizar con fines políticos el comercio de cereales va, pues, ligada en el caso del trigo a la capacidad de USA de establecer un frente común con los demás países exportadores. De hecho, las importaciones soviéticas están diversificadas, si bien Estados Unidos son el principal proveedor. Só-

lo en el supuesto de un embargo total se encontraría la URSS en dificultades.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la realización de ese supuesto provocaría un derrumbe de los precios que perjudicaría sobre todo a los demás países exportadores. Así pues, a menos que Estados Unidos ejerciese un chantaje económico por otras vías sobre estos países, es evidente que éstos resultarían altamente beneficiados de sustituir a los norteamericanos como principales proveedores de trigo a la Unión Soviética. No es casual que hasta ahora sólo la Comunidad Económica Europea haya aceptado la invitación norteamericana para suspender los suministros a la URSS. La decisión tiene un valor político estrictamente formal: de hecho, la CEE exporta muy poco cereal hacia la URSS, mientras que es la principal compradora de maíz y soja de origen estadounidense.

Es asimismo evidente que las repercusiones internas serían también graves para los Estados Unidos. La agricultura norteamericana padece una sobreproducción crónica que no puede ser reabsorbida más que recortando fuertemente las rentas de los granjeros o bien sosteniéndola con costos financieros elevados, cada vez más difíciles de soportar en estos tiempos de crisis económica. Los acontecimientos de estos días parecen mostrar que resulta difícil efectuar maniobras internas de contención del descontento de los pequeños productores agrarios.

Y difícil resulta valorar la actitud de las cinco multinacionales que controlan el mercado cerealístico norteamericano y de cuya po-

lítica ha dependido hasta ahora el precio de estos productos.

En el caso del maíz, la posición de monopolio de que gozan los Estados Unidos los desvincula de las decisiones de otros países. Para la URSS, la amenaza de embargo es mayormente temible si se tiene en cuenta su fuerte dependencia con respecto a las importaciones. Para el maíz, el déficit productivo de la URSS representa más de un tercio de las necesidades, mientras que en el conjunto de la producción de cereales el déficit no sobrepasa el 10-15 %. Añádase a ello que los perjuicios derivados de la reducción de abastecimiento de maíz no se limitarían a una contracción, importante de por sí, de la producción cárnica y láctea, sino que obligaría a una desmovilización del patrimonio zootécnico con efectos imprevisibles sobre la propia estructura productiva y social de la agricultura soviética y del conjunto de la economía soviética.

El arma de que disponen los Estados Unidos es, pues, realmente poderosa. Se trata, sin embargo, de un arma de doble filo. Es decir, su utilización implicaría perjuicios también para los Estados Unidos, de una amplitud tal vez mayor de cuanto se imagina.

No se trata sólo de una reducción de las entradas de oro, medio a través del que la Unión Soviética salda sus transacciones comerciales, y por tanto de una agravación de los problemas de la balanza de pagos, sino de las repercusiones que puede tener la pérdida del consenso político entre las capas de agricultores afectados por las medidas adoptadas y por el posible desencadenamiento de una conflictividad entre el gobierno federal y los potentados que dominan el sector agroalimentario.

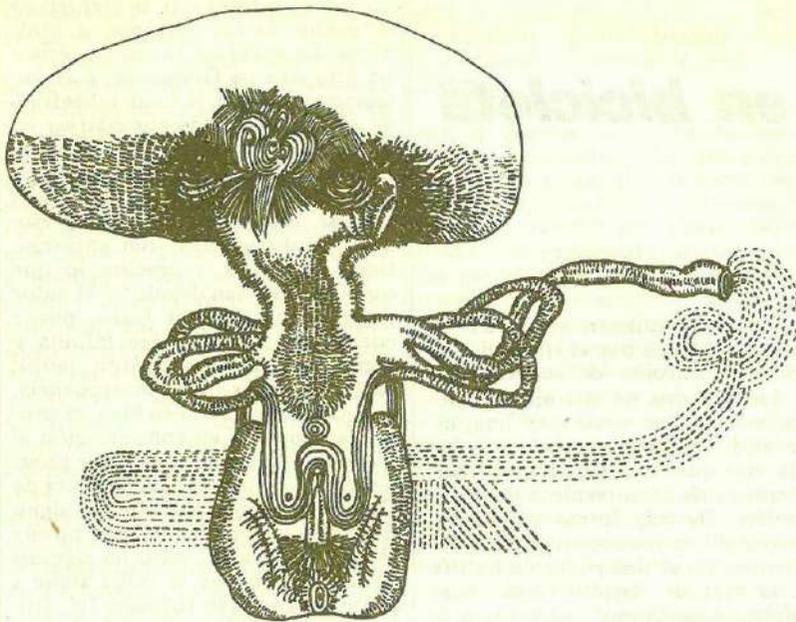
No hay que infravalorar el hecho de que este último esté netamente controlado por unas pocas multinacionales. Para que el embargo funcione es preciso que el gobierno haga coincidir sus propios intereses estratégicos con los de los monopolios agroalimentarios, cosa que en el pasado no siempre ha resultado fácil de conseguir, verificándose más bien lo contrario.

Frente a un embargo total de cereales forrajeros, es bastante probable por un lado que la URSS recurra a mayores compras de trigo para destinarlo a la alimentación del ganado y, por otro, que en el futuro próximo otros países, y en primer término Argentina, sustituyan a los Estados Unidos como principales proveedores de la Unión Soviética.

En este caso, las repercusiones que sufriría el comercio hacia los países subdesarrollados, especialmente necesitados de ayudas alimenticias, serían gravísimas para los equilibrios internacionales.

Las diferentes conjeturas que se pueden hacer sobre los efectos del embargo norteamericano, si bien hacen más incierto el futuro, sugieren de todos modos que el chantaje alimenticio estadounidense es menos temible para la URSS que lo que a primera vista parece. Más allá de unas u otras hipótesis sobre el futuro del comercio agroalimentario mundial, las consideraciones que se imponen son de otra naturaleza.

En la estrategia imperialista norteamericana el arma alimenticia ha sido siempre ampliamente usada. De hecho, ha constituido un instrumento esencial de la penetración neocolonial. Ahora bien, ha sido un arma usada siempre con discreción, como cualquier arma de la que se conoce su naturaleza mortífera. Por otra



parte, la agricultura norteamericana es, como se ha dicho, estructuralmente excedentaria, por lo que en fases de desarrollo sostenido la opción entre deprimir la producción o usar el excedente como medio para afirmar la propia hegemonía

no ha ofrecido discusión.

A lo largo de los años 50 y 60, los excedentes agrarios han sido empleados en una política amplia y capilar de ayudas alimenticias. Detrás de esa fórmula humanitaria lo que en realidad se ocultaba era una operación



EDITORIAL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

COLECCION FILOSOFICA

El marxismo y Hegel, Lucio Colletti y Valentino Gerratana.

El marxismo y la crisis del estado, Nicos Poulantzas, Jean-Marie Vincent, Joachim Hirsh, Suzann de Brunhoff y Christine Buci-Glucksmann.

Esencia y apariencia en El capital, Oscar del Barco.

La dialéctica revolucionaria, G. Della Volpe, H. Cerroni, L. Colletti, C. Luporini, N. Badaloni, E. Paci, L. Gruppi, A. Natta, B. de Giovanni.

¿Existe una teoría marxista del estado?, Norberto Bobbio, Humberto Cerroni, Giuseppe Vacca, Valentino Gerratana, Archille Occhetto, Pietro Ingrao.

El problema del estado y la dictadura del proletariado, Nicos Poulantzas, Etienne Balibar, Luciano Gruppi, David Kaisergruber, Georges Labica, Christine Buci-Glucksmann.

El pensamiento revolucionario de Gramsci, Eric Hobsbawm, Cerroni, Lucio Magri, Mich. Notarianni, Rossanna Rossanda, Massimo Salvadori y Lucio Colletti.

Teoría marxista de la revolución proletaria, Robin Blackburn, Darío Lanzardo.

Acerca de la naturaleza social de la Unión Soviética, Paul Sweezy, A. Gunder Frank, Ernest Mandel, R. Miliband, Ludolfo Paramio, Bernard Chavance, Enrique Gomáriz.

La crisis del marxismo, Louis Althusser, Lucio Colletti, Christine Buci-Glucksmann, Fernando Claudín, Ludolfo Paramio, Jorge Reverte.

Movimientos populares y alternativas de poder en Latinoamérica, Enzo Falletto, Carlos Franco, Sergio de la Peña, Teresa Lozada, Carlos Perzabal, Américo Saldívar, Adolfo Gilly, Herbert Souza, Ludolfo Paramio, Jorge Reverte, Norberto Lechner, Héctor Bruno, Oscar del Barco.

Esbozo de una crítica a la teoría y práctica leninistas, Oscar del Barco.

de penetración comercial y tecnológica que, a través de la financiación de la reforma agraria y de la llamada "revolución verde", sentaba las bases para un reforzamiento de las burguesías nacionales y de un desarrollo dependiente de la agricultura como premisas para la ampliación de los mercados industriales.

Baste pensar en el papel cumplido por las políticas de ayuda alimenticia (plan Marshall) en el marco de los mismos procesos políticos que redefinieron el orden europeo en la inmediata posguerra y que orientaron los desarrollos económicos nacionales y el sistema de alianzas militares. A esta estrategia ha correspondido una política de precios de los cereales relativamente bajos, de modo que se asegurase la dependencia con respecto a los mercados norteamericanos pero sin impedir la puesta en marcha de reformas agrarias que facilitasen los procesos de desarrollo industrial.

La progresiva debilitación de la hegemonía económica norteamericana —parcialmente ligada a las derrotas del imperialismo en el plano militar (guerra del Vietnam)— y las subsiguientes tensiones en el mercado mundial debidas, por un lado, al ascenso de las economías alemana y japonesa y por otra, al fracaso de las reformas agrarias y de la "revolución verde" en los países subdesarrollados, ha determinado que a principios de los años 70 los Estados Unidos hayan efectuado una profunda revisión de su política comercial agrícola.

La maniobra de los precios del petróleo, facilitada por la convergencia objetiva de los intereses de Washington, de las multinacionales y de los países árabes —y destinada a reducir la agresividad económica de Alemania y de Japón— constituye la premisa de esa revisión.

El aumento de los precios del oro negro, encaminado a hacer competitivas las fuentes energéticas internas y las tecnologías alternativas, crea problemas a la balanza de pagos estadounidense. Los excedentes cerealísticos y de otros productos alimenticios se convierte en el arma por excelencia para equilibrar las cuentas con el exterior y para reafirmar una hegemonía en relación a los países dependientes sin necesidad de sostener políticas de desarrollo. La política comercial de productos agrícolas norteamericanos se ve obligada a desvelar su naturaleza de instrumento de dominio imperialista, si bien todavía no es usada explícitamente como instrumento de chantaje. La fuerte alza de los precios de los cereales en 1974 tiene un carácter coyuntural, pues va ligado a una fuerte reducción de la producción soviética y a una modesta disponibilidad de reservas mundiales. La posterior ampliación de éstas, acompañada de una reducción relativa de los precios, se basa en la fuerte expansión de la producción USA, que ve reforzarse su posición en el mercado.

La decisión de usar el comercio de productos alimenticios de base como arma política en respuesta a la agresión soviética en Afganistán, si bien se inscribe coherentemente en esa nueva estrategia estadounidense, representa, sin embargo, un hecho nuevo de una gravedad excepcional. Se trata de una reacción extrema, cuyos efectos en cascada son imposibles de controlar, que revela la intrínseca debilidad en que se debate hoy el imperialismo norteamericano. Más allá de las posibles soluciones a la "guerra de los cereales", eso es lo que mayor preocupación produce.

Acerca de La revolución en bicicleta

Miguel Espejo

En uno de los días de 1947, un grupo de militares se levanta en contra del convulsionado régimen de Morínigo, que presidía el Paraguay desde 1940. Esta tentativa que derivó en fracaso, conduce a la mayoría de sus participantes al exilio en Argentina. Uno de ellos es el personaje principal de la última novela de Mempo Giardinelli (Pomaire, Barcelona, 1980), el cual la articula y la define. Llamado por la ficción literaria Juan Bartolomé Gaité, más sencillamente Bartolo, y a veces Bar, el personaje vivirá a lo largo de su vida un destino similar al que los griegos imaginaron para Sísifo. Este Mayor del Ejército Paraguayo dedicará todas sus energías a derrocar a los tiranos y dictadorzuelos que sucesivamente gobernaron su patria, con obstinación y tenacidad indoblegables, pero con el pesimismo que otorga la visión anticipada de la derrota. Una y otra vez deberá dedicarse a subir la pesada piedra de la revolución por la ladera de la montaña, sólo para contemplar mejor su caída; no es un visionario, ni un estratega, sino más bien un abnegado militante que alguna vez, como militar, conoció tiempo y poderes mejores.

Gaité, después de casi treinta años, continúa plenamente identificado con la asonada que iniciara, con ese proceso que él echara a rodar y que se frustrase por falta de unidad de mando y de decisión, como si únicamente en esa empresa él hubiese adquirido su verdadera talla, para después representar nada más que distintas versiones de la batalla que perdió, o mejor aún pálidas imitaciones de aquéllas. Rumian-do sus desacuerdos con la fortuna que le tocó vivir de a ratos puede parecer un personaje elaborado por la implacable imaginación de un Onetti. El mayor piensa, incurriendo "en los movedizos terrenos de su depresión, que la pobreza era la peor enfermedad de un viejo". A veces no es Gaité quien nos refiere y nos transmite esta usura del tiempo que todo domina y todo desgasta, hasta los sueños más firmes, sino otro "narrador" de la novela, que desarrolla el relato en tercera persona. La decadencia y decrepitud en la que gusta detenerse Onetti es, sin embargo, casi la misma: "Ese tipo de muchacha que fue hermosa alguna vez, en la que los kilos y la vida sórdida condenaron a ver televisión por las tardes y a la que se le termina por dibujar una mueca desagradable en la comisura de los labios. Y ella es la única que no lo sabe." La fuga hacia la imaginación, para eludir el aplastante peso de la realidad —uno de los rasgos más característicos del personaje principal de *El pozo*—, está también adecuadamente situado en este laberinto interior del personaje: "Entre las montañas debería haber un lago y en el lago un barquito a vela. A bordo, él, solo y sin más preocupaciones que mitigar su sed y cubrirse del sol, se dedicaría a soñar con una vida diferente."

William Faulkner, en su novela que conocemos por el título de *Las palmeras salvajes*, de acuerdo a la traducción que de ella hiciera Borges, realizó dos novelas en una, intercalándolas con la habitual maestría con que manejaba los procedimientos más bien técnicos de la narración. De una forma semejante, Giardinelli va permanentemente entrecruzando el desarrollo de un día en la vida de Bartolo Gaité, para emplear una fórmula parecida a la utilizada por Soljenitsin para bautizar una de sus novelas, con fragmentos de su biografía entremezclada a su vez a una visión histórica. Esta estructuración alrededor de un día, recurso que también usaron tanto Joyce como Lowry en *Ulises* y *Bajo el volcán*, ligada a un amplio tiempo histórico le da a la novela un indiscutible sello de agilidad, de la cual a veces el autor abusa, como cuando profundiza en la significación de la bicicleta y eleva este instrumento a los niveles de la metáfora (pedalear es también un acto laborioso), a pesar que este instrumento en los hilos que tejen la urdimbre del texto no tiene particular importancia, salvo por una decisión narrativa.

La parte de la novela que es narrada, para decirlo así, por Gaité, y en la cual éste cuenta su vida y las peripecias que la constituyen, a un invisible reportero, está realizada con una técnica mucho más cercana, por suerte, al monólogo interior que a una verdadera entrevista, mucho menos rica en los matices que evoca y más pobre en la diversidad del lenguaje que requiere. En cambio, el personaje-Gaité se instala con gran fluidez en el relato, que a veces alcanza el fino humor que caracteriza al lenguaje popular. "Y es claro, en cuanto uno se detiene a observar lo que pasa alrededor, la visión cambia. Mire: uno ve una mujer por la calle, en la vereda de enfrente, y dice 'qué culo hermoso'. Distorsión, quizá. Si cruza, capaz que es un culo flojito, o desproporcionado. O la mujer tiene carencia de pechos. O granos, quién sabe. Siempre se encuentra algo. Problemas de distancia, de enfoque." Este personaje, que ha desempeñado variados oficios para sobrevivir, y que en el tiempo presente del relato fabrica ladrillos, reitera con demasiada frecuencia la manera en que se debe escribir tal o cual palabra, estableciendo cortes innecesarios, que le quitan vigor a esas partes donde Gaité narra con perfección, como cuando evoca la retirada del movimiento de 1947: "Eramos una larga columna de la tristeza. Se caminaba lenta, desordenadamente." Pero, en la misma página, el autor revela al lector que Gaité es consciente del deshilvanamiento del relato (*a fortiori* también el autor tiene esa conciencia): "Todo era desordenado como este relato. Porque discúlpeme usted que le cuente así, estas tristezas, pero mi relato no puede ser parcial."

Toda obra literaria convoca, qui-

zadas salvo aquellas que se pierden en la noche de los orígenes, a otras obras. *La eneida* a *La odisea*, ésta a *La Epopeya de Gilgamesh*, y así sucesivamente. En el caso específico de esta novela podemos rastrear en algunas partes la cuidada prosa de Horacio Quiroga o la agilidad narrativa y el tratamiento que da a sus novelas, especialmente a sus personajes, Roberto Arlt. Sin embargo, tratar de definir y precisar lo que otros autores han dejado en el autor de una obra, de un texto, puede convertirse en una tarea infinita y como tal extremadamente inútil; bástenos decir, en consecuencia, que Giardinelli, o más bien su prosa, han tomado en consideración al menos a una parte de la mejor prosa de lengua castellana. La escritura de Giardinelli es realizada bajo el signo del rigor y por esa razón la novela es casi impecable, salvo en algunos momentos en que la caída atañe a aspectos más bien formales (el título pareciera haber sido exigido por motivos editoriales o bien una desacertada elección de su autor, las aclaraciones al vocabulario podrían haber sido realizadas al final, etc.). Pero también hay momentos transparentes en que nada puede empañarlos: "Siempre volver a lo mismo, siempre repetirse, como si su vida fuera una especie de caleidoscopio de mala calidad que reiteraba las imágenes y aburría al espectador."

Es curioso (o significativo) que esta novela, escrita por un autor ar-

gentino, residente en México, publicada en España, hable de un paraguayo exiliado, como para cerrar este círculo geográfico, en Argentina, como si tal red confirmase nuevamente uno de los rasgos básicos de nuestra identidad a través del idioma, que alguna vez se llamó castellano y hoy cada día más español. Por supuesto, está igualmente presente una evocación permanente del exilio, con todo lo que ello implica, no terminar de afirmarse en ninguna parte, no poder echar raíces y por lo tanto no poder construir algo fuera de lo que se percibe como patria, un andar a tientas que termina por impregnar toda la existencia y por cubrir a todo proyecto con el manto de la provisoriedad. El exiliado político se encuentra en el dilema y en el desgarramiento que para salvarse de la cárcel, o más sencillamente, para salvar su vida debe salir del único país del mundo en el cual puede actuar en política. Escisión, indudablemente, que no es fácil de sobrellevar y ante la cual se tienen respuestas distintas: "Hay gente que pierde las perspectivas y cree que en cualquier momento regresa; otra que niega la realidad y trata de asimilarse indiscriminadamente al nuevo país; otra, finalmente, que no sabe lo que cree y que, desmoralizada, puede llegar a destruirse como persona." La literatura nos revela, una vez más, que es posible extraer, como lo quería Flaubert, belleza de la desgracia. ●



La pasión de los orígenes Miguel Espejo

Uno de los rasgos característicos de la novela de nuestro tiempo ha sido la introducción de la ciudad como personaje que se desplaza alrededor de la obra para conferirle su límite y al mismo tiempo la posibilidad de su comprensión. La urdimbre desmesurada que puede caracterizar a una ciudad, con sus elementos desopilantes, que rozan lo fantástico, nos ha sido revelada, en primera instancia, por buena parte de la pintura flamenca, entre cuyos representantes sobresale, sin lugar a dudas, Brueghel el Viejo. *La pasión, los trabajos y las horas de Damían* (Premiá Editora, México, 1979) de Raúl Dorra precisamente inicia su desarrollo evocando el pulular de hechos y de movimientos que signan a una ciudad, rescatando de ésta, con la pasión de un entomólogo, lo que tiene de organización insectil. La ciudad es

el marco por el cual Damían transita en búsqueda de Leonora, convertido más bien en un reflexivo y taciturno caminante, antes que un loco furioso, como sería el caso de Poe, poseído por el alcohol, al perder "la que se oye Leonora por los ángeles nombrar/ ah por ellos nada más".

El comienzo de la novela es al mismo tiempo el inicio de una calamidad que se aproxima y acerca de la cual todo el mundo posee una certidumbre irrefutable. La aceptación de esta calamidad, aparentemente inevitable, forma parte del destino y de la necesidad, carece de orígenes claros y es el resultado quizás de una oscura maldición apocalíptica —y en esta tensión se coloca la obra— decidida por el autor, es decir, por nadie o por el texto. Pero el argumento es aquí un pretexto. Lo fundamental no son los sím-

bolos bíblicos, los mitos utilizados, las interpretaciones esotéricas, que podrían develar algo de esta novela (por otra parte, estamos claros acerca del rol que juega la arbitrariedad en todo el arte contemporáneo); lo fundamental es la percepción de los orígenes, el punto translúcido donde el comienzo del lenguaje es nítido y se distingue del silencio, donde puede captarse al desnudo y por entero la necesidad que el hombre ha tenido de expresar y expresarse, en códigos no referidos a preocupaciones inmediatas (la caza), sino simplemente al misterio del sentido, pues allí, cuando el lenguaje se mira a sí mismo se encuentra un silencio explícito, pero también en el pináculo expresivo. Esta novela, conveniente es aclararlo, no tiene nada en común con la novela objetivista, o con aquellas variantes de ésta, que intentan hacer del lenguaje el principal protagonista (un ejemplo elocuente es *Tropismos* de Nathalie Sarraute), no escatimando medios para reforzar la experimentación lingüística. Acá la empresa (y por ende su lectura) es más ardua, y menos transparente la decisión —si es que alguna debe haber hacia la cual se encamina el autor. Hay algunas claves que atañen más a lo general que a lo particular. “¿Literatura o sueño?” El texto pertenece a ambos dominios y el énfasis con que se describe el delirio de una ciudad, habitada por circos y jirafas, por seres que se disuelven, se corresponden a la perfección con el objeto referido y se ensamblan mutuamente con cuidadosa ejecución. Esta novela extraña, bella y densa, que gira en los círculos del lenguaje, de la misma forma que alguna vez los salmos lo hicieron, es consciente de sí misma: “el misterio prefiere las formas recurrentes”. Agotando el círculo quizás el lenguaje pueda elevarse por fin a las diferencias, a las distinciones y la claridad.

“Costumbre fue, de antaño, el invocar las musas en trances como éste. Las musas ya no están; las dispersó la aurora del espíritu geométrico, el siglo de métodos austeros, los nuevos exorcismos del análisis. Sana práctica instauran, ciertamente: permiten resistir a lo inefable, alejan sin cesar aquel asedio. Mas justicia es también reconocer que la ausencia del viejo desvarío tiene a veces —muy pocas veces, claro— las formas de la herida o de la grieta.” En este párrafo, con el cual comienza el capítulo tercero —y son siete los capítulos, a la manera de las estaciones de una procesión; al igual que los sellos del Apocalipsis; en síntesis, un número mágico—, puede advertirse con suma claridad el ritmo salmódico que ha elegido el autor para narrar la novela, la utilización rigurosa de la prosodia, especialmente en lo que a acentuación se refiere, empresa de real envergadura, donde la prosa a cada momento tiende a disolverse en poesía, y donde a lo largo de ciento cincuenta páginas no cesa de resonar el ritmo, ni la escansión de las frases. La novela remite de esta manera a los largos cantares que marcan el nacimiento de la literatura castellana, a esas obras versificadas escritas en lenguas romances que luego devendrían en novelas. Esta novela, este texto, es un cantar y una gesta, es decir, se sitúa en relación a los orígenes de la novela, en los momentos aquellos en que ésta aún era una alegoría y ya había dejado de ser un poema. Sin embargo, se sabe que la significación de las obras es elusiva y nunca constante, que la gesta realizada (o escrita) en esta época sólo tendrá

vagas características comunes con aquellas que surgieron hace siglos; de la misma manera que Pierre Menard escribe el Quijote, que letra por letra será igual al que realizara Cervantes, y que sin embargo ya no será el mismo.

Los narradores que cohabitan en la novela son múltiples. A veces es Damián quien habla, pero otras es un interlocutor de Damián, además de las ocasiones en que el narrador se neutraliza y se disimula en la tercera persona; otras veces el texto está salpicado por letanías dichas por Leonora. Todo esto contribuye a configurar una rueda en movimiento, cuyo centro también se desplaza, una especie de calesita que al mismo tiempo gira y avanza. Los personajes se mueven como en un sueño. “Todo se mueve entre el Arcángel y el Arrasado, ya lo comprenderá.” Estas figuras que operan como un contrapunto de la obra están igualmente diluidos y alcanzan su significación mucho más por lo que sugieren (y en la capacidad de sugerencias se sitúa uno de los aspectos esenciales de la literatura), que por lo que determinan. También en el arte *omni determinatio est negatio*. Este peregrinaje hacia la luz y hacia la lucidez es confuso, se realiza a saltos, o acaso oblicuamente, porque el mundo de los signos no está nunca ordenado y lo que ellos tienen en común es estar subterráneos por el silencio. Alguien habla y no se adivina a quién pertenece la voz: “No te dejaste

amar. Yo lo entiendo: amar es tan difícil; ser amado es acaso más difícil.” ¿Leonora o Eurídice? ¿Damián u Orfeo? La respuesta a esta pregunta no puede discernirse, porque la literatura, al igual que cierta filosofía de otro tiempo, tiene por objeto mantener la pregunta abierta.

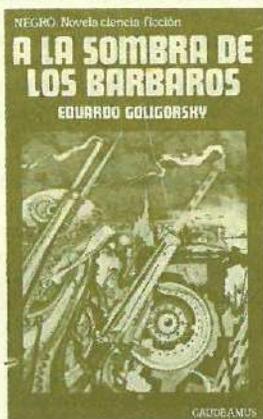
El texto creativo se confunde con la marcha de las generaciones (dice el Eclesiastés: “Las generaciones vienen y van, sólo la tierra permanece.”), el sentido se desvanece en ellas y es reintroyectado por ellas, desde otra perspectiva, si es que antes no triunfa el olvido. “Pacientemente, minuciosamente, las generaciones trabajan en la crónica. Indagan y corrigen y difunden. Ardua empresa que debe continuarse.” Un poco más adelante y más explícitamente: “Necesario sería conceder, ante los hechos, que esta crónica conforme va siguiéndolos va siguiéndose a sí, se busca en su escritura y avanza corrigiéndose. Que esta incesante crónica es, solamente acaso, la forma de una espera de una verdad final.” La vastedad del intento puede compararse en parte a la *Crónica* que urdiera Saint-John Perse. El texto, como pensaba Mallarmé, se confunde con el ser, con lo existente. Así, la escritura circular no se encierra en sí misma, sino, todo lo contrario, tiende a abarcar con una ambición totalizadora, los múltiples fragmentos que componen el mundo; ella es lúcida respecto a sus tentativas, pero no puede

serlo respecto a sus resultados, ya que no depende de ella el espacio que posteriormente se le abra o se le cierre. Esta novela ha recorrido el mundo de la desesperación y la angustia, de la búsqueda, del amor inconcluso, de lo efímero y perecedero, para terminar refugiándose en sí misma bajo la forma del interrogante, pero antes ha propiciado la desaparición de Damián, en medio de un crepúsculo que acompaña a casi todo el texto. El esfuerzo de Damián es del mismo orden que el esfuerzo de un autor: “He jugado a perder. He jugado hasta el fin y ya todo he perdido.” Detrás de la tentativa totalizadora de la obra se esconde triunfante la nada. “Mi pobreza por fin se ha consumado. Yo soy esto que muere. Nada soy.” La tradición es olvidado de los orígenes, decía Husserl. En este caso es lo contrario. El texto, hacia el final, agonizando, se identifica con Damián, para luego volverse nuevamente vigilante: “Algo, tal vez, en estas relaciones, transite los caminos de lo cierto. Nada tal vez. Acaso las presentes relaciones existan con el único fin de ser borradas. Ah, lo que resta aún. Forzoso es declararlo, doloroso: las generaciones no tienen todavía la última palabra y acaso no se trate, por ahora, de la última palabra. De seguro que no. Se trata, ciertamente, de la primera palabra, la primera verdad indestructible.” ●

A la sombra de los bárbaros

José Luis Najenson

“A la Sombra de los Bárbaros”, de Eduardo Goligorsky (*Acervo, Barcelona, 1977*): una advertencia contra el nuevo “asalto a la razón”



El sugerente título de Goligorsky pone de manifiesto su principal motivo y temor: el advenimiento paulatino pero inexorable de la Barbarie. En una Argentina transfigurada por el *tempo* de la ficción política, pero no irreconocible, el monstruo regresivo del aislamiento y la ignorancia desgarró el cadáver mutilado de la libertad.

En la primera parte del libro, un manojo de cuentos brillantes casi todos escritos en plena época de *pax* uniformada se enlazan en torno al temor de la represión bárbara, como involución de la cultura y muerte del hombre. Una sucesión escalofriante de momentos trágicos nos esboza el retorno de la sociedad argentina a las etapas iniciales de la odisea humana. Es un *crescendo* hacia el abismo biológico de lo anterior a la especie misma, a través del deterioro creciente del conocimiento y la dignidad de la vida.

Comienza, con “El Vigía”,¹ mostrando una gerontocracia de tradición militar, autoritaria y xenófoba, que custodia celosamente las fronteras del país para impedir el éxodo de los “alimentos antisociales”. Estos últimos intentan huir hacia los países circundantes donde, al igual que en el rostro del mundo, se ha desarrollado una civilización democrática y tolerante que explora las estrellas y se mezcla con todas las razas de la galaxia. Los severos dueños de la patria, en cambio, odian la juventud y la alegría, el amor y el sexo, la espontaneidad y la palabra. El vigía que cumple su turno en la frontera patagónica, un adusto septagenario vestido de toga y armado con una metralleta impecable, es el símbolo inequívoco de la represión; ajena y propia: enemigo implacable de toda existencia libre, de todo placer, salvo la muerte. Su único orgasmo posible como el de Hitler exhortando a su masa fanatizada es la matanza de los fugitivos indefensos. Irónicamente, el vigía alterna su macabra tarea con la jefatura del Instituto de Bellas Artes.

“Y en sus alas me llevará”, el segundo relato, es una sutil interpretación de aquel críptico pasaje del Génesis en que los “hijos de Dios”, “[...] se llegaron a las hijas de los hombres y les engendraron hijos” (Cap. VI, vers. 4). Aquí, una sempiterna María adolescente borda su pena en la cárcel familiar, tiranizada por la soledad y el miedo. La presencia de un hombre alado, viajero de otros mundos, provoca el milagro que rompe la monotonía de una vida sin sentido ni esperanza. El estado de retroceso y encerramiento de la realidad argentina puede entreverse, en este caso,

por el paso de un carro en el empedrado, la prohibición de la risa y el canto. Llorar, por el contrario, no está vedado.

El tercer cuento, “En el último reducto”, narra la patética huida de un “disidente” traicionado, sin saberlo, por su propio hijo. El delito: conservar un álbum de familia cuyas fotos “abrían una frágil ventana hacia la civilización universal”. Eran el testimonio de obras memorables registrado por uno de los ancestros de Madiana (el “disidente”), que había participado en la última flota aérea del país antes de su voluntario aislamiento. La sola visión de aquellas nuevas maravillas del mundo y el universo resultaba insólita o subversiva para la empobrecida cultura argentina: veinte jardines colgantes de cultivo de trigo, en forma de gigantescas terrazas superpuestas, en China occidental; cúpulas transparentes que albergaban grupos humanos en el estéril suelo de Marte; la primera nave interestelar en cuya tripulación estuvieron representadas todas las naciones de la Tierra (a excepción de Argentina, por supuesto). Como agudo contraste, la transformada geografía de Buenos Aires señalaba pantanos en Leandro Alem, malezas y cenagales a lo largo del increíble río. Titubeantes lámparas de querosén en las esquinas, mostraban los mensajes obsesivos de la autoridad: “Nuestra dignidad rechaza la tentación del materialismo que ha subyugado al mundo”. “Somos el último reducto de la civilización occidental: No nos asusta estar solos”. Y todo ello, tal vez (uno lo presente o lo colige), en medio de un silencio preterito, de desolación y ausencia, como si el “Desierto” volviera a empe-

zar en los meros confines de la ciudad porteña.

El cuarto momento de este regreso al oscurantismo presenta un "Testimonio desde la plaza", que da cuenta de una quema de brujas. Una lideresa de catacumbas, en cuyos secretos encuentros se veneraba el amor y la risa, es condenada por leer libros prohibidos y como Sócrates por "predicar la palabra entre los jóvenes". El ambivalente observador que provee el testimonio intuye la belleza de una existencia diferente, pero frustrado por la propia impotencia aúna su grito al de la turba enardecida que exige la hoguera. El canto rebelde de la mártir persiste en el aire de una Buenos Aires enrarecida por sombras de penitentes.

El quinto cuento, que da nombre al libro, denota un paso decisivo hacia el enclaustramiento absoluto y la negación de la libertad; la terminación de la "Gran Muralla". Sus orígenes se pierden en la leyenda, que atribuye el comienzo de la construcción a monstruos de metal (robot, sin duda), cuyos restos oxidados todavía se encuentran en las partes aledañas a la muralla. Su objeto, según la oficialidad, fue proteger a los argentinos "de las aberraciones que los bárbaros encubrían bajo el engañoso nombre de civilización". Un rebelde, de los "pocos recalitrantes" que aún quedan, exterioriza su angustiada soledad, su sofoco psíquico ante la conclusión de la muralla, forjándose una imagen de los "bárbaros" absolutamente contrapuesta a la que tiene de sí y de su pueblo. Y no obstante su duda sobre la naturaleza demoníaca o celestial de los extraños, al verlos en la noche "cuando cabalgan hacia el firmamento sobre los husos de plata", sospecha que su atracción por ellos se debe a un remoto tiempo de linaje común, de compartida humanidad. Entonces, estimulado por esas reminiscencias, el cabalista en potencia traza sobre el polvo del camino para luego borrarlos aquellos signos "que los expertos en la ciencia hermética denominan letras". Y aunque nunca haya estudiado las ciencias prohibidas, expresa su inédito mensaje de "galaxias, computadoras, amor y libertad". La regresión argentina ya ha alcanzado, en este cuento, el olvido masivo de la escritura, que apenas permanece como patrimonio de algunos místicos y soñadores solitarios.

El último relato del primer ciclo, "Historia de familia", constituye la etapa final de la serie retrospectiva. Es también una reseña de las sucesivas fases de aislamiento y pérdida cultural, cuya trayectoria traspasa el límite de la misma bar-

barie (antropológicamente hablando) para retroceder al salvajismo cabal: dispersión de bandas nómades, en una selva recuperada, que obtienen su sustento de la caza y la pesca. Pero la involución no ha terminado aún, y éste es el *tour de force* de la obra entera, porque ya se insinúa un retorno físico, que continúa al cultural, hacia lo prehumano ("pelambre oscuro" y "apéndice caudal"), hacia la oscuridad absoluta de la ausencia del pensamiento y, si uno lo lleva hasta las últimas instancias, de la propia vida.

Esta primera parte, que también asume el título inclusivo: "A la sombra de los bárbaros", es una pequeña obra maestra en sí misma. Si bien es la más breve, confiere unidad a la totalidad del libro, ya que la segunda parte nos parece un complemento, una derivación de este núcleo fundamental, a pesar de ser la más antigua en cuanto a su redacción. Dicha segunda parte: "Algunas otras barbaries", está referida, nos parece, al resto del mundo que pudo desarrollar sus potencialidades evolutivas. Pero no como lo hubieran visto los místicos y rebeldes vernáculos, es decir, idealizando la exterioridad, sino como Barbarie emergente en ciertos casos límite; como asunción de que la Barbarie es posible aún en el seno de la civilización, de que no hay civilización exenta, en alguna medida, de Barbarie. Por ejemplo, el aburrido astronauta porteño de "Aclimatación" que rechaza su mundo de origen en una actitud escapista; retornando a un planeta de alienígenas superiores, aunque extraños. O la irritante mansedumbre del último (y los demás hombres) sobre la Tierra, en "Ellos", aceptando sin lucha su destino de "plato favorito" para una especie ignota que señorea las estrellas.

Si la obra literaria tiene cierta autonomía y dinámica propias, si sigue un decurso particular de impresión en el lector, que la recrea a su modo con sus condicionamientos y expectativas, independientemente de las del autor; entonces, haya sido o no la intención de Goligorsky, creemos que su mensaje va más allá de la oposición clásica, "sarmientina", entre Civilización y Barbarie. No hay duda que toma partido e incita a tomarlo contra la Barbarie, pero contra toda Barbarie (aparte de su acepción técnica, antropológica), incluso la que está implícita en la Civilización. No se trata de confundir los términos o de equipararlos, porque en nuestro apasionado siglo XIX Rosas haya llamado "salvajes" a los unitarios y Sarmiento "bárbaros" a los

federales. Tampoco de adherir a los mitos antagónicos y sin embargo equivalentes de la significación extrema de ambos conceptos: el mito de la "edad dorada" o el "buen salvaje", y el del "progreso" ininterumpido y ascendente. Se trata, en cambio, de concebir dichos conceptos en relación dialéctica, en términos de una contradicción gnoseológico-ética e histórico-política, en sentido amplio y restringido. *Latu sensu*, la Barbarie es irracionalidad, negación de la libertad, negación de la vida. *Strictu sensu*, la Barbarie es opresión a todos los niveles, esencialmente opresión política. Barbarie es autoritarismo del estado, del gobierno, de las clases y grupos privilegiados, de las naciones, razas o religiones dominantes. Barbarie es violencia del sistema y violencia reactiva del terror, es persecución de la disidencia, del punto de vista de la minoría o la fracción, es negación de la controversia y la crítica, es negación del rigor científico y afirmación de dogmas. Es, en ambos sentidos, "asalto a la razón", como llamó Lukács a la filosofía irracionalista que nutrió la formación ideológica del nazismo; es también asalto a la libertad y a la vida. Civilización es simplemente lo contrario; aunque a veces, como en toda oposición de contrarios los términos puedan convertirse uno en el otro, tal como podría inferirse de los cuentos de la segunda parte.

Pero el libro en su conjunto, y especialmente la primera parte, es una advertencia contra los nuevos "asaltos" presentes y futuros a la razón, la libertad y la vida; y, consecuentemente, una protesta contra toda opresión e injusticia social en Argentina: sujeto, objeto y entorno del intento literario de Goligorsky. Vista desde la Barbarie de los tardíos setenta (según el prólogo de la edición española, el período de redacción de los cuentos va de 1965 a 1972), algunas de las intuiciones fantásticas de Goligorsky adquieren el realismo histórico de la profecía. ¿Cómo no comparar el mencionado "éxodo de elementos antisociales" en "El Vigía" (escrito en 1967), con la virtual "Díspora" de intelectuales, obreros y otros perseguidos de todas las capas sociales argentinas, en la segunda mitad de la década que ha finalizado? ¿Cómo no asociar la desesperada huida del "disidente" de "En el último reducto", cuyo delito es la conservación de un documento que demuestra la Barbarie, con el forzado exilio de muchos argentinos acusados de poseer o difundir propaganda subversiva? Propio de toda literatura auténtica, el libro de Goligorsky, aunque de carácter ficcional y ubicado en un futuro hipotético,

expresa y se refiere, en alguna medida, al presente, al "momento presente", para citar aquel afortunado término de Lenin que define la coyuntura política.

Si el género originalmente llamado "ciencia-ficción" o "fantasía científica" se ha ido convirtiendo cada vez más según el signo de nuestra época en una especie de "ficción sociopolítica", en cuanto al énfasis en la temática y recursos predominantes esta obra de Goligorsky es un ejemplo cabal de dicha transformación. Unido a este rasgo la preocupación por el motivo del tiempo, bastante frecuente en general pero notoriamente característica de los autores argentinos de ficción, es también evidente. La combinación de los políticos y lo temporal, en términos de una ficción que alude a lo actual, a la Barbarie actual de la vida, mejor dicho de la muerte argentina, está magistralmente tratada por Goligorsky. Con un estilo conciso, eficazmente comprensivo y de profunda condición poética, extrapola la realidad argentina contemporánea a un pasado paulatinamente remoto, para juzgarla.

En suma, un libro bello, contestatario y valiente, un llamado de atención por la barbarie creciente y ubicua de nuestros días: Dictadores, Cresos y Militares que quisieran volver a un pasado sin revolucionarios, ni movimientos populares, ni despertar de naciones; derviches y ayatolas que intentan retornar a un pasado de velos y manos cortadas, de preeminencia de un solo libro sobre toda ciencia y filosofía, sobre toda otra forma de la palabra; falsos maestros y burócratas dogmáticos, que pretenden retornar a un pasado de enseñanza incuestionada y de presuntas verdades indisputables. ●

1 Este cuento ya había sido publicado en la excelente selección, prologada por el propio Goligorsky, *Los Argentinos en la Luna* (Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1968). En el prólogo Goligorsky nos entera del origen de su relato, escrito al poco tiempo de haber sido prohibida la representación de la ópera *Bomazo* de Mujica Láinez y Ginastera, y la obra del dramaturgo inglés Harold Pinter, *La vuelta al hogar*, en el Buenos Aires de 1967. "El Vigía" —nos dice Goligorsky— fue escrito "[...] en un arranque de rabia e impotencia, y al mismo tiempo se gestó la idea de compilar *Los Argentinos en la Luna*." Más adelante, en el mismo prólogo, Goligorsky expresa: "Ya hemos explicado cómo nació 'El Vigía', inspirado por un brote de fanatismo e intolerancia que extrapolado al futuro puede traer inesperadas reminiscencias de un pasado muy lejano" (op. cit., pp. 9 y 12 respectivamente).

Información bibliográfica

Movimiento obrero

Argentina: programas obreros. De "La Falda" a las coordinadoras de trabajadores en lucha, Cuadernos de Confluencia núm. 1, Estocolmo, 1979.

TYSAE (Trabajadores y sindicalistas argentinos en el exilio), *Nouvelle attaque contre les travailleurs argentins: la loi d'Associations Syndicales de la dictature militaire*, París, marzo de 1980 (14 Rue Nanuteuil-75015). TYSAE, *Boletín Internacional*, febrero-marzo de 1980.

Osvaldo Villafior, "Desde su propia experiencia la clase obrera se organiza", en *Confluencia* núm. 2, Estocolmo, octubre-noviembre de 1979.

Sociología y política

José Aricó, "Advertencia", en Otto Bauer, *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, México, Siglo XXI, 1979.

Jorge Beinstein, "Hacia la segunda década de crisis", en *Confluencia* núm. 2, Estocolmo, octubre-noviembre de 1979.

Atilio Borón, "Entre Hobbes y Friedman: liberalismo económico y despotismo burgués en América Latina", en *Cuadernos Políticos* núm. 23.

Matilde Herrera, "Cambiemos la esperanza", en *Sin Censura* núm. 2.

Luis Labraña, "La Trilateral", en *Confluencia* núm. 2, Estocolmo, octubre-noviembre de 1979.

Rodolfo Mattarollo, "Impedir el trueque de cereales por derechos humanos", en *Sin Censura* núm. 2.



El envío de materiales, cartas, artículos y suscripciones debe dirigirse a: Centro de Investigaciones y Estudios Socio-Económicos, CIESE, Apartado 4536-A, Quito-Ecuador.

Nuestro mensaje

Instamos al gobierno a no confundir, como lo hace, el diálogo con tácticas inoperantes y diversivas; y a formular, en cambio, las bases de una estrategia de preparación y programación caracterizada por sus realizaciones concretas, mediata o inmediatamente aplicables. Nada bueno nos aguarda a los argentinos si esta estrategia tendiente a devolver el poder a las estructuras civiles no se concreta. En tal sentido, recogemos el mensaje de la Unión Cívica Radical cuyas aspiraciones, hoy como ayer, en 1971, nos son comunes. Sólo, en efecto, el reconocimiento por parte de los factores de poder de las creencias y valores fundamentales que en el plano sociopolítico integran el acervo cultural del pueblo argentino puede orientar la marcha hacia "el pronunciamiento nacional" y la reconstrucción del orden genuino dañado por tantas frustraciones dolorosas.

Hace pocos días, un ex presidente de la Nación de origen castrense, cuyo testimonio está exento de achaques demagógicos, manifestó que era imprescindible supeditar las fuerzas armadas al poder civil y restablecer al mismo tiempo la institución presidencial desaparecida a raíz de este régimen *sui generis* de feudalismo de las armas. He aquí una propuesta que no debiera soslayarse.

Nuestra advertencia

Los titulares de los mandos tienen, por ahora, la iniciativa más amplia y el mayor poder de decisión. Hace falta que no posterguen en vano las opciones pendientes. Si no modifican, como se ha sugerido, los términos demasiado frágiles de su equilibrio erigiendo un poder presidencial constitucional cuyo respaldo en las fuerzas políticas le permita afrontar con éxito los problemas nacionales, cualquier esfuerzo estará destinado a fracasar. Surgirá un gobierno enano, fruto de partos de los montes semejantes al fraude; o bien, la dictadura militar encerrándose a sí misma se aislará aún más, si cabe, de la opinión civil computable. *Invite el gobierno a las fuerzas políticas nacionales a reunirse para elaborar un plan de emergencia y verá cómo surgen ideas constructivas; cómo el país está mucho más unido de lo que parece y de cuanto imaginan los sembradores de zozobra.*

Comprendemos ciertamente las inquietudes que embargan a los mandos en torno a la necesidad de evitar la trashumancia del poder traducida por el constante zigzagüeo entre gobiernos civiles y militares. Pero ignoramos qué recursos inéditos tienen para evitarlo si el método preconcebido se reduce a reiterar, de modo más o menos encubierto, las tácticas de exclusión o división de nuestro movimiento.

Por eso advertimos: el justicialismo puede sin duda ser excluido por la violencia pero para hacerlo se necesitará una descalificación en bloque. Por sobre disensiones y líneas discrepantes sus dirigentes políticos y gremiales, que no se engañan respecto de los sentimientos de las masas, frente a esas tácticas afirmarán una sola conducta, idéntico criterio.

Precisamente en nombre de esta unidad del movimiento, de esta cohesión de todos sus dirigentes, afiliados y simpatizantes reclamamos la libertad de Isabel Perón que so pretexto de acciones judiciales, purga el exclusivo delito político de llevar el nombre y de haber sido la

esposa de Juan Domingo Perón. Y en la cabeza de la señora de Perón nuestro reclamo incluye la libertad de todos los presos políticos detenidos sin forma de proceso a disposición del poder ejecutivo.

El justicialismo no abriga el menor afán obstructorista ni busca —entiéndase bien— autoexcluirse de las decisiones políticas. Por el contrario, aspira decididamente a concertarlas, sin parcialidades ni banderías mezquinas; y sin otros condicionamientos que los ingerentes al bien común y a la justicia. Estamos compenetrados de la necesidad de actualizar la vida pública argentina, de renovar sus cuadros dirigentes pues abrigamos la certidumbre de que la salud social del pueblo argentino depende de la salud política de las fuerzas representativas de sus grandes corrientes de opinión. ●

Eloy P. Camus, Deolindo Felipe Bittel, Italo Luder, Angel Federico Robledo, Vicente Leónidas Saadi, Roberto Ares, Felipe Sapag, Miguel Unamuno, Leonardo Obeid, Benito Llambí, Manuel Arauz Castex, Osvaldo Pérez Pardo, Aristóbulo Barrionuevo, Ernesto Corvalán Nanclares y Francisco José Figueroa; Carlos Menem, Carlos Evans, Miguel Angel Altrach, Héctor Maya, Amado Jurim; Ramón Arrechea, Dardo Blanc, Ricardo Guardo, Pablo Ramella, Nicasio Sánchez Toranzo, Jorge Manuel Camus, José Amerise, Juan Carlos Beni, Armando Caro, Ramón Lorenzo, Ricardo Palú, Paulino Niembro, Oraldo Britos, Edgardo Murguía, César Cuesta Camero, Arturo Ruiz Villanueva, Leni Valle de González, Danilo Luis Baroni, Froilán Ginés Rodríguez, Luis Sánchez Reclade y Julio Bárbaro; Daniel Adrogué, Herminio Iglesias, Marcial López, Dante Tapia Bracamonte, Rosaura Isla, Juan Sárboli, Eubaldo Merino, José María Sarabayrouse, José María Catiñeira de Dios, Fermín Chávez y Arturo López Peña, Rodolfo Lloveras, Carlos Tiozzo y Alberto Ibarne; y los sindicalistas Ricardo Pérez, José Luis Castillo, Roberto Digón, Osvaldo Bordá, Carlos Alonso, Pedro Sambeletti, Alfonso Millán, Roberto García, José Rodríguez, Eleuterio Cardozo, Juan José Taccone, Abel Cuchetti y Juan Carlos Lorenzo.

18 - 6 - 80

Mesa peronista

Desde septiembre de 1979 viene funcionando la Mesa Peronista, encuentro mensual de compañeros que se reúnen para discutir aspectos que hacen a la vida del movimiento nacional y del proceso argentino.

La mesa congrega a peronistas residentes en México, y la participación se da a nivel individual, núcleos de estudio y agrupaciones conformadas en el exterior. No participan de la misma aquellas organizaciones y proyectos que no coinciden con el carácter auténticamente autocrático, democrático y reconstitutivo de nuevas concepciones que define el espíritu peronista de la Mesa.

Con una asistencia de aproximadamente ochenta personas, la Mesa Peronista reúne diversas posiciones, todas ellas identificadas con las actuales luchas sociales, políticas y sindicales del pueblo, y en apoyo a la línea popular y antidictatorial que expresa oficialmente el Movimiento Peronista.

En las sucesivas reuniones, que se realizan el primer viernes de cada mes en la CAS, se discutió el proyecto Gelbard y sus posibilidades futuras, la experiencia peronista 1973-1976, la trayectoria del sindicalismo peronista y, ahora, el problema del exilio peronista y las formas en cómo debe incorporarse a la realidad política argentina.

Confederación socialista argentina

Organizado por la representación en México de la Confederación Socialista Argentina, el pasado viernes 27 de junio se realizó en el Auditorio del Colegio Nacional de Economistas, un acto conmemorativo del 84 aniversario de la fundación del Partido Socialista de la Argentina, que contó con las adhesiones del titular del Partido Socialdemócrata Alemán y de la Internacional Socialista, Willy Brandt; del secretario general del PSOE, Felipe González, y de numerosas organizaciones políticas argentinas y latinoamericanas.

A la reunión asistieron Héctor Oqueli, secretario para América Latina de la Internacional Socialista; Oscar Campero, Presidente de la COPPAL; Carlos Morales Abarzúa, del Partido Radical de Chile; Alma Delia García Ramírez, subsecretaria de Asuntos Internacionales del PRI; César Martí, del FDR de El Salvador, y Clodomiro Almeyda, dirigente del socialismo chileno, entre otras personalidades de la política de Argentina y del continente.

Después de trazar un paralelismo histórico entre las trayectorias de su partido y del PSA, y de enfatizar acerca de la necesidad de rescatar la democracia, Carlos Morales afirmó que en esa dirección

trabajan sin descanso los elementos democráticos argentinos, entre los que se cuentan los auténticos socialistas. "No así en cambio, quienes autocalificándose como socialistas democráticos, no sólo están emporcando un término político respetable sino sirviendo epicúreamente a la dictadura, aceptando incluso puestos en embajadas", agregó el dirigente chileno.

Por su parte, Oscar González —quien habló en nombre de la CSA— calificó de falso, fraudulento y vacío de contenido el supuesto diálogo político convocado por la junta militar, condenando la actual política económica y social del régimen.

"Nos preocupa lograr los más amplios acuerdos con las fuerzas democráticas argentinas que, más tarde o más temprano, deberán confluir a una corriente democratizadora, verdadera alternativa frente a los planes continuistas de la junta militar", manifestó González, quien finalizó su intervención citando el programa de emergencia que la Confederación Socialista ha elaborado "con vistas a la concreción de un amplio movimiento democrático y popular, que pueda finalmente abatir la autocracia de la dictadura militar".



Documento del peronismo

Los hombres del movimiento nacional justicialista sienten la necesidad de dirigirse al pueblo en estas circunstancias particularmente inciertas cuyo desenlace se ha vuelto imprevisible. Hemos contraído —no lo ignoramos— con nuestros compatriotas, amigos y adversarios, una pesada responsabilidad: somos, por designio del sufragio universal, una fuerza caudalosa cuyas banderas interpretan la conciencia política de las masas argentinas. En horas decisivas, bajo la jefatura del general Perón, fuimos protagonistas de reformas sociales que permitieron a nuestro país, constreñido hasta entonces por moldes anacrónicos, adaptarse al ritmo de una nación contemporánea. Sean cuales fueren los errores que asumimos y las desviaciones no consentidas, nadie aquí tiene poder bastante para borrar nuestra presencia en la República, para impedir nuestra comunicación con el pueblo, para oponerse a nuestra voluntad de participar. Lo decimos con esa modestia que proviene de advertir la insuperable distancia que media entre el movimiento —por cuya causa bregamos— y nosotros, sus accidentales representantes. Pero, si con el pretexto de adjudicarnos la autoría de todos los hechos negativos que se precipitaron en marzo de 1976 se pretendiera excluir al justicialismo o ignorar su existencia, su realidad política y social, en tal caso, se habría vulnerado, deliberadamente, el propósito de echar las bases de una solución para todos y, por eso mismo, solución nacional.

Una vasta intriga

Sin duda, las declaraciones de los altos mandos se resienten de una ambigüedad que es preciso despejar. Por un lado, la palabra oficial convoca a la unión de los argentinos pero, por el otro, asevera con diversidad de tonos que no se admitirá "la demagogia masificadora" ni "el irresponsable populismo, antesalas de los extremismos y totalitarismos". Y para que no queden dudas acerca de los destinatarios de estas referencias urticantes, los oradores de turno, los demagogos de la antidemagogia, siempre generosos para medir la proyección de sus mandatos irrestrictos, declaran también que no volverán los responsables "del caos imperante en marzo de 1976" y de la "permissiva política" cuyos compromisos facilitaron la violencia terrorista. Rechazamos categóricamente tales imputaciones, carentes de serenidad y fruto de una peligrosa simplificación del juicio o de una ciega ignorancia de los hechos.

¿Será preciso puntualizar que el gobierno de la Sra. de Perón se vio hostilizado, desde sus difíciles comienzos, por la enemiga de los grupos económicos cuya gravitación sobre la marcha del gobierno castreño sugiere hoy la realidad de intereses poderosos los cuales trascienden, incluso, los enunciados ostensibles del proceso de reorganización y la esfera de las fuerzas armadas? ¿Habrá que recordar cómo los mandos del ejército se rehusaron a rendir obediencia al comandante

en jefe designado por el Poder Ejecutivo e impusieron el nombre de otro titular, de suerte que desde entonces las fuerzas armadas actuaron escindidas de los poderes constitucionales y con una autonomía incompatible con la continuidad del gobierno civil y con la unidad del estado? ¿O acaso se podría negar que a raíz de esos hechos anómalos, la autoridad presidencial quedó desprotegida ante la vasta intriga complotada para desahuciarla, y ante la indiferencia cómplice de quienes tenían el deber específico de brindar su apoyo? ¿Por qué, pues, se procura desorientar a la opinión pública exhibiendo como única alternativa, respecto de esta situación actual, el estado sedicioso que soportó la Patria en aquella fecha límite, como si quienes luego se permitirían evocarlo no lo hubiesen entonces impulsado a sabiendas?

Una simulación

Más inexplicable aún, por su extrema arbitrariedad, es la acusación que nos síndica como cómplices, instrumentos o autores de la violencia subversiva. Es doloroso registrar esta simulación de la conciencia histórica que distorción la verdad: el peronismo fue el primer blanco al que apuntó la subversión, cuyos elementos procuraron infiltrarse en sus filas al amparo de las contradicciones y confusiones que, suscitadas por el hábito de la ilegalidad, enturbiaron la vida pública argentina. Esos elementos de definida ideología y a veces con insospechadas conexiones, ultimaron a nuestros dirigentes sindicales —Vandor, Alonso, Rucci—, y a la sombra de incalificables alianzas pretendieron en Ezeiza alcanzar con sus balas asesinas al hombre que venía "descarnado" y sin odios a predicar la unión de todos los argentinos.

Presencia del justicialismo

Quienes cegados por el espíritu de facción pasan por alto este acto de generosa entrega, de solidaridad con la nación que marca un hito definitivo en la conducta de nuestro movimiento y en el proceso de la evolución política argentina no saben hasta qué punto contribuyen a impedir que se resuelva la crisis institucional que desde hace tantos años nos agobia: sólo la peligrosa conjunción del odio y del miedo puede cerrar el paso a la voluntad de las mayorías sin tener nada que ofrecer en cambio al país.

Cuando la perspectiva del tiempo permita escribir la historia de este medio siglo entonces todos verán claro lo que hoy algunos no saben todavía percibir. Y es que la presencia del justicialismo como movimiento que galvanizó a una inmensa parte del pueblo despertando la expectativa cordial de nuestra América fue el factor aglutinante cuya influencia, en un momento evolutivo peligroso, cubrió la vacancia abierta por la indefensión de la República conservadora en trance de desaparecer; y que gracias a tal factor comunitario, y a la aparición de esa tercera posición, clara y dis-

tinta, nuestro pueblo y nuestro estado no quedaron atrapados por la embestida marxista ni por el influjo deletéreo de la internacionales del capitalismo. ¿Por qué si no, a diferencia de la inmensa mayoría de los países de Occidente, nuestras fuerzas sindicales en virtud de una visión integralista y profundamente cristiana no aceptaron y no aceptan la dialéctica de la lucha de clases?

La violencia política

No podemos, pues, consentir que desde tribunas oficiales u oficiosas se endilgue al justicialismo el origen de la violencia política. ¿Acaso la primera vez que en la Argentina contemporánea, esto es, en la República Argentina de nuestros días se derrama sangre por motivos políticos no fue durante la "revolución libertadora" cuyos adeptos se estrenaron en junio de 1955 con el bombardeo a la multitud reunida en la Plaza de Mayo? ¿Y un año después no se estrenarían aquí los asaltos a embajadas en operación comando? ¿No se fusilaría al margen de la ley marcial y se ametrallaría a civiles indefensos conducidos desde una comisaría de la provincia al lugar del suplicio por grupos armados que ejecutaron a mansalva esa siniestra orden verbal? ¿Y cómo abstraerse de la atmósfera de honda violencia en que se sumergió nuestro país a través del repetido quebrantamiento de la legalidad puesta de continuo en jaque por los golpes de Estado cuyos autores invocaban el "derecho de revoluciones para instaurar gobiernos rigurosamente contrarrevolucionarios? No deseamos reavivar esos dolores del pasado inmediato. Mal podríamos hacerlo ahora, si cuando llegamos al gobierno en vez de la revancha ofrecemos el olvido y la concordia. Pero acusar al justicialismo de difundir la acción subversiva es contemplar la realidad desde una óptica malévolamente que tuerce y deforma la visión de conjunto.

Contradicción

Intérpretes del pueblo argentino constituimos un instrumento de concordia. Con tal propósito del que resultará difícil apartarnos le decimos al gobierno de las fuerzas armadas, que si los objetivos fundamentales del Proceso de Reorganización tienden a restablecer las instituciones de la República, será menester que desde ahora procuren sin demora llevarlos a la práctica. Pues existe una absoluta contradicción entre esos fines republicanos y democráticos y la persistencia del régimen ortopédico instrumentado como triunvirato o cuatriunvirato militar.

No se requiere una exagerada perspicacia para discernir que las situaciones de facto que empollan una normatividad que se sustrae y sustituye a la supremacía de la Constitución son sustancialmente incompatibles con el sistema republicano de gobierno y sus formas de consenso democrático. Y que la receta consistente en salvar la República y la democracia extendiendo discrecionalmente, en este caso, el reinado pretoriano parecería una muestra de humor negro si los hechos sucedidos durante estos años no abonaran su inquietante realidad.

Los gobiernos de facto que no aceptan identificarse como tales y que se asignan pródigamente facultades extraordinarias, no contempladas por la legalidad, se inclinan siempre a crear sus propios hábitos

de mando en reemplazo de los usos y de las instituciones preexistentes. Esto explica su irreprimible tendencia a sobrevivir, sin reconocer sus frustraciones, sin reparar en su desgaste. Y esto explica también su singular ineptitud para arbitrar los procedimientos de relevo, lo cual por vía del menor esfuerzo lo induce a perpetuarse. En tales condiciones, retener el gobierno, lejos de indicar una plenitud de poder revela no solo incapacidad para las soluciones revolucionarias sino además impotencia para generar al sucesor.

Si los factores militares que se instalaron en marzo de 1976 le hubiesen dicho al país con entera franqueza que el éxito de los planes salvacionistas exigía la asunción de una dictadura sine die, llamada a modificar de raíz el régimen de la Constitución, en ese caso, las actitudes admonitorias y los gestos de supremacía hubieran adquirido, al menos, el valor de la sinceridad. Pero como han manifestado, en cambio, con notoria reiteración, dentro y fuera de nuestras fronteras, que el "objetivo final del Proceso de Reorganización es establecer una auténtica democracia republicana y pluralista" no cabe entender, de qué modo podría alcanzarse esa meta con partidos políticos "congelados", con la violación de los derechos humanos, con actas punitivas secretas, con medidas proscriptivas o confiscatorias al margen del debido proceso legal y con una ley universitaria que prohíbe la afiliación política a las autoridades de sus casas de estudio y a los profesores de sus claustros. ¿Cómo se hubiera empobrecido la nómina de argentinos ilustres que prestigiaron la alta docencia si esta ley se hubiese aplicado en el pasado!

Sin política exterior

Nunca había sufrido la Argentina semejante mengua de su prestigio internacional. Nunca se ha sentido peor asistida por el derecho y la justicia ante la campaña de los agentes subversivos. Nunca nuestra política exterior se ha manifestado más confusa, más incierta en la defensa de la integridad territorial. Nunca el decoro de la investidura presidencial ha sufrido tanto monoscabo con el ajeteo de esos viajes, antes de placentero turismo que en cumplimiento de exigencias impostergables de la Nación.

Entretanto, la Cancillería que ha renunciado a sostener el interés argentino lesionado por el aprovechamiento brasileño-paraguayo del Alto Paraná acaba de concertar, en ocasión de la simpática visita del presidente Figueroa, una serie de convenios cuyos enunciados —en apariencia inocuos— si se llevan a cabo nos transformarán a corto plazo en el socio menor y granjero del Brasil al cual le brindaremos nuestros recursos de petróleo o gas, nuestras ventajas en tecnología atómica, nuestra coparticipación hidroeléctrica en el río Uruguay, sin contrapartida alguna y sin la menor consideración acerca de nuestra posición geopolítica en el llamado Cono Sur. ¿Ignora el gobierno de las fuerzas armadas que la verdadera inteligencia con el Brasil —sin duda una de las claves de nuestra política exterior— existe solo en función del reconocimiento por parte de éste del papel a desempeñar por la Argentina en la integración confederativa de los países afines del Plata y de los Andes? [...]